Edith Stewart

Mi nueva Compañera



Mi nueva Compañera

Edith Stewart



Primera edición digital: enero 2025
Título Original: Mi nueva compañera
©Edith Stewart, 2025
©Editorial Romantic Ediciones, 2025
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A la persona que está a mi lado.

CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPITULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO UNO

—¿Crees que puedo considerar lo último que has escrito y me has entregado como parte del sello romántico *Tenderness*?

Al tono mordaz de la pregunta por parte de la mujer de cabello pelirrojo y mirada verde, le acompañaba una mueca de desagrado. Sostenía en alto un manuscrito impreso, y lo contemplaba como si de un bicho raro se tratase.

Él sabía que tenía toda la razón. No se había esmerado mucho en su último trabajo, la verdad. El tiempo se le había echado encima a su regreso a Stirling. Se había preocupado más por encontrar un compañero de piso, que le ayudara a sufragar los gastos del de su nuevo ático con vistas al castillo. Pero esa excusa era bastante pobre para ofrecérsela a alguien como Lucille Morrigan, a quién conocía muy bien.

—No te haces una idea de la cara que se me quedó cuando terminé de leer los informes de lectura realizados al respecto de su nueva historia de amor. Si puedo calificarla como tal —Hizo una mueca mirando el fajo de folios que había dejado sobre la mesa—. No podía dar crédito. Así que dejé todo lo que tenía entre manos y me puse a leerlo, para comprobar si estos le hacían justicia. Y cuál ha sido mi sorpresa al darme cuenta por mí misma que no solo no se equivocaban, sino que más bien alguno se queda hasta corto.

Aquella situación había hecho saltar las alarmas y era el motivo por el que él permanecía sentado frente a su editora. La observó reclinarse sobre el respaldo de su sillón abatible con una expresión de frialdad en su mirada. Y eso sus anteriores historias lo habían catapultado a los primeros lugares de ventas arrojando unas cifras que hacía tiempo que no tenían.

—¿Crees que K. L. Andrews puede volver, después de varios años de ausencia, a la escena editorial con esta historia? —Ella se incorporó apoyando sus antebrazos sobre la mesa clavando sus brillantes ojos verdes negros en él—. ¿Se puede saber qué te ha sucedido, Marck? Has estado un par de años apartado de la literatura porque te marchaste a París a trabajar en la Sorbona. Pensaba que lo habías dejado. Que ya no te interesaba… En cambio, me llamas y me propones volver. Lo acepto encantada y me encuentro con esto —Lucille pasó los dedos por las hojas impresas y encogió los hombros.

Marck suspiró. Hasta ese momento había permanecido en silencio aguantando el chaparrón. No había abierto la boca en ningún momento excepto para saludarla. Pero, nada más aparecer por la puerta de su despacho y ver la expresión de su rostro, comprendió que la llamada de su amiga no era para tomar un café y echarse unas risas. Todo lo contrario. Aguardaba pacientemente a que le permitiera decir algo en su defensa, pues todo indicaba que ya había sido juzgado, condenado y sentenciado. Le restaba saber le pena y cuando cumplirla. Su novela ya había corrido tal suerte. Ahora quedaba él.

—Me gustaría conocer tu opinión —le comentó cambiando su tono de rabia por uno más mordaz.

Marck no sabía a ciencia cierta, cuál de las dos versiones de ella, prefería. La que le decía las cosas de una forma clara y a la cara. O bien la que en ese momento lo miraba con gesto irónico, como si estuviera planeando su siguiente movimiento. La observó respirar hondo y permanecer callada aguardando su respuesta.

Lucille trataba de templar su estado de nervios esperando a que él se pronunciara. Se fijó en su aspecto. Con esa imagen descarada, informal y traviesa que ofrecía. Esa imagen, que captó la atención de algunas empleadas de la editorial desde el día que puso un pie en esta; y sobre todo en alguna que otra firma de libros. Su labia a la hora de hablar y que engatusaba a sus admiradoras, su sonrisa pícara, su aspecto de chico malo… Ella había sido testigo de las interminables colas, que se formaban para conseguir un ejemplar firmado. O bien hacerse una fotografía, que más tarde aparecía en las redes sociales. Todo un reclamo para el público lector femenino.

—Sólo es un borrador —le dijo en su defensa, señalando el manuscrito con su mano y poniendo cara de circunstancia—. Puedo retocarlo...

—¿Retocarlo? ¿Me tomas el pelo? Esto no tiene retoque posible —le dijo pasando, posando su mano sin dejar de mirarlo a él como si se estuviera burlando de ella—. Ninguno. Y para que te quede claro mira lo que hago con este —Lucille lo cogió y lo dejó caer sobre la papelera, que había a sus pies, y sonreía con sarcasmo—. No hay retoque posible. Ni se te ocurra hacerlo —le dejó claro esgrimiendo un dedo delante de él a modo de advertencia.

Marck resopló viendo que ella no le daría la más mínima oportunidad de hacerlo.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó mirándola con cierto recelo y cautela temiendo su siguiente reacción.

—Es muy sencillo. Presentarme una historia que merezca la pena. Eso es lo que quiero. Creo que acaba de quedar claro, ¿no? Una historia buena. Una historia creíble. Que llegue a las lectoras como tus primeras obras. Que estas empaticen con la protagonista. Eso quiero. En ningún momento me he sentido identificada con tu Marian. ¿A qué demonios ha venido este cambio? —le preguntó extrañada por el decaimiento en la prosa; en la falta de acción, de pasión y romance entre sus personajes. La falta de tener pegadas al sillón a los miles de lectoras que compraban sus novelas.

—No lo sé. Supongo que se debe a que tenía otras cosas en la cabeza y lo he ido dejando y dejando hasta que me di cuenta de que se llegaba el plazo de entregarlo —Se excusó él con cara de circunstancia.

—Pues, tal vez debas solucionar esas cosas que te rondan. O dejarlas aparte cuando te sientes a escribir, ¿no crees? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Marck frunció el ceño y los labios.

—Estoy buscando compañero para mi ático.

—Deduzco que el que tenías se ha marchado.

—Eso es. El ático que me he comprado es caro.

—Pues espero que encuentres uno cuanto antes, y que te pongas las pilas. Confío en que esto sólo haya sido un error. Y que la próxima vez que lea un informe sobre tu trabajo, y yo misma lo haga, me quede satisfecha con lo que has escrito —le dijo con cierto rin tintín en su tono.

—Me pondré las pilas, descuida. Lo haré mejor la próxima vez —le aseguró con voz de arrepentimiento.

—Seguro que sí —asintió Lucille con un brillo maligno en sus ojos—. No podemos permitirnos lanzar al mercado historias sin pasión, sin… Déjalo. Creo que ha quedado claro.

—Por supuesto.

—En vista de que lo entiendes, te concedo seis meses para entregarme un nuevo manuscrito. ¿Crees que podrás hacerlo o necesitas más tiempo?

—¡¿Seis meses?! No me toques las…

—¿Te parece poco tiempo? —le preguntó enarcando sus cejas hasta que estas casi se confundieron con los cabellos que le caían sobre la frente—. Nos has entregado hasta dos manuscritos en un año para que valoráramos el más conveniente para su publicación. Y eso teniendo en cuenta que impartías clases en la facultad —le recordó sorprendida por su reacción.

—Eso era en un principio, pero ahora...—Marck sacudía la cabeza como si estuviera confundido.

—¿Vas a decirme que trabajaste a ese ritmo para tenernos contentos, y ahora no? —le preguntó con cierto recelo.

—No, claro, que no —Se apresuró a responder al momento—. Es que...—balbuceó durante unos segundos sintiendo la opresión en la garganta.

—¿Va todo bien Marck? —le preguntó algo extrañada y preocupada por el cariz que había tomado la conversación—. Somos amigos desde el colegio, el instituto… Siempre hemos mantenido una buena relación de amigos. Y cuando con el paso del tiempo nos volvimos a ver y te comenté a qué me dedicaba, me propusiste enviarme algún manuscrito. Sabes que puedes confiar en mí. Te hablo como esa amiga de la que te hablo, y no como editora. Hay confianza para que me cuentes tus problemas.

—Claro. Todo bien. Dentro de seis meses —asintió con ganas de salir de allí como si el diablo le pidiera su alma.

Lucille se resignó a seguir con el tema porque le quedaba claro que él no iba a hablar más de este. Resopló y abriendo los ojos al máximo volvió a adoptar una postura firme.

—Como quieras. No te permitiré que me entregues un manuscrito sin valor comercial. La editora jefa me ha preguntado por tu nueva novela cuando supo que estabas de regreso de París y me habías comentado retomar tu carrera de escritor. Le he estado dando largas aludiendo a que te estabas adaptando y que te estabas volviendo a poner en marcha. Que en breve tendríamos algo de K. L. Andrews para la colección que llevo. Te lo hago saber porque sé que puedes llegar lejos en este mundo —le advirtió con una voz llena de confianza en él—. Escribe la novela que todos queremos leer.

Marck se levantó de su asiento desviando la mirada hacia un punto en el vacío. Mientras, Lucille lo seguía con la suya controlando todos sus gestos. Había algo que él le ocultaba, pero no le correspondía a ella adentrarse en algo personal, salvo que afectara a su trabajo. ¿Qué le había sucedido en París?

—Tendrás la novela en el plazo acordado —le aseguró con un tono frío—. Me marcho si no

me necesitas.

—Estaremos en contacto —le dijo viendo como él asentía en silencio y salía de su despacho dejándola poco convencida.

Marck abandonó el edificio de último diseño, que albergaba las oficinas de la editorial. Debía admitir que la reunión <<informal>> con Lucille había sido más bien un monólogo por su parte y con un único fin: rechazar de plano el manuscrito de su última novela. Sonrió burlón pasando la mano por sus cabellos retirando algunos mechones de su frente. Permaneció parado en la acera como si él fuera parte de esta con las manos en sus caderas dándole vueltas y vueltas en su cabeza a todo lo sucedido. Una cosa le había quedado clara: dentro de seis meses tenía que pasarle a Lucille un manuscrito en condiciones. En caso contrario, podría darse por ejecutado. Y eso era algo a lo que no quería renunciar a pesar de su vida académica. Le había costado abrirse camino en el mundo editorial, aunque había contado con la ayuda de Lucille. Pero él se lo había tomado en serio, como un reto, y las ventas lo habían acompañado en un género donde las escritoras copaban todas las portadas y listas de ventas. La cosa era bastante seria como para arrojarla a la papelera de la misma forma que ella había hecho con su manuscrito. No. Ni hablar. Ni si quiera se le pasaba por la cabeza la idea de abandonar. Había recogido el guante arrojado a sus pies por ella. Escribiría una buena historia de amor en un tiempo determinado. Un romance que las lectoras no pudieran dejar de leer. Eso incluía a su querida Lucille. Se vio invadido por una risa nerviosa pensando en ella. Sacudió la cabeza y emprendió camino hacia un café. Su mente comenzó a llenarse de ideas acerca de la historia que podía ofrecer. ¿Un romance histórico? ¿Un idilio contemporáneo? ¿Una trama de suspense? ¿Desde el punto de vista masculino? ¿Femenino? ¿Quién sería el protagonista? ¿Y ella? Con estos pensamientos caminó por el centro de Stirling, y levantó la mirada hacia su castillo como si buscara cierta inspiración en este. Luego comenzó a fijarse en la gente con la que se cruzaba. Le gustaba hacerlo. Reconocía que lo encontraba enriquecedor, y que en alguna ocasión alguien le había servido de modelo para sus personajes. Incluso cuando se sentaba a solas en un café y se fijaba con atención en los clientes, jugaba a adivinar su edad, sus gustos, su profesión a través de la metódica observación. Una especie de Sherlock Holmes moderno y literario. Por el momento no encontró una persona que le pudiera transmitir algún matiz para sus personajes.

Siempre era la misma gente. Las mismas caras. Las mismas miradas perdidas en algún punto o fijas en las pantallas de los dispositivos móviles. En pocas ocasiones había visto a alguien en un café con la cara sumergida entre las páginas de alguna novela papel, lo cual le había llamado la atención.

Entró en el café Costa del centro comercial *The Thistles* y tras pedir un té se sentó en una mesa alejada de las ventanas para no distraerse. De ese modo se fijaría en los clientes que había en el interior, a ver si alguno servía como modelo. Y salvo por una muchacha de cabellos rizados que movía la cabeza al ritmo, que le marcaban sus auriculares, nada de nada. ¿Habría perdido su inspiración después de tres novelas bien acogidas por la crítica y las lectoras? K. L. Andrews había surgido de la nada para hacerse un hueco de la noche a la mañana en el mundo editorial. Recordó la expresión del rostro de Lucille cuando le aseguró que no podría asegurar que aquella novela estuviera escrita por una mano masculina. Sonrió por primera vez ese día recordando esa escena cogiendo la taza para beber. Sacó su libreta de nota y comenzó a esbozar algunas notas de su nueva obra, pero el sonido del móvil le obligó a mirarlo de reojo. No iba a hacerle caso, pero recordó el tema del alquiler, y que había facilitado su dirección de mail para cualquier aclaración. De ese modo evitaba estar respondiendo al móvil a todas horas. Había dejado unos pocos

anuncios por la zona de las facultades por si algún estudiante estaba buscando alojamiento. Y después de cuatro meses, nada de nada. Las navidades se acercaban y él pretendía tener un nuevo compañero antes de que terminara el año. De ese modo podría centrarse en la novela y en pensar en regresar a las aulas. Cuanto antes solventara el tema del alquiler menos preocupaciones tendría.

Cogió aire y se dispuso a leer el correo con la esperanza de que esta vez fuera la definitiva. Había enseñado el ático una docena de veces, y a pesar de que algunos le prometían darle una respuesta, al final no era así. Supuso que sería un estudiante más, pero le llamó la atención los escueto del mensaje y sus preguntas con relación a este.

Marck respondió a todas y cada una de estas y le comentó que podría pasarse por el ático cuando quisiera. De manera que una vez enviada la respuesta, aguardaría a que el tal Josh respondiera de forma afirmativa y que todo se resolviera. Había decidido rebajar un el precio porque algunos le habían comentado que era algo caro. A ver si esta ocasión era la definitiva y él podría centrarse en su novela.

Daba vueltas por el ático colocando y quitando todo aquello que le parecía que sobraba. Había perdido la noción del tiempo y de las veces que había movido las cosas. Quería causar una grata impresión a la visita Había ordenado la habitación que ocuparía, retirando las cosas, que Rob se había dejado cuando se marchó, y a por las que no había vuelto. Ni si quiera lo había llamado para saber qué había hecho con estas. Se detuvo en medio del salón mirando a su alrededor comprobando que no había nada fuera de su sitio. Tampoco podría hacer mucho más porque el timbre del interfono acababa de sonar. Lanzó una mirada al reloj colgado en la pared, justo por encima de la televisión.

—Ya está aquí.

Resopló y se dirigió a abrir cruzando los dedos. Preguntó quién era, por si acaso no era el tal Josh. Y aunque alguien en la calle le respondió con ese nombre, la voz lo confundió. Permaneció en el pasillo con el ceño fruncido pensando en el tono de la voz que acaba de escuchar.

CAPÍTULO DOS

Esperó impaciente a que llamara a la puerta, y al hacerlo se quedó contemplando a la chica le devolvía la mirada con inusitada curiosidad. Tenía el pelo rizado de color caoba y recogido de una manera, más bien improvisada y algo alocada, ya que varios mechones le caían aquí y allá sobre su rostro. Unas gafas pequeñas con montura de color azul pastel y unos ojos tan claros, que le parecía imposible que fueran suyos. Y cuando movió aquellos labios…

—¿Marck? —Ella entornó esa mirada luminosa con incertidumbre al verlo allí parado, sin decirle nada.

Cuando él escuchó su nombre experimentó una sacudida por todo su cuerpo. Se vio obligado a reaccionar de manera precipitada.

—Sí, soy yo…

—Soy Josh. Hemos quedado para ver la habitación que alquilas.

—Ehhh… Sí, ¿Josh?

—Josephine. Pero casi nunca firmo con mi nombre completo. Supongo que eso te ha confundido porque estarías esperando a un hombre.

Su sonrisa y su naturalidad acabaron de descolocarlo por completo. ¿Una mujer venía a ver la habitación? Seguía sin reaccionar porque lo último que esperaba era tener <<una compañera en el ático>>

—Pasa, por favor. Deja el abrigo y el bolso en la percha., si lo prefieres.

—Gracias.

—Por aquí —Abrió el camino hacia el salón—. Puedes echar un vistazo al ático por ti misma. Y hacerme todas las preguntas que quieras.

Ella asentía pasando su mirada aquí y allá ajena a la curiosidad que sin duda había despertado en él.

Marck seguía en estado de shock. No quería quedarse mirándola de manera descarada y saliera huyendo de allí. ¡Qué diablos! Si decidía quedarse él no pondría reparos.

—Puedo salir, ¿verdad? —Señaló la cristalera que daba al balcón.

—Por favor…

La vio dirigirse con determinación y curiosidad hacia la terraza. El viento soplaba fuerte y frío allí fuera en esa época del año. Los tejados de las casas de Stirling se veían desde allí, así como el castillo sobre su montículo. El cielo estaba cubierto de nubarrones que amenazaban con descargar lluvia de un momento a otro.

—Supongo que la vista será más impresionante por la mañana. Ya está anocheciendo, pero con todas esas luces es una bonita estampa.

Él no esperaba que ella volviera el rostro hacia él y le sonriera al tiempo que esperaba su respuesta. Por ese motivo le llevó un segundo reaccionar

—Sin duda.

—Creo que es mejor meterse dentro, y dejarlo para cuando haga mejor tiempo.

Le rozó al pasar y Marck percibió una oleada de su perfume intenso. Una mezcla afrutada o floral.

—Si quieres echarle un vistazo a la cocina, al cuarto de baño…

—¿Bañera o ducha?

—Lo segundo. Amplia como podrás ver por ti misma.

Josh se dirigió a este y vio que la ducha iba a de pared a pared, y no una de esquina que apenas si tenías sitio. Tenía con los cristales biselados para que no se viera a la persona que se duchaba.

Él la observaba de refilón inspeccionando cada rincón.

—¿La cocina?

—Aquí —le indicó él dejándola entrar en esta.

Josh echó un rápido vistazo. Tenía todos los electrodomésticos, incluido un lavaplatos. Ella no era de usarlo, pero ¿quién sabía?

—La habitación está frente a la mía. Tiene lo justo porque siempre dejo que el nuevo inquilino la amueble y decore a su gusto.

No había mucho que ver, como le había dicho él. Una cama, una mesilla, armario y un escritorio con una silla. La verdad era que se veía espaciosa.

—Supongo que entrará buena iluminación con esa ventana.

—Sí, seguro. Además, si te acercas verás que da a la terraza.

—Genial, se puede salir por esta —comentó con una sonrisa.

—Pues eso es todo lo que hay por ver. Si tienes algún comentario, alguna pregunta…

Josh se mordisqueó el labio con gesto pensativo contemplando la habitación en primera estancia, hasta que se centró en el rostro de él. Asintió dibujando una media sonrisa.

—Solo necesito saber cuándo podría mudarme. El ático me gusta, así como la zona, aunque tendré que coger un autobús para ir hasta la universidad. Y ya respondiste a todas mis cuestiones en el correo que me enviaste.

—Sí, este edificio está muy cerca del centro de la ciudad, pero algo alejado del campus. No obstante, Stirling no es muy grande como sabrás… —Entornó la mirada con curiosidad y cautela hacia ella porque sabía si era de allí. Pero escucharla hablar de la universidad… ¿era estudiante? No le parecía una veinteañera que hubiera empezado la carrera, sino más bien… el post grado.

—Lo cierto es que llevo poco tiempo aquí.

—Ah bien, no eres de Stirling —afirmó al escucharla y ver cómo sacudía la cabeza—. Te apetece tomar algo mientras seguimos hablando del ático…

—Café solo, si tienes hecho.

—Sin problema. Siéntate dónde te guste —le señaló el sofá del salón para que lo ocupara mientras él iba a la cocina a preparar el café.

Josh decidió permanecer de pie echando un vistazo a la decoración. Algunos cuadros, una pantalla de televisión sobre un mueble bajo y un reloj redondo a pilas colgado en la pared. Un mueble repleto de libros de toda clase e incluso cogió alguno para echarle un vistazo. Lo vio regresar al salón con una bandeja, que contenía dos tazas, y dejó el libro para ir a echarle una mano.

—Disculpa… estaba echando un vistazo a los libros.

—No pasa nada. Encontrarás una amplia diversidad de temas.

—Sí, me he dado cuenta al leer algunos títulos. ¿Puedo saber a qué te dedicas? —Lo miró con curiosidad y se acercó al sofá. Él había dejado la bandeja sobre una mesa baja.

—Escritor.

—Vaya… —Abrió los ojos sorprendida por su respuesta—. ¿Algún género en concreto?

—Ficción romántica.

—¡Wow!

—Imagino que no lo esperabas, dada tu expresión.

—Se me hace extraño que un hombre escriba sobre las relaciones y los sentimientos.

—¿Por qué? ¿Acaso no los tenemos? —En ese momento fue él quien le devolvió la mirada sorprendido—. Sabía que dirías algo así.

—Y yo supongo que te lo habrán dicho en varias ocasiones.

—Unas pocas.

—¿Siempre te has dedicado a ello? —La curiosidad iba en aumento a medida que lo observaba. Tenía aspecto desenfado, de no preocuparse mucho por las modas, los ideales… El pelo despeinado como si acabara de levantarse de la cama, y eso que eran las cinco y media de la tarde. Sin afeitar, vestido con unos vaqueros desgastados y una camisa de cuadros abierta, que dejaba ver la lengua de los Rolling Stones de su camiseta. En cuanto a la edad… Podría pasar de los treinta bien a gusto, se dijo entrecerrando los ojos mientras lo observaba servirse café.

—No. La verdad es que llevo unos pocos años, como te decía.

Cogió la taza para beber y siguió contemplándolo por encima de esta hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo

—Disculpa mi curiosidad. No tengo derecho a preguntarte…

—Tranquila. Es bueno que charlemos y sepas con quien vas a compartir el ático. No soy un sicópata ni un maníaco —le dijo riendo al ver el gesto de ella—. Lo compaginaba con mi empleo en París, y antes aquí en la ciudad. Era docente en una universidad.

—¿Y decidiste dejarlo para regresar a Stirling? —Había un toque de sorpresa en la voz de ella al escucharlo.

—Sí. Después de marcharme unos años a la capital francesa consideré que era el momento de dar un giro a mi vida.

—¿No te has arrepentido?

Él sacudió la cabeza, muy seguro de ello.

—Es sin duda de las mejores decisiones que he tomado. ¿Y tú? ¿Has dado un giro a tu vida también? —sonrió cogiendo la taza para beber café. Se encontraba algo nervioso ante su presencia. Pero supuso que se debía a la impresión de conocerla, de pensar que compartiría el ático con ella.

—Algo así, aunque no tan drástica como tú. Estaba en la capital realizando mis estudios de doctorado, cuando me dijeron que aquí en Stirling había una vacante en la universidad.

—Y has decidido venirte a ocuparla.

—En realidad me han seleccionado para seguir con mi investigación y dar algunas clases. Y llevaba unas semanas compartiendo el piso con una chica, pero me ha comentado que necesitaba la habitación para su pareja porque la habían trasladado a Stirling.

—Entiendo… Te has visto en la calle de la noche a la mañana.

—Algo así. Y cuando vi este anuncio en la facultad, pues te escribí y el resto ya lo sabes.

—Estás aquí. Bien, pues esto es lo que hay. Si te interesa, puedes mudarte cuando precises. Los gastos son compartidos al cincuenta por ciento como te comentaba en el correo.

—A primera vista, me atrae la idea de vivir aquí. Si no tienes problema…

—Todo lo contrario. Deseaba terminar con este tema del alquiler. No sé si tienes alguna cuestión más.

—¿Puedo traer mis cosas hoy mismo?

—Por mí no hay problema. ¿Necesitas ayuda?

—No querría quitarte tiempo… Tal vez tengas que escribir o hacer cualquier otra cosa que ayudarme con la mudanza.

—La verdad es que no tengo ganas de ponerme a escribir esta tarde, y eso que después del rapapolvo de mi editora… —La contempló con los ojos como platos y resopló dejando clara la postura de Lucille.

—¿No ha ido bien la cosa?

Resopló sin apartar la mirada del rostro de ella. Se había recogido el pelo en alto con una goma. Sus ojos brillantes como dos gotas de agua fijos en él como si pretendiera adivinar qué pasaba por su mente. Ella cruzó una pierna sobre la otra adoptando una postura, que le recordó por un momento a Lucille.

—Me ha rechazado el manuscrito —le soltó sin más.

Ella lo contempló por encima de sus gafas, elevando sus cejas hasta que se perdieron bajo algunos mechones. No podía dar crédito a sus palabras. El labio inferior estuvo a punto de caérsele al suelo.

—¿Por qué? ¿Tan mala es? —le preguntó presionando su dedo sobre la montura de sus gafas

para colocarlas en su sitio.

—Eso le ha parecido.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo seis meses para escribir otra que le convenza.

—¿Y es tiempo suficiente para ello? —Lo observó cambiar el gesto y al final emitir un gruñido de desaprobación—. Vale, vale. Capto el mensaje.

—Por ese motivo prefiero hacer algo diferente a escribir. Si tienes pensado quedarte aquí, puedo echarte una mano con el traslado.

—La verdad es que es de agradecer.

—En ese caso, podemos irnos cuando tú decidas.

—Pues creo cuánto antes vayamos a por mis cosas, antes estaremos de vuelta y podré colocarlas. No obstante, lo bueno es que mañana es sábado y el fin de semana no tengo clases. Con lo que puedo ponerme al día aquí. Prometo no molestarte mientras tú escribes —Extendió el brazo con la palma de su mano abierta dejándole clara su postura.

—Tranquila. Me tomaré este fin de semana en plan relajado. Necesito organizar mis ideas. Y, además, las navidades están a la vuelta de la esquina.

—Por eso mismo quería ver este ático hoy y decidirme lo antes posible. No quería dejarlo para después de estas.

—¿Te marcharás durante esos días?

—No —le dijo muy segura—. Estoy sola.

—¿Tu familia? —La vio torcer el gesto ante esa cuestión lo que hizo a Mark reaccionar—. Disculpa. Presiento por tu gesto que no la tienes.

—Así es. Soy hija única y mis padres ya no están conmigo. De manera que…

—Si no te importa soportarme esos días. Mis padres están en España. Disfrutando del buen tiempo y de la playa en esta época del año. Siempre se marchan a Canarias. En fin, ya hablaremos de las fiestas navideñas cuando lleguen. Por lo pronto vamos a por tus cosas.

Ella asintió con una ligera sonrisa, y una calidez en su interior desconocidas hasta ese instante. Algo le hacía presagiar que se llevarían bien.

—No te lo he preguntado… pero… ¿no te importa compartir piso con una mujer?

Permaneció allí de pie con las manos en los bolsillos mientras la contemplaba sin entender a qué venía aquella cuestión.

—¿Y a ti con un hombre?

—No sé… La verdad es que este sitio me gusta. Pero, a lo mejor te resulta violento. Lo digo por si tienes una pareja, ya me entiendes. Podría llegar a pensar mal e incluso verme como una rival…

Lo vio esbozar una sonrisa que no supo cómo interpretar. Una mezcla de curiosidad y diversión.

—No. No la tengo. Y aunque este fuera mi caso no creo que sea un problema. No tengo ningún inconveniente, Josh. ¿Puedo llamarte así?

—Sí, mejor que Josephine, por favor. No lo hagas nunca —le recordó su nombre riendo.

—¿Por qué te ríes? Es un nombre bonito, y no lleva a error. Además, Josephine es la protagonista de *Mujercitas.* Jo March, la soñadora, inconformista, la escritora…

—Ya…

—No esperaba que una chica así respondiera al anuncio, pero no tengo nada que objetar. No soy un misógino ni nada por el estilo.

Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Una chica así? ¿A qué te refieres? —Le picó la curiosidad cuando lo escuchó.

—Bueno, quise decir una mujer. Compartir piso sin ser pareja…

Ella sonrió y emitió un sonido gutural muy revelador.

—Te entiendo. Por cierto, yo tampoco la tengo. De manera que no hay inconveniente en ese sentido.

<< Mi ex me cambió por mi mejor amiga en Edimburgo >> pensó en lo sucedido en la capital, y por qué motivo no se lo había pensado dos veces en trasladarse a Stirling.

—Dos taxis libres circulando por la carretera que es la vida.

Aquel comentario le produjo una media sonrisa a ella.

—Visto por ese lado…

Hubo unos segundos de silencio hasta que Marck lo rompió.

—Es mejor que dejemos los temas sentimentales y vayamos a por tus cosas —Necesitaba salir de allí. De pronto el ático parecía estar encogiéndose por momentos. Ella le parecía simpática, agradable, una tía enrollada a primera vista, intelectual como él con la que podría charlar de literatura, y aunque no quería pensarlo… atractiva y resultona para cualquiera que se quedara contemplando su cuerpo con atención.

—En ese terreno serás un experto si te dedicas a escribir historias sobre sentimientos —Movió las cejas con velocidad y apretó los labios hasta que casi desaparecieron.

Él se detuvo cuando ella lo dijo. Cerraba la mano en torno al manillar de la puerta que mantenía abierta para que ella saliera. La contempló con un gesto risueño.

—En la ficción, solo. No en la vida real —Observó su gesto de interés, o eso le pareció a él mientras pasada por su lado—. Por cierto, tu juego de llaves es ese —Hizo un gesto con las cejas hacia estas sobre el mueble de la entrada.

Ella las recogió y salió al descansillo para dejar que él cerrase la puerta. No tenía queja de su nuevo compañero de piso. Había sido muy atento con ella, y le había gustado saber que podría charlar con él de cualquier tema.

CAPÍTULO TRES

Josh y él terminaron de subir y llevar a la habitación todas sus cosas. Agradeció la ayuda de él en todo lo que ella le había pedido. Pero tampoco quería abusar de su amabilidad. Lo cierto era que llevaba horas allí y sentía con muchas expectativas por lo que pudiera depararle aquel cambio. Había tenido suerte al encontrar un sitio tan rápido que le agradase y con un buen compañero. Este aparecía en ese momento en el salón obligándola a desviar la mirada de un punto en el vacío hasta su rostro.

—¿Cansada?

—Sin duda que la mudanza es terrible. Ya lo iré colocando a lo largo del día de mañana.

—No te quedaba otra opción que mudarte, si tu compañera decide vivir con su pareja.

—Sin duda. Por cierto, hay algo que me gustaría hablar contigo…

—Tú dirás.

—Imagino que pueden venir a visitarme.

—Sí, claro. Puedes traer a quién quieras aquí. Invitarlo a comer algo, a tomar un café… E incluso si se trata de un ligue de una noche —le aclaró con total sinceridad.

—En ese no había pensado, pero ya que lo dices…

—Te lo comento porque mi anterior compañero lo hacía. Y bueno, lo cierto era que algunas veces era algo… embarazoso —Marck entrecomilló esa palabra con los dedos—. Levantarte en mitad de la noche para ir al baño o a la cocina a beber un vaso de agua y encontrarte en el pasillo a una mujer en ropa interior, sin camiseta… No sé si me entiendes. Yo no he traído nunca a ninguna chica ni lo haré. Puedes quedarte tranquila —le dijo muy seguro de lo que hablaba.

—No creo que suceda nada malo si lo haces, me refiero a lo de traer a alguien. Pero parece que lo tienes muy claro.

—Sí.

Algo en la manera de hablar de él le hizo pensar a Josh que podría haber tenido algún contratiempo. Consideró que no iba a ir por ese camino. De manera que lo dejó estar.

—En cuanto al otro tema, lo de que te levantes y me puedas encontrar en ropa interior en el pasillo… he de decir que hay ocasiones en las que nos olvidamos de que no vivimos solos. Te aviso que suelo dormir con pijama —le dijo con las manos en alto y una sonrisa divertida—. Aunque admito que en alguna ocasión me sucedió algo parecido a lo que acabas de contarme. Pero era por el calor y entonces me quitaba el pantalón.

Él bajó la mirada hacia el suelo y sacudió la cabeza para evitar quedarse mirándole las piernas. Una sonrisa irónica se perfiló en su rostro. No pretendía imaginársela de ese modo, pero el subconsciente era en ocasiones algo puñetero, la verdad.

—Descuida lo tendré en cuenta. Y ahora, ¿dime? ¿Qué te apetece cenar?

Ella resopló. Se había trasladado, pero tenía que hacer compra para la semana.

—¿Qué tienes?

El gesto de su rostro lo hizo sonreír.

—Pásate por la cocina y echa un vistazo a lo que hay. Si se ajusta a tus gustos perfecto. De lo contrario, siempre podemos pedir que nos traigan algo.

—Mañana iré a comprar.

—¿Sueles venir a comer cuando estás en la facultad? Es por si quieres que prepare comida para los dos. Yo paso la mayor parte del día aquí en la casa, y no tengo inconveniente en hacerlo.

Aquel comentario la dejó sin palabras por unos segundos, sin saber cómo reaccionar. No pretendía que él le prepara la comida o el desayuno. Quería seguir siendo independiente en ese aspecto.

—La verdad es que cuando estaba en el otro piso solía quedarme a comer con algún compañero cerca de la facultad. O bien, me llevaba la comida. Dependerá del tiempo que me lleva ir y venir. Si me compensa subir aquí a comer o quedarme por el campus. Sería cuestión de avisarte si vengo a comer.

—Como tú lo veas. Con que me avises me basta para preparar algo para los dos.

—Gracias —sonrió colocándose las gafas en su sitio con un leve toque de su dedo.

—¿Eres alérgica a algún alimento? ¿Vegana?

—No. Como de todo. No mucho, eso sí. Te aviso para que lo tengas en cuenta.

—Genial porque de ese modo no tendremos problemas para comprar. ¿Cómo lo hacías en el otro piso? ¿Una compra sola y pagabais a medias? ¿O cada una hacia la suya propia? A mí me es indiferente —le aclaró encogiendo los hombros esperando que ella se decidiera.

—No soy muy especial a la hora de las comidas. Si te viene bien hacemos una sola compra y la pagamos a medias. Si hay algo que me apetezca a mí sola pues luego hacemos cuentas…

—Tampoco es cuestión de que te cobre una libra, por ejemplo. Me sentiría como el viejo avaro del cuento de Navidad.

Aquella comparación le arrancó una carcajada. Cuando se dio cuenta de la manera en la que él la mirada, se detuvo algo cortada.

—Disculpa que me haya reído. Es que no te veo como al señor Scrooge

—Yo tampoco, la verdad. Por cierto, ¿de qué va tu tesis?

—La novela histórica inglesa.

—Genial. De ese modo puedo comentarte alguna cosa que se me ocurra cuando esté escribiendo. Puedes aleccionarme como experta en ello.

—Experta…. —Rodó sus ojos haciéndole ver que estaba exagerando un poco, y el rubor en su rostro la delató.

—Al menos tienes un conocimiento más profundo de ese género que yo. Y eso que me documento —Levantó las manos en alto para dejar claro que así era.

—Puedes consultarme siempre y cuando me dejes leer algo tuyo.

—Te dejaría mi último borrador, pero creo que no es el mejor momento ahora que nos estamos conociendo —apretó los labios y asintió convencido de ello—. Cuando tengamos más confianza el uno con el otro. Y ahora, deberíamos centrarnos en preparar la cena.

Josh lo vio desaparecer en la cocina y ella permanecía de pie en mitad del salón, como si estuviera decidiendo qué hacer. Se había quedado pensando en las palabras de él acerca de tener más confianza. Bueno, no iba desencaminado por las experiencias que ella había tenido compartiendo piso. La realidad era que todo se estaba desarrollando de una manera muy rápida para su gusto; y no sabía si eso era bueno o no. Pero prefería no pensarlo en ese momento.

***

Marck quedó con Angus el sábado por la tarde para tomar algo. Abandonó su habitación y regresó al salón donde encontró a Josh dormida sobre el sofá. Aquella imagen lo detuvo en seco. No esperaba encontrarla así, pero también lo entendía porque la mañana había sido bastante ajetreada. Se había pasado gran parte de esta colocando lo que habían traído desde el otro piso, además de haber salido a comprar para llenar la nevera. Habían estado hablando del resto de cuestiones relacionadas con las tareas de la casa mientras comían. Al parecer, todo ello le estaba pasando factura. Fue en busca de una manta fina de viaje y se la echó por encima para que no se quedara fría, a pesar de la calefacción. Le dejaría una nota. Le gustaba avisar a su compañera de piso dónde estaba por si lo necesitaba para algo. Ya habían intercambiado sus números de teléfono. La contempló una última vez antes de marcharse. Confiaba que Josh no tuviera ningún problema.

The Courtyard Café era un espacio donde podías tomarte algo en el jardín exterior o bien, podías pasar a su informal, pero coqueto interior. La temperatura invitaba a hacerlo en este último, como le indicaba Angus con los gestos cuando lo vio aparecer.

—Si te parece bien, pasamos dentro que se está mejor. Pensé que el día de hoy no acabaría siendo tan frío.

—Vamos tío, estamos a pocas semanas para Navidad, y aquí ha habido algún año que otro que ha nevado. Este tiempo no me extraña nada —le rebatió Marck entre risas palmeando el hombro de su amigo.

Entraron en aquel pequeño local donde destacaban dos sofás de piel a juego con el tono de la madera que cubría el suelo. Entre medias había una mesa baja con algunas cartas de menú y frasquitos con azúcar o sal. Había otra en el centro rodea por ocho sillas, y una tercera de forma redonda con dos sillas junto a la ventana con vistas al exterior. La decoración llamaba la atención porque era de carácter informal, pero elegante al mismo tiempo.

Una chica de rostro risueño y cabello color de las hojas en otoño acudió a recibirlos.

—Hola, podéis sentaron donde queráis, o si lo preferís podéis pasar a la otra sala.

—No tengo inconveniente en quedarme aquí y sentarme junto a la ventana —comentó Marck señalando la mesita junto a esta.

—Sí, por mí está bien —asintió Angus.

—Vale, pues si ya sabéis lo que vais a tomar…

—Café solo —pidió este mirando a la joven un segundo.

—Con leche, para mí —Marck se sentó mientras la joven camarera se alejaba.

—Sin duda que aquí dentro se está mucho mejor, amigo. Entre el calor que desprende la chimenea, y la acogedora atmósfera creo que no hay elección.

—Vale, admito que tienes razón.

—Espero no haberte hecho dejar el trabajo a medias… Ya me entiendes, con las novelas.

Marck resopló y no porque el café estuviera caliente precisamente cuando la chica se los sirvió.

—Tranquilo. Lucille me ha tirado a la basura mi último manuscrito. Y te lo digo como lo viví. Lo tenía impreso y encima de su mesa. Lo cogió y lo dejó caer al fondo de su papelera.

—¿En serio? —Vio a su amigo asentir en repetidas ocasiones—. ¿Y qué vas a hacer?

—Tengo seis meses para crear una nueva historia que le guste, claro —Marck asintió bebiendo y observando la reacción de su colega—. Ese es mi panorama para los próximos seis meses. Por cierto, ¿a qué ha venido quedar con tanta prisa?

—Sí, tienes razón. Es que me has dejado de piedra, tío. Vale, se trata de la habitación de tu ático, tengo un compañero en el periódico que anda buscando un lugar para mudarse. Le dije que… —Angus se detuvo cuando observó a su amigo sacudir la cabeza en repetidas ocasiones y echarse a reír—. ¿Qué pasa? ¿A qué viene ese gesto? ¿Ya no te interesa alquilarla?

—Ya no está libre.

—¿Lo has alquilado?

—Ayer mismo. Por la tarde. La persona se presentó a verlo y decidió quedarse con la habitación. Fuimos poco después a por sus cosas al piso en el que estaba. Esta mañana se ha instalado del todo —Cogió la taza para beber y a continuación una galleta, que comenzó a mordisquear, consciente de que Angus le preguntaría quién era su nuevo compañero de piso.

—Bueno… ¿Qué la vamos a hacer? Le diré a mi compañero que ya no está libre.

—Si me hubieras avisado antes…

—Ya, pero se me pasó. No te preocupes. Has hecho bien, coño —le dijo observando con curiosidad los gestos de su amigo—. ¿Por qué pones esa cara y haces esos gestos? ¿Qué pasa? ¿Tiene que ver con el alquiler? Por curiosidad, ¿a quién se la has alquilado?

—A Josh.

—¿Y qué le pasa a ese tal Josh?

Marck miró a su colega y se rio.

—No es <<ese>> sino <<esa>>

—¿Cómo qué…? ¿Una tía? ¿Le has alquilado la habitación a una? —Angus no daba crédito a lo que acababa de descubrir. Mantenía los ojos abiertos como platos, incapaz de parpadear, y la boca entreabierta hasta que pareció reaccionar. Vio como Marck se limitaba a mordisquear una galleta y a asentir.

—Josh es una chica. Josephine. Y si tú estás sorprendido, puedes hacerte una idea de cómo me quedé yo al verla cuando le abrí la puerta de casa.

Angus apretó los labios y frunció el ceño procesando aquella información. Cogió aire antes de decir algo.

—¿Y se quedó con la habitación?

—Sí. Al parecer su compañera había decidido vivir con su pareja, lo que significaba que Josh debía marcharse a otro sitio.

—Pero tío, por mucho que necesites el dinero… compartir el piso con una mujer que no conoces…

—Ya sé lo que piensas por la cara que estás poniendo.

—Todavía si fuera tu pareja o una amiga de toda la vida… y con la que tienes suficiente confianza… Pues lo entendería. Pero una desconocida…

—No hay que hacer un drama, coño. Me parece una chica bastante maja.

—Pero, si la has conocido ayer ¿no?

—Es la impresión que me ha transmitido en el día y medio que lleva en casa.

—Vale… ¿Puedo saber a qué se dedica?

—Enseña literatura inglesa en la universidad. Aparte está redactando su tesis doctoral. Por lo poco que hemos hablado, estaba en la capital y le sugirieron que echara su currículo aquí en Stirling. Lleva desde que comenzó el curso aquí.

—Una profesora al igual que tú.

—¿Qué problema le ves?

Angus sonrió con sorna agitando con toda intención su dedo ante el rostro de su amigo.

—Un hombre y una mujer no pueden ser amigos. Al final siempre acaban surgiendo cosas, y más si estos conviven bajo el mismo techo. Tú mejor que nadie debes saberlo. Ahora te dedicas a escribir acerca de los sentimientos de las personas.

—No me vengas con esas…

—Sí, sí. Ya me lo dirás en unas semanas. Oye, ya puestos, puedes basarte en tu propia experiencia para tu nueva historia y que le guste a tu editora. ¿Tiene pareja?

Marck frunció el ceño y miró a su amigo con cierto malestar.

—¿Ni de coña se te ocurra pensarlo?

Pero Angus se limitó a fruncir los labios y encoger los hombros.

—¿Por qué no? ¿Quién os lo impide? Si ambos estáis solteros…

—No. Quedas advertido —lo señaló con un dedo tratando de parecer seguro de sus palabras.

Y Angus se limitó a sonreír divertido.

—Tú sabrás dónde te has metido. Pero ¿no pusiste en el anunció que buscabas un compañero?

Marck no quería parar a pensar en que había metido a una mujer en su casa. No lo había

hecho cuando ella se presentó y no iba a hacerlo porque su amigo se lo dijera.

—No. Solo puse que se alquilaba una habitación en mi ático y el coste. Me da igual con quien convivo.

—Bueno, si hubieras preferido hacerlo con un tío…

—Me era indiferente. Y sí, podía haberle dicho a Josh que no la admitía por ser mujer, pero sería discriminarla. Y, además, cómo has preguntado por el género de mi compañero, te repito que no lo especifiqué. De manera que se podía presentar quien estuviera interesado.

—Cierto. En fin, creo que la convivencia puede ser hasta beneficiosa para ti.

Marck movió las cejas y emitió un sonido gutural.

—Yo también. De todas formas, no sé a qué viene tanto revuelo. Solo vamos a compartir el ático y por lo que me ha contado ella se pasará casi todo el día en la facultad. Y yo me quedaré en casa escribiendo una novela para que Lucille quedé contenta. Nos veremos lo justo.

—Visto por ese lado… Tienes razón. Te deseo una buena convivencia. Solo quería hablar contigo por ese motivo. Estaremos en contacto para tomarnos alguna que otra pinta, ¿no?

—Sí claro, y para saber cómo me marcha la convivencia con mi nueva compañera de piso —le dio un puñetazo en el hombro y lo miró con gesto irónico.

—Lo que tú quieras contarme. Prometo no preguntar. No vemos cuando quieras.

—Sí, ya hablamos.

Se despidieron con un apretón de manos y Marck emprendió el camino de regreso a casa donde suponía que estaría Josh. No pretendía pararse a pensar en los comentarios de Angus al respecto de la decisión que había tomado con el alquiler de la habitación. Había optado por aceptar a Josh porque ella había estado de acuerdo con las condiciones. Y él tampoco era que hubiera hecho mucho por evitarla. ¿Por qué debería haberlo hecho? Ella se presentó respondiendo a su anunció como lo habían hecho los demás que pasaron por ático para verlo. No había que darle más vueltas. La decisión estaba tomada y no iba a echarse atrás. No sabía a qué habían venido sus cometarios y sus risas. Si pensaba que entre ellos dos podía surgir algo, es que no lo conocía. Los sentimientos los dejaba para la ficción y no para su vida. Y más después de lo vivido en París. Sacudió la cabeza desechando cualquier pensamiento al respecto y decidió pensar de nuevo en el manuscrito que debería escribir para Lucille, y del que no tenía ni idea de cómo empezar.

Josh se despertó a media tarde, y le sorprendió encontrarse tumbada en el sofá cubierta con una manta de viaje. No recordaba haberla cogido para echársela por encima, luego debía haber sido Marck quien lo había hecho. Se incorporó quedando sentada y paseó su mirada por el salón hasta que vio la nota sobre la mesa baja. La cogió y vio que era de él. Le decía que había quedado con un amigo para tomar un café. Le sorprendió ese gesto suyo, y lo agradeció en cierto modo. Recordaba que cuando estaba en el otro piso su compañera no se molestaba demasiado por hacerle saber a dónde iba cuando salía, o donde estaba cuando ella regresaba a la casa vacía. Se pasó las manos por la cara para terminar de despejarse. Cuando vio la hora que marcaba el reloj de la pared se quedó con la boca abierta. ¿Cuánto tiempo llevaba dormida? Se preguntó cogiendo el móvil para ver que tenía varios mensajes y una llamada perdida de Merli, su amiga del colegio que vivía en Stirling. Pulsó el botón de llamada y esperó.

—Hey, por fin doy contigo. ¿Qué tal todo?

—Bien, bien. Perdona que no cogiera el móvil, pero es que me quedé dormida y no lo he escuchado.

—¿Y qué narices has estado haciendo para quedarte dormida?

—Terminar de colocar mis cosas en la habitación del ático al que me he mudado.

—Vaya, veo que ha sido rápido. Qué suerte la tuya haber encontrado un sitio tan pronto.

—Sí. Encontré el anuncio en la facultad y me puse en contacto para venir a visitarlo.

—Ya veo. ¿Qué tal es tu nueva compañera de ático?

Josh bajó su mirada a sus pies y sonrió pensando en la respuesta.

—Es <<compañero>>

Hubo un momento de silencio en la línea. Josh se mordisqueaba el labio inferior y se colocaba el pelo detrás de la oreja esperando a que su amiga se pronunciara.

—¿Te has ido a vivir con un tío?

—A ver… Vivir… Le das un toque que…

—Sí, bueno. Entiendo lo que quieres decirme. No quería darle ese sentido, ya me entiendes.

—Lo sé. Sí, bueno… La verdad es que el sitio me gusta y el ático es amplio. Mi habitación es el doble de grande que la que tenía. Las vistas de los tejados de Stirling creo que me cautivaron desde el momento en que salí a la terraza.

—¿Y él? Espero que no sea un sicópata o un salido…

Josh no pudo evitar reírse ante esas dos definiciones de su amiga.

—No he tenido ninguna de esas dos impresiones, la verdad. Y espero que no.

—¿Tú estás segura de que compartir piso con un tío es una buena idea?

Josh se mordió el labio pensando en ello. Pero no creía que fuera el momento de planteárselo.

—Si lo he decido, no voy a echarme atrás en ese momento. No creo que vaya a pasar nada fuera de lo común. Ni nada malo, chica —Josh abría los ojos como platos como si en verdad estuviera hablando cara a cara con su amiga.

—El tiempo te lo dirá. Dime, ¿a qué se dedica? ¿Es mayor o más joven que tú? ¿Sabes si tiene pareja?

El batallón de preguntas al que su amiga la estaba sometiendo la hicieron reír y balancearse en el sofá hasta quedar apoyada contra el respaldo de este.

—¿Te crees que le he hecho una ficha personal o qué?

—Se supone que habréis hablado para iros conociendo.

—Sí, pero no de ese modo. Me refiero a acosarnos a preguntas el uno al otro.

—Lo entiendo, bueno responde a alguna de las que te hecho. Anda.

—Es escritor de novela romántica.

—Uhhhhh esto promete. Entonces, supongo que será alguien romántico…

—No tiene por qué serlo. Tal vez lo sea para su trabajo. El de crear historias para las lectoras, pero eso no significa que él lo sea —le rebatió de inmediato Josh algo molesta porque su amiga lo pensara.

—Mujer, pero… No me negarás que despierta tu curiosidad.

—Ninguna.

—Vaya. Qué determinación.

—Oye, que no me he venido aquí por gusto ni porque él me parezca atractivo. No me ha quedado más remedio que encontrar un alquiler o irme a un hotel hasta que lo consiguiera

—Lo sé, lo sé. ¿Sabes si tiene pareja?

—No.

—¿No te lo ha dicho o no la tiene?

—No tiene. ¿Contenta? —Josh empezaba a ponerse algo nerviosa con aquel interrogatorio, y todavía más cuando escuchó un gruñido como de satisfacción al otro lado de la línea, que hizo que no le comentara nada más al respecto de Marck.

—No pretendo molestarte con mi curiosidad.

—Que te quede claro que no me interesa tener una relación. Hace unos meses que me he venido de Edimburgo a Stirling, y este es el segundo piso en el que vivo. Tengo que terminar mi doctorado para no perder la plaza de profesora. Luego, mi compañero de ático o cualquier otro tío, no tienen cabida en mi vida —Josh respiró cuando terminó de soltar la parrafada.

—Coge aire, chica o te acabarás ahogando. Vale me ha quedado claro. Tienes razón, con todo el follón de la facultad te va a quedar poco tiempo para romances. Pero ten cuidado no te vaya a sorprender cuando menos lo esperes. Venga ya lo dejo y hablamos otro día. Solo quería saber si ya tenías sitio donde alojarte.

—Pues ya ves que sí. Nos vemos cuando quieras.

—Y me lo presentas, ¿vale?

—Primero tendrá que venir a verme.

—Eso está hecho. Te dejo y hablamos.

—Eso, hablamos.

Josh dejó el móvil sobre la mesita del salón, entrelazó sus manos y se dio unos toquecitos con los pulgares en sus labios. Pensaba en lo que había estado hablando con Merli, y no pudo por menos que echarse a reír. Sacudió la cabeza y se incorporó del sofá para ir en busca de su portátil. Se pondría a trabajar un poco en su tesis y así dejar de pensar en cosas que no venían a cuento. Merli y sus locuras, se dijo. Aprovecharía el silencio en la casa ahora que estaba a solas.

CAPÍTULO CUATRO

Marck regresó a media tarde y vio es que Josh ya no estaba dormida en el sofá. La manta estaba doblada sobre el brazo de este. Caminó por el pasillo hacia su propia habitación, y la música tranquila que salía de la que ocupaba ella le dijo que estaba allí.

—Hola

Josh volvió el rostro hacia él.

—Ah, hola. No te escuché entrar.

—Solo pasaba a decirte que estaba de vuelta. No te molesto porque veo que estás liada —Hizo un gesto con el mentón hacia el portátil y los apuntes esparcidos sobre la mesa.

—Acabo de ponerme a ello hace poco. Me quedé dormida en el sofá…

Él se limitó a sentir en silencio y se quedó contemplándola. Le gustaba el toque de intelectual que le otorgaban las gafas. Permanecía callado como si esperar que ella añadiera algo más.

—Cuando me marché me di cuenta de que te habías quedado pegada en el sofá —se rio al definir la situación.

—Estaba agotada después del jaleo de esta mañana.

—Es lógico. Una mudanza lleva tiempo y trabajo.

—Gracias por echarme una manta por encima.

Él frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Pensé que podrías quedarte fría. Este ático lo es a pesar de la calefacción.

—Es de agradecer. Bueno, ¿qué tal te ha ido?

Marck se apoyó contra el marco de la puerta con los brazos cruzados y se quedó observándola de manera detenida. No se le había pasado por la cabeza que pudiera llegar a surgir algo entre ellos como le había sugerido Angus. No quería volver a pisar ese terreno en una larga temporada. No se lo había planteado desde su vuelta de París.

—Mi amigo quería saber si la habitación estaba libre todavía.

La vio abrir los ojos como platos y elevar las cejas en un gesto de incredulidad.

—¿En serio?

—No para él, sino para un compañero del trabajo que estaba buscando cambiarse de alojamiento. Lo siento por él, pero ya tengo compañera en el ático.

—Debió ser más rápido.

—Tú, sí que lo has sido. Lo tenías claro.

—Me gustó la primera impresión que tuve —Entornó la mirada hacia él mientras apretaba los labios. Sintió una repentina subida de calor porque ese comentario le hizo pensar en las palabras

de Merli acerca de si él era un sicópata o algo parecido.

—Sí, y no veas la satisfacción que me has dado —La vio cambiar la expresión y parpadear en repetidas ocasiones—. Llevaba tiempo sin encontrar a alguien que se quedara con la habitación.

—¿De quién es el ático? —Frunció el ceño y levantó el índice señalando el techo.

—Mío.

Josh abrió la boca como si fuera una especie de pez fuera del agua.

—¿En serio? —lo vio asentir con naturalidad—. ¿Y por qué alquilas esta habitación? ¿No te gusta vivir solo?

—Conlleva muchos gastos.

Ella volvió a parpadear de manera repetida sin terminar de creerlo.

—Entiendo. Pero, supongo que lo sabías cuando lo adquiriste.

—Claro.

—Entonces… —Le lanzó una mirada de incomprensión por encima de sus gafas que a él le provocó una sonrisa.

—Me pasó como a ti nada más verlo. No me lo pensé dos veces. Me enamoré a primera vista de él.

—Eso me suena a tus novelas… —Ella entornó la mirada y sonrió con picardía.

—Piensa lo que quieras. Oye, te estoy robando tiempo de tu trabajo.

Ella estaba inmersa en aquella conversación y no se había vuelto a acordar de ello. Le gustaba escucharlo, conversar sobre cosas relacionadas con su vida cotidiana. Así tendría algo que contarle a Merli la próxima vez que hablaran.

—Es sábado por la tarde y no creo que dé para más. A lo mejor soy yo la que te está robando el tiempo. Tu editora te concedió seis meses para escribir una nueva historia.

—Imagino que tú no leerás novelas románticas.

—El género romántico es muy amplio. No se limita al siglo pasado o a este. Jane Austen, las hermanas Bronte, María Edgeworth… ¿Qué me dices? Apuesto a que tus lectoras también las has leído. ¿Qué tal te va en ese mundillo? —le preguntó sonriendo de manera pícara lo cual provocó una carcajada en Marco.

—No me puedo quejar por las ventas que recibo.

—¿Por qué te dio por ese género?

—No lo sé. Supongo que lo elegí como pude haber escogido otro —le aseguró mientras ella lo contemplaba con atención, y se mordisqueaba el labio. Pero el hecho de que hubiera fruncido sus labios de aquella manera tan… Decidió cambiar de tema, y no centrarse en sus labios—. ¿Por qué elegiste tú la obra de Walter Scott? —cogió el ejemplar de *Ivanhoe* que ella tenía sobre la mesa.

Josh cambió el gesto de su rostro. Resopló y se giró en la silla dando la espalda a Marco, quien ahora sonreía.

—No me hables de él. Lo odio —la escuchó decir.

—¿Tan mal te trata? —le preguntó con un tono que denotaba su ironía. Elevó su ceja derecha con suspicacia, lo que la encendió por dentro.

—Muy gracioso. Pero si tuvieras que revisar toda esta bibliografía que me pasó mi director —le dijo cogiendo varios folios en su mano para mostrárselos—, preparar y dar las clases, tener algunas horas de tutoría, y demás...

—Eso es lo que conlleva convertirse en doctora, querida compañera de ático—bromeó dejando el libro sobre la mesa al tiempo que echaba un vistazo a la pantalla del portátil de ella—. Ummm... por cierto, acabo de verte un fallo.

Josh volvió el rostro hacia él y lo fulminó con la mirada. Pero él se limitó a encogerse de hombros y a sonreír.

—¿Dónde?

—Aquí —le dijo agachándose hasta que sus ojos quedaron a la altura de la pantalla. Extendió su brazo y señaló con su dedo—. No es *Woverley*, sino *Waverley* el título de su primera obra, y que lo descubrió como el creador de la novela histórica —le dijo modulando la voz como si estuviera dando una conferencia.

Josh corrigió la palabra y después se volvió para mirarlo con curiosidad. Se encontró con su rostro tan cerca, que no pudo dejar escapar un leve suspiro al tiempo que se sobresaltaba. Se humedeció los labios y sintió que su corazón latía desenfrenado. ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué venía aquella extraña agitación? Él se apartó lo justo para que ella se recompusiera. Pero, no pasó por alto su forma de observarlo. Le pareció confusa por su presencia tan cercana. Sentía su respiración alterada al tiempo que su fragancia de limón lo envolvía.

—¿Sucede algo? —le preguntó arrastrando las palabras en un susurro. No era capaz de articular el volumen de su voz.

Josh permanecía con la mirada puesta en él mientras en su interior la rebelión de sensaciones proseguía sin que ella hiciera nada por sofocarla. ¿Por qué debería hacerlo? Entre ellos dos no había nada. Ni lo iba a ver ya que ambos habían acordado nada de rollo entre ellos dos. Compartían el ático. Vivencias y experiencias de sus respectivas vidas. Pero no iban a compartir la cama.

—¿Desde cuándo sabes tú algo sobre Scott y sus novelas? —le preguntó entrecerrando sus ojos preguntándose que más sorpresas le aguardaban con él.

—¿Te sorprende que mis conocimientos de Literatura vayan más allá de las emociones y los sentimientos? No solo entiendo de romances, también de autores de siglos pasados —le respondió con naturalidad.

—¿En serio? Me refiero a que si controlas la obra de Scott.

—Algo sé —le respondió Marck en un susurro intentando no quedarse mirándola de manera fija, embobado. Decidió tomar los apuntes de ella y dar un par de pasos atrás, alejándose de ella.

—Te hablo en serio —le dijo con un tono más duro y tenso mientras fruncía sus labios y su mano volaba hacia los apuntes, que él estaba mirando y se los quitaba—. Por favor, hazme caso.

Él aceptó el envite y cruzó los brazos prestándole atención a lo que tuviera que decirle. ¿Qué

le sucedía? Sin duda que la conversación con Angus hacía que su subconsciente le estuviera jugando una mala pasada. Pero no iba a suceder nada entre ellos. No quería que lo vivido en París se repitiera. No. Ni hablar. Pero la presencia de ella en el ático iba a ponerlo a prueba, sin duda, se dijo tratando de recuperar la calma.

Josh acusó en cierto modo su manera de mirarla, y se vio obligada a removerse en su silla. ¿Por qué? ¿Acaso le afectaba que él estuviera allí delante de ella con aquel gesto travieso? Merli y sus insinuaciones acerca de lo que podía pasar entre un hombre y una mujer adultos y libres que conviven bajo el mismo techo la obligó a abrir los ojos al máximo.

—Puedo echarte una mano si así lo deseas —Se aventuró a decirle—. Y esto… Por cierto, me voy a cambiar de ropa ya que no tengo ganas de salir otra vez con el frío que se está levantando. Si te apetece podemos seguir con la conversación en el salón —le sugirió mirándola por última vez y moviendo las cejas. Necesitaba alejarse de allí, de ella más bien. Su habitación era un espacio amplio, sin embargo, se había reducido hasta el punto en el que tenía la sensación de que le hacía falta aire. Por eso puso la excusa de largarse a cambiar de ropa. De ese modo recuperaría el sentido común.

Ella lo vio alejarse sin que ella fuera capaz de cambiar de postura durante unos segundos. Permanecía con la atención fija en el sitio en el que había estado él. No quiso darle más vueltas en la cabeza a lo sucedido, pero <<algo>> había ocurrido que la había dejado no solo pensativa sino sorprendida por la manera en la que se había agitado en la silla. Y que él se hubiera marchado a su habitación, así, tan de repente.

Josh se dirigió a la cocina a prepararse un té mientras él se terminaba de cambiar. Tener algo entre las manos y a lo que prestar atención le vendría bien. Se sentó en el sofá y aguardó a que él apareciera para seguir con la conversación que había quedado a medias. ¿De verdad iba a echarle una mano con su trabajo de investigación? ¿Qué se proponía hacer? ¿Y cuándo iba a escribir su novela? Bebía té cuando él apareció con unos vaqueros algo descoloridos y que parecían ir perdiendo hilos por la parte baja. Al menos la camiseta parecía algo menos usada, se dijo sonriendo por estar pensando así de él.

—Si quieres un té…

—No, tranquila.

—No hacía falta que me dejaras una nota para decirme que no estabas, pero lo agradezco. En el otro piso mi compañera nunca me lo decía. Había días que llegaba a casa y no estaba, ni sabía si aparecería o no. Es enfermera, y trabaja a turnos.

—Entiendo…

—La verdad es que en muchas ocasiones creía que vivía yo sola por esto que te cuento.

—Pues aquí te sucederá todo lo contrario porque pasaré la mayor parte del tiempo aquí en casa, escribiendo.

—¿Y cómo vas a hacer para echarme una mano? Tú tienes que escribir tu novela… Y no vale una cualquiera… —Entornó la mirada para hacerle ver lo que él le contó de lo sucedido en la editorial.

A él le gustó la mirada que le dedicó, y el tono de cierta molestia que le supondría que la ayudara, porque significaba que él tendría que aparcar su trabajo.

—Tengo seis meses. Y se me da muy bien.

—Pues no es lo que opina tu editora.

—No me preocupa —Sacudió la mano delante de él restando importancia a este hecho.

—Pues debería —le advirtió mirándolo con seriedad—. ¿Qué harás si no le gusta?

—Descuida, le gustará.

—Si tan seguro estás de ello, ¿por qué te has permitido llegar a esta situación? Salvo que seas de los que prefieren trabajar bajo presión porque de ese modo sacan un mayor y mejor rendimiento.

Él se rio al ver su gesto de admiración mientras levantaba las manos.

—Te contaré un secreto ya que empezamos a tener una buena conexión…

Aquellas dos últimas palabras hicieron que ella se echara hacia atrás y lo observara desde cierta distancia, y con los ojos entrecerrados.

—¿Qué secreto? ¿No irás a decirme que lo has hecho a sabiendas?

Contuvo la respiración y lo miró intrigada por lo que él le dijera.

—Admito que no estaba en mi mejor momento y que eso puede que haya influido.

Ella lo observó frotarse las manos y bajar la atención a estas.

—Vale, en ese caso me aseguras que puedes escribir una buena historia en ese plazo de tiempo.

Él asintió con una mueca irónica y seductora hizo que ella recelara de lo que tuviera que decirle.

—Haremos un trato.

—¿Un trato? No sé si será apropiado. —El recelo seguía presente en ella que no terminaba de verlo claro. Cogió la taza para beber un trago de té observándolo por encima de esta.

—Creo que deberías esperar a escucharlo, ¿no crees? Antes de emitir un juicio.

—Está bien escucharé tu propuesta, pero… —Matizó levantando un dedo en alto en clara señal de advertencia—. No te aseguro que la acepte.

—Me parece justo.

—Te escucho —dijo quitándose las gafas y mirándolo con atención a lo que tuviera que proponerle.

—Estoy dispuesto a ayudarte con tu tesis. Puedo encargarme de leer algún que otro artículo que te interese. Buscarte información o recomendarte algún libro.

—Resumiendo, harías el trabajo sucio, ¿no? —entornó su mirada hacia él con excesiva curiosidad.

—Puedes llamarlo de ese modo. Reconoce que te quitaría tiempo. Tienes que dar clase, atender tus tutorías, redactar la tesis, y tener algo de vida.

Ella se rio ante aquella última expresión.

—Cierto, tratar de tener vida. Muy bueno, aunque algo complicado en estos días.

—Es verdad, ya que si te metes solo en el trabajo y tu doctorado no harás otra cosa.

Ella entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio con gesto pensativo. Uno que llamó la atención de él de manera irremediable, y que le hizo echarse hacia atrás en el sofá.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer a cambio?

—Ayudarme con la novela.

Josh no pareció inmutarse porque se esperaba algo así por parte de él. No obstante, se lo advirtió.

—Pero... pero… Yo no tengo ni idea de escribir una novela. ¡Y menos un romance! —ahogó las carcajadas debido a los nervios que le provocaban la manera de mirarla.—. Y acabas de decirme que no tienes problemas para hacerla en seis meses.

—Cierto, pero puedes ser mi lectora cero. Puedo pasarte los capítulos que vaya escribiendo para que les eches un vistazo. Tu opinión imparcial me será de gran ayuda. Y no me gustaría que te dejaras llevar por el hecho de que vivamos juntos —puntualizó él volviendo a dejarse llevar por la inercia y acercando su rostro al de ella. Este gesto tan espontáneo pareció afectar a Josh quien cambio la expresión y la obligó a coger aire porque tenía la impresión de que la cercanía de él se lo cortaba.

—Vale… Yo… No sé… sí… —balbuceaba Josh sin saber qué decirle mientras trataba de encontrar una explicación razonable que lo hiciera desistir. Gesticulaba con los brazos hasta que su mano rozó la de él sin querer. Se colocó el pelo detrás de la oreja en un gesto más de nervios que porque lo necesitara, ya que lo tenía recogido con una goma. La mirada de él no ayudaba demasiado a que se calmara, sino todo lo contrario.

—Sólo te pido que le eches un vistazo, y me digas si la historia te gusta. Prometo no robarte demasiado tiempo.

—No sé si te seré de gran ayuda, te lo advierto —le confesó mirándolo de manera fija pasando por alto que él le había cogido sus manos entre las suyas hasta que experimentó una extraña sensación de calor extendiéndose por su brazo. Su piel parecía haber despertado de un aletargado sueño y ahora prefería no estarse quietecita. Pero ¿qué demonios le pasaba?

—Qué sí. Que lo harás bien. Con que me digas si la historia te engancha, si empatizas con los personajes. Venga eso mismo lo estás haciendo con las novelas de Walter Scott. Yo a cambio te haré el *scouting* de artículos en relación con los temas que necesites —Se quedó contemplándola de manera fija esperando que aceptara su propuesta.

—¿Por qué me miras de esa manera? —le preguntó Josh sacándolo de sus pensamientos.

—Yo… Bueno, estoy esperando a que me des una respuesta.

Tener el rostro de ella tan cerca del suyo lo había bloqueado. Eso y que sus manos permanecieran cogidas de una manera natural.

Josh elevó sus cejas que formaron un arco de expectación, a la par que abría sus ojos aún más, experimentando un extraño temblor. Ella se apartó un poco soltándose de él y apoyando la espalda contra el brazo del sofá. Como si necesitara alejarse un poco de él para tener cierta perspectiva.

—Si consideras que puedo serte de ayuda…—le comentó encogiendo sus hombros como si no le diera más importancia—. Pareces tenerlo claro.

—Si no me lo pareciera, no te lo pediría. Pero ¿quién mejor que tú que enseñas literatura en la facultad y estás redactando tu tesis?

Josh sonrió al escucharle referirse a ella de aquella forma. Luego, resopló y se relajó sin terminar de creer que pudiera hacerle cambiar de opinión. Elevó los ojos al techo.

—Que sepas que seré clara contigo como lo soy con mis propios alumnos —esgrimió un dedo ante él para dejar clara su postura—. Tú me lo has pedido.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuándo empezamos? —le preguntó extendiendo el brazo para que estrecharan las manos y le regalaba una sonrisa que no sabía de dónde demonios le salía. Risueña y enigmática a la vez.

Aquel comportamiento por parte de él la descolocó. No esperaba sentirse como un cubito de hielo al sol. Aquella maldita, pero adorable sonrisa con la que le obsequiaba en ocasiones… la mataba.

—Apuesto a que escondes algo bajo la manga —le dijo muy segura de ello.

—Nada. Absolutamente nada —le dijo con las manos en alto sin moverse preguntándose una vez más, quien era su compañera de ático.

Ella aceptó el envite y estrechó su mano sin perderle la mirada ni un solo momento. Se mordió el labio y sacudió la cabeza. ¿Dónde se estaba metiendo? ¿Alguien podría decírselo?

—De acuerdo, cuando puedas me pasas lo que necesitas que busque por ti para tu investigación. Yo por mi parte empezaré con el nuevo manuscrito cuando te marches a la facultad.

—¿Por qué? ¿Prefieres estar solo?

—No es una manía, sino una costumbre. Siempre lo he hecho cuando mi compañero de alquiler se marchaba a trabajar.

—Entiendo que mi presencia podría distraerte.

Él restó importancia a ello con un gesto de la cabeza. No le diría que prefería estar en su compañía como en ese instante a encerrarse en su habitación a escribir. Ni tampoco que podría representar una distracción, peligrosa y placentera al mismo tiempo.

—Tranquila, también necesito tener algo de vida más allá de los manuscritos.

—Oye, yo tampoco quiero que te quites tiempo de lo tuyo para echarme una mano —se incorporó un poco hacia adelante y le rozó el brazo con los dedos.

—Me servirá para desconectar después de todo.

Josh no estaba convencida de que él lo hiciera. Había algo que le hacía sospechar que él iba a volcarse en ayudarla dejando de lado su trabajo. Y eso no le gustaba. Por ese motivo pensó en lanzarle un órdago a su trato. Lo contemplaba con los ojos entrecerrados, mordisqueándose el pulgar.

—Yo también quiero hacer un trato contigo —lo señaló con un dedo como si lo acusara. Percibió como se sobresaltaba en su sitio en el sofá. No esperaba su reacción, lo cual le produjo

cierta satisfacción.

—Adelante. Te escucho —se puso algo más cómodo con el codo apoyado contra la parte superior, y el rostro sobre su puño. Observaba con atención los gestos de ella. Como si los estuviera memorizando. ¿Tal vez para su próxima heroína romántica?

—Quiero que me entregues un capítulo por semana.

Él sonrió una vez más y se removió en el sitio.

—Vaya. Tu apuesta es fuerte.

—O no te dejaré que me ayudes.

—¿A qué ha venido ese cambio?

—A que temo que te centres más en echarme una mano a mí, que en echártela a ti mismo —Sonrió con ironía elevando sus cejas y lo contemplaba con un interés desconocido hasta ese momento. La convivencia no estaba siendo tan mala, después de todo. Le parecía alguien en quien pudiera confiar. Lo escuchó reírse a carcajadas.

—¿Eres así de dura en la facultad?

Ella frunció los labios y emitió un sonido gutural que le daba a entender que más o menos.

—Soy exigente. Quiero un capitulo para poder leerlo el domingo por la tarde aquí sentada con una taza de té.

A él le gustó su propuesta de ella. No tendría inconveniente en darle gusto.

—Hecho —volvió a extender el brazo hacia ella con la mano abierta para que la estrechara.

Solo que esta vez el apretón pareció durar más de lo normal porque no solo tardaron en separarse, sino que los dos sintieron una extraña calidez en la mano del otro. Una tenue caricia al juntar piel contra piel, y como los dedos se volvían perezosos a la hora de apartarse dejando que las yemas se rozaran con toda intención. Pero si aquel gesto había hecho que los dos se sintieran raros, las miradas no fueron sino la prolongación de esa caricia. Permanecían en silencio sopesando cómo se sentían.

El sonido de la melodía del móvil de Josh y la repentina vibración sobre la mesa fueron los encargados de romper el momento.

—Disculpa —Josh lo cogió y leyó el nombre de su amiga Merli en la pantalla.

Marck la contempló en silencio mientras ella se levantaba del sofá y se alejaba buscando cierta intimidad para hablar. Esos minutos a solas le sirvieron para recapacitar sobre lo que había sucedido. ¿Por qué se habían quedado los dos mirándose de manera fija? ¿Y qué había en aquella caricia última? Le dio la impresión de que ninguno quería soltar al otro. Apretó los labios con gesto pensativo antes de levantarse y dirigirse a la cocina a beber un vaso de agua. Le echaría una mano con la tesis. Para él era algo sencillo a los que estaba acostumbrado cuando él mismo era director de trabajos de posgrado y tesis tanto en la facultad de Stirling como en París. Le sorprendía que ella no le hubiera hecho ninguna pregunta relacionada con su vida académica anterior a convertirse en escritor. Estaba seguro de que no le costaría nada redactar un capítulo a la semana, al tiempo que se distraía con la bibliografía en torno a la obra de Scott.

—Voy a salir —dijo cuando regresó al salón—. Mi amiga me llamaba para quedar.

—Perfecto. Aprovecharé para plantear el esquema de mi novela.

—No hace falta que empieces esta noche. Tienes tiempo hasta el domingo próximo —le recordó sonriendo al pensar en el acuerdo al que habían llegado.

—No te preocupes. Tendrás tu capítulo a tiempo. Siempre fui un alumno aplicado.

—Es bueno saberlo. En fin, voy a arreglarme.

—De acuerdo.

Marck cogió el portátil y comenzó a releer el manuscrito que le había entregado a Lucille. Entendía que se lo hubiera rechazado porque no había tenido muchas ganas de escribirlo. No después de conocer la noticia de que su ex se casaba. Le afectó casi igual o peor que cuando ella le comunicó que rompía su relación porque se había enamorado del compañero de él en la facultad de París. Al parecer habían congeniado desde el momento en el que él los presentó. Pues qué bien, dijo en su día. Poco tiempo después dejaba su plaza en la Sorbona de París y se volvía a Stirling. Proseguiría con su aventura literaria hasta que decidiera que había llegado el momento de retomar su carrera docente; la cual no le interesaba por lo pronto. Le recordaba su estancia en París y él pretendía cortar todos los lazos con aquellos años en la capital gala. Se quedó pensativo mirando el portátil y no se habría dado ni cuenta que Josh se marchaba de no ser porque ella pasó a despedirse.

—Me marcho.

—Estupendo. Es bueno que tengas vida, como hemos dicho —Sonrió de manera tímida al verla. A penas se había arreglado, pero había algo en su rostro que le llamó la atención: el brillo de la mirada.

—Sí, eso me dice Merli, mi amiga, en alguna que otra ocasión. En fin, te dejo, que parce que tienes que hacer —Hizo un gesto con la cabeza hacia el portátil abierto.

—Echaré un vistazo a ver si puedo recomponer algo del manuscrito, aunque no lo veo claro. Diviértete.

—Gracias.

Se quedó solo en el salón mirando la pantalla, pero sin leer el contenido. Y cuando escuchó cerrar la puerta de la calle, experimentó una especie de vacío. La quietud que había en el ático lo sorprendió. Estaba acostumbrado a pasar solo temporadas, hasta que encontraba un nuevo compañero, pero de repente, tenía la sensación de algo nuevo. Y que tenía que ver con la inesperada aparición de Josh. Se encontraba a gusto, pero claro, era sencillo decirlo cuando ella acababa de llegar. Tendría que esperar a que el tiempo pasara y ver si seguía teniendo ese mismo pensamiento. Hacia unos minutos se había encontrado relajado, aunque había existido un momento en el que se había sentido incómodo. Se había prometido que no volvería a fijarse en una compañera de piso, y así debía ser con Josh. No quería pasar por un segundo Waterloo particular, se dijo sonriendo antes de volverse a centrar en el texto de la pantalla de su portátil.

CAPÍTULO CINCO

El ambiente en el pub estaba animado cuando Josh y Merli llegaron. Se notaba que era sábado y que la gente tenía ganas de desconectar de la monotonía de la semana. Divertirse, en una palabra. Encontraron una mesa al fondo justo cuando una pareja la dejaba libre.

—Iré a pedir a la barra. ¿Qué te traigo? ¿Lo de siempre? —le preguntó Merli.

—Sí. Una copa de vino tinto.

—Enseguida vuelvo.

Josh sonrió en un principio y luego sin saber por qué le dio por pensar en Marck, y en que se había quedado a solas en el ático. Tal vez aprovechara para comenzar su nueva historia, se dijo apoyando su rostro en la palma de su mano con un gesto que captó la atención de su amiga cuando volvió a la mesa.

—¿A qué viene esa cara?

—¿Cuál? ¿A qué te refieres?

—Tenías la mirada como perdida, sonreías y aseguraría que se debía a que estabas pensando en algo gracioso.

Josh se encogió de hombros e hizo un mohín con los labios.

—En nada en particular.

—Dime, ¿qué tal marchan las cosas en el nuevo alojamiento?

—Chica, acabo de aterrizar en este —La miró sorprendida.

—Bueno, pero yo soy de la clase de personas que sabe si la cosa va a funcionar desde el primer momento.

—Qué suerte la tuya.

—Entonces…

La mirada de Merli por encima de su copa con las cejas elevadas, provocó la risa en Josh. Prefería tomárselo por ese lado para tratar de aplacar los nervios que le surgían cuando tenía que hablar de Marck.

—Bien. Me ha echado una mano con la mudanza, hemos establecido las normas de la casa, hemos ido a hacer una compra… Y ha prometido ayudarme con mi tesis.

—¿Controla el tema?

—Al parecer era profesor en París. Parece un tío que sabe de lo que habla.

—¿Y qué hace en Stirling?

—Pues según él, lo dejó, y se volvió aquí. Compró el ático porque se enamoró de él a primera vista, y se dedica a escribir.

—¿No te dijo qué le llevó a dejar París? Porque ser profesor allí no creo que sea muy sencillo. Me refiero a que no todos pueden lograrlo.

—Ni idea de lo que le sucedió. A lo mejor se cansó de la gente, del estilo de vida, de hablar francés, o de enseñar. Vete a saber tú…

—O tal vez una mala relación de pareja —apuntó Merli con una sonrisa bastante explícita.

—Si tú lo dices… Pero vamos, no seré yo quien se lo pregunte.

Aquella sugerencia de su amiga le dio qué pensar. ¿Se habría mudado desde París a Stirling por una relación personal? Todo podía ser, ¿no?

—Me dijiste que no tiene pareja.

—Eso me ha contado.

—Pues deberías tener cuidado. Ya sabes que un hombre y una mujer no pueden ser amigos. Siempre está pululando la sombra del deseo… —Merli movió las cejas con toda intención.

—Eso es una gilipollez que te acabas de inventar para vacilarme.

—Aunque lo sea, no es nada sencillo convivir bajo el mismo techo dos personas de diferente sexo. Siempre puede saltar la chispa de la química. Por cierto, ¿alguna novedad de Edward?

Josh ladeó la cabeza mirando a Merli como si no la hubiera entendido. Y la verdad, no estaba segura de a qué venía preguntarle por su compañero de trabajo. Por eso mismo, abrió los ojos al máximo en un intento por reflejar su perplejidad.

—¿Puedo saber a qué viene tu interés en él?

—Chica, todo indica que os lleváis bien. Has quedado con él en alguna que otra ocasión para tomaros algo. E incluso habéis comido juntos en las horas libres.

Josh sacudió la cabeza y encogió los hombros.

—¿Y?

—Pues eso quiero saber yo. ¿Hay algo que debería saber?

Josh boqueó como un pez fuera del agua y jadeó ahogando las carcajadas que aquella conversación le producía. Decidió mirar a su amiga con diversión, como si acabara de contarle un chiste.

—¿A qué coño viene esto ahora? Primero me preguntas por mi nuevo compañero de piso, y luego me saltas con el del trabajo. ¿Tienes algún interés especial en buscarme pareja? —Entornó la mirada hacia su amiga esperando una aclaración.

—No. Solo te comento que en poco tiempo tu vida ha dado un giro interesante. Desde que llegaste a Stirling en verano.

—Cierto. En eso te doy la razón.

—Solo te preguntaba por Ed, y por si tienes pensando algo con él.

—¿Por qué? ¿Te interesa? ¿Has cambiado tus gustos?

—No, claro.

—Genial. Pues eso. No tengo nada con Ed. Somos compañeros en el departamento de

literatura. Y aunque hayamos quedado a comer en algunas ocasiones en las horas libres, o nos hayamos tomado algo fuera de las horas del trabajo, no hay nada. Al menos por mi parte —Josh alzó la mano para dejar clara su postura.

—Pues no estoy segura de si él piensa lo mismo.

Josh no se llevó la copa a los labios para beber al escuchar aquel comentario. Las alarmas parecieron encenderse en su interior, y miró a su amiga como si no la conociera.

—¿Por qué dices eso? ¿Te lo ha dicho él?

—No, conmigo no ha hablado. Pero sí con Lena, y esta me lo contó. Le preguntó por ti. Si ella sabía si tú tenías a alguien.

—¿Y por qué narices no me lo pregunta a mí?

—Le dará corte. Ya sabes que es muy serio, muy diplomático… Un gentleman. Ni idea. No me mires como si tuviera la culpa de eso.

—Pero si sabe que no salgo con nadie…

—Pues no debe tenerlo muy claro.

—No importa. No voy a darle pie a que piense que puede tener algo conmigo. No tengo tiempo para relaciones. Y lo sabes tan bien como yo —le señaló con su dedo antes de que dijera nada que no debía.

—Me ha quedado claro que no quieres una pareja.

—Eso es. Nada de relaciones hasta nueva orden.

—Pese a que compartas ático con un tío que es escritor de novelas románticas —Merli frunció los labios y asintió aguantándose la risa que aquello le producía. Tendría que conocer a ese Marck para saber si su amiga estaba en lo cierto.

Josh rodó los ojos y resopló ante aquella nueva puya de su amiga, pero esta vez no le dio pie a seguir por ese camino. Por favor, qué manía con quererle buscar una pareja, se dijo cogiendo la copa para darle un sorbito al vino.

***

Marck la escuchó ir y venir por la casa. Echó un vistazo al móvil y vio que era hora de seguir su ejemplo y salir de la cama. Llevaba despierto un buen rato así que desayunaría con ella antes de que se marchara a la facultad como solía hacer dese que ella llegó. Salió de su habitación camino del baño cuando la puerta de este se abrió de repente arrojando de manera frenética a la propia Josh, quien no se esperaba encontrárselo allí en el pasillo.

—¡Joder! —Exclamó al tropezarse con él. De no ser porque él la tenía sujeta por la cintura, se habría caído.

—Lo siento. Sé que por las mañanas decepciono bastante —ironizó él tratado de relajar la escena porque era muy consiente de dónde había posado sus manos, así como de la cercanía de ella.

Josh se agitó en parte sorprendida por la situación, y porque sentía los dedos de él sobre su piel. La camiseta, que usaba para dormir, se le había subido lo justo. Y en ese instante, le costaba controlar no solo la respiración, sino también los latidos del corazón. Se habían quedado

mirándose de manera fija, observándose con atención a la espera del siguiente movimiento.

Entonces, él la soltó cuando la vio humedecerse los labios de manera lenta, y colocarse el pelo detrás de la oreja.

—Disculpa por salir de esa manera del cuarto de baño, pero no esperaba encontrarte en el pasillo —le aclaró extendiendo su brazo hacia él con la mano abierta.

—No pasa nada. Yo tampoco esperaba que me arrollaras.

Se movieron ambos hacia el mismo lado y sonrieron por aquella coincidencia.

—Creo que llevas más prisa que yo —le dijo él—. Mientras te vistes, preparo café.

Ella se quedó contemplándolo cuando escuchó su oferta. Le sonrió y asintió agradecida por el detalle. Pero lo que más la impactó fue el hecho de sentir arder el rostro bajo la mirada de él.

Marck desapareció en el baño. Necesitaba despejarse lo antes posible. De acuerdo que el comienzo del día había sido inesperado recibiendo en sus brazos a su compañera de ático, pero era mejor serenarse y dejarlo estar. Contempló su rostro en el espejo del aseo y sonrió al recordar su piel bajo sus dedos. Suave y tibia. Sacudió la cabeza y se chapuzó la cara y el pelo. Volvió a mirarse al espejo y entrecerró los ojos escrutando su reflejo.

—Quedamos en que nada de relaciones con inquilinas. Aplícatelo —dijo con seguridad acompañando sus palabras con el dedo apuntándose a él de manera directa, como si el del espejo fuese otra persona. Abandonó el baño y fue a la cocina a preparar el café. Josh apareció en el umbral, arreglada con una camisa de franela en tonos rojos y unos vaqueros ceñidos a sus esbeltas piernas.

Ella se dio cuenta de su manera de mirarla y no pudo evitar una sonrisa.

—¿Café solo o con leche? —Le colocó la taza sobre la mesa y la cafetera.

—Con leche. Ya deberías saberlo después de los días que llevo aquí.

Iba a decir algo, pero la mirada de ella lo contuvo. Asintió cerrando los ojos.

—Cierto. Disculpa, pero estoy algo dormido…

Ella pasó por su lado sin pretender que sus cuerpos se rozaran. Cogió algo de fruta, un yogurt, avena y un tazón. Se echó café en su taza, que se había traído de la otra casa.

—¿Vas a querer huevos? ¿Tostadas?

Ella sonrió.

—¿Eres el cocinero oficial de esta cocina?

Él se volvió y se quedó apoyado contra la encimera. Los brazos cruzados y la mirada entornada hacia ella.

—Si quieres darme esa categoría no voy a rechazarla, al menos durante las mañanas.

—Pero no me parece justo que me prepares el desayuno. Tengo que acostumbrarme a levantarme antes.

—Vale, estoy de acuerdo en lo de que madrugues, pero por lo del desayuno no te preocupes. No me importa —Le regaló una de sus sonrisas y ella se vio obligada a apartar la mirada,

centrarla en su taza, y resoplar tímida.

—En ese caso, yo los haré los fines de semana.

—Siempre y cuando te levantes antes que yo. Creo recordar que este último fin de semana pasado…

A ella le gustó su mueca pensativa.

—Vale, vale. No sigas por ahí. Se me pegaron las sábanas.

—No pasa nada. No te lo reprocho. El fin de semana está para eso.

Colocó su plato de desayuno en la mesa cuando terminó de prepararlos. Se habían acostumbrado a desayunar, comer y cenar juntos. Bien en la cocina o en el salón. A Josh no le gustaba hacerlo sola, se lo había dicho y él no había puesto ningún reparo en aceptar su invitación para hacerlo juntos siempre y cuando los dos estuvieran en el ático.

—¿Qué harás en Navidades? —le preguntó ella de repente, rompiendo el silencio que se había establecido entre ellos.

—Quedarme en casa.

Ella se quedó mirándolo con la taza sujeta entre sus manos.

—¿No piensas salir a ninguna parte?

—Sí, supongo que a tomar algo con los amigos. Lo normal. Puedo invitarte a un chocolate caliente si quieres —le lanzó de repente sin mirarla, ya que seguía centrado en su plato de desayuno.

—Oh… Bueno…

—Que conste que no es una obligación —le dejó claro mirándola de manera fija—. No tienes por qué aceptar.

—No, claro.

—Solo es una sugerencia que se me acaba de ocurrir.

Josh permaneció en silencio sopesando aquella invitación.

—¿Sueles decorar el ático?

Él inclinó la cabeza hacia un lado sin apartar la mirada de ella, lo que llamó su atención.

—¿Te gusta hacerlo? Me refiero a decorar una casa con un árbol y demás…

—Sí. Siempre me ha gustado respirar esa atmósfera en la casa. ¿Tú no? ¿No lo hacías en París?

Él sonrió con una mezcla de sarcasmo y melancolía. Movió al cabeza y apuró su café. Pensar en la navidad en la capital francesa era hacerlo en Denise. Y eso no tenía ningún sentido.

—Sí. Decoraremos el ático si estás de acuerdo.

No supo por qué, pero ella presentía que su estancia en París no había terminado bien. Y que algo le había sucedido, que lo había empujado a regresar a Escocia. Pero creía que era de mala educación preguntárselo. Tal vez con el tiempo él se lo contara, en una conversación espontánea, cuando menos lo esperara. Miró el reloj y vio que se le hacía tarde.

—Seguiremos hablando de las navidades en otro momento. Tengo que irme o llegaré tarde a mi clase.

—¿Vas a venir a comer?

—Te lo digo después.

—Como veas —La vio abandonar la cocina a toda prisa hacia su habitación y a los pocos segundos pasar por delante de él para decirle adiós. La casa se quedó en silencio cuando la puerta se cerró. Él permaneció sentado durante unos minutos más allí, con la taza entre sus manos a pesar de que el café casi esta frío. No quería pensar en sus años en París. Ni en cómo habían sido las navidades allí. Todo eso le llevaba a traer a sus recuerdos a Denise, y no quería. Ese libro lo había terminado, y devuelto a la estantería de la que nunca volvería a cogerlo. Se pasó la mano por el mentón y suspiró. Más le valdría no mirar a Josh como lo hacía en ocasiones: como si le gustase. Como si le atrajese. Como hizo con cierta francesa.

***

Aquella tarde, Josh no tenía clase y decidió quedarse en casa para echar un vistazo a la bibliografía que Marck le había pasado. Había preparado café y con su taza en la mano permanecía sentada en el sofá contemplando a Marck sin que este se percatara de ello. Su gesto pensativo no pasaba desapercibido para ella. Hasta que decidió preguntarle.

—¿En qué piensas?

Él pareció despertar de su estado somnoliento cuando escuchó la pregunta. Se quedó mudo mientras le devolvía la mirada. No le confesaría que llevaba un rato deseando sentarse a su lado en el sofá.

—En como empezar la novela.

—Pensaba que esa idea ya la tenías.

—Por ahora... no. Y si tengo en cuenta que la historia que le entregué no vale… De lo contrario podría retocarla.

—Estoy segura de que volvería a echártela para atrás. De manera que ya puedes empezar algo nuevo —Sin embargo, ella intuía que había algo más que él no le contaba. Tal vez no tenía la suficiente confianza con ella todavía para contarle algunos asuntos de tema personal.

—No lo dudes.

—Dime, ¿por qué no te has centrado en esta novela? Si las anteriores que has escrito han sido un éxito, ¿qué diferencia a esta de las otras?

No apartó la mirada de ella y la vio subir los pies al sofá para sentarse sobre estos. Irguió el torso y Marck no pudo evitar sentir que la boca se le secaba al fijarse en cómo resaltaba su busto con aquella camiseta tan fina. Decidió centrarse en su rostro. Le devolvía la mirada elevando las cejas con expectación, esperando una aclaración y mantenía los labios entreabiertos.

—No lo sé… No estaba centrado.

—¿Por algún motivo en especial? No me puedo creer que…

—Denise —pronunció de repente.

La reacción de ella no se hizo esperar. Frunció el ceño y entrecerró sus ojos dando por

supuesto que no sabía de quién le hablaba, pero que por fin podría saber por qué había regresado de París. Lo dedujo porque entendía que ella era francesa.

—¿Quién es ella? —preguntó con mucha cautela, porque tampoco quería hacerle recordar algo que él no quería. Peso si había decidido contarle el motivo de por qué su última novela había terminado en la papelera del despacho de su editora, ella estaba en su derecho de hacerle preguntas.

Marck cogió aire y bajó la tapa del portátil. Se levantó de la silla y cogiendo la taza se acercó al sofá. Josh le dejó más espacio sentándose en uno de los extremos.

—Era mi compañera de piso en París.

Josh no pudo evitar abrir la boca y emitir una especie de jadeo provocado por aquella información.

—¿Y qué te sucedido con ella?

Le gustaba la cautela que ella demostraba a la hora de hacerle las preguntas por que dejaba claro que no pretendía meterse dónde no le llamaban. No tenía una exacerbada curiosidad.

—Acabamos siendo pareja —le confesó observando los gestos que Josh iba haciendo—. Pero la cosa no terminó bien para mí, claro.

Marck sonrió. Sacudió la cabeza en primer momento bajando la mirada a su regazo. Josh se dio cuenta de que no parecía estar pasándolo nada bien, e intentó que no siguiera hablando. Pero también creía que podría venirle bien. De modo que se arriesgó a preguntarle.

—¿Por qué?

—Conoció a Philippe. Era unos de los compañeros en la Sorbona de París —vio como ella abría los ojos cuando le dijo dónde había trabajado. Sabía que era profesor y que había estado en Francia, pero a esos niveles—. Enseñaba literatura inglesa. El romanticismo en la poesía y la novela. No voy a darte una clase porque tú sabes de qué hablo.

—Por eso me hablabas de Scott. Debes ser muy bueno…

Él le dedicó una sonrisa llena de cariño por ese comentario.

—Scott es considerado un romántico tardío. En cuanto a lo otro, no me considero como tal.

—No, en serio. Debes tener un currículo que llame la atención y además debes hablar francés.

—Mi madre era de París. Y padre de Glasgow.

—¿Y qué te sucedió con la tal Denise?

—Philippe y ella se conocieron. Yo en un principio no prestaba atención a las continuas visitas de este al piso. Siempre era por motivos de trabajo, o eso creía. Y ella de repente comenzó a ser más asidua a la facultad. Quedábamos a comer o iba a buscarme cuando terminaba, si nuestros horarios coincidían.

—Me hago una idea de lo que sucedió.

—Yo… Estaba demasiado metido en mis clases, mis publicaciones, mis conferencias… ¿Qué voy a contarte que tú no sepas?

—Ya te digo —asintió ella poniendo los ojos en blanco.

—De manera que cuando me enteré de lo que había entre ellos fue demasiado tarde. Decidí seguir y presenté mi renuncia a seguir cuando terminó el curso académico. No podía seguir viviendo en París ni trabajando en el mismo lugar que Philippe.

—¿Y te viniste a Stirling? —Él asintió—. Lo siento.

—No, no tienes que hacerlo. Esto es la vida. En ocasiones nos centramos en una sola cosa, y nos olvidamos del resto. En mi caso, así fue.

—Y eso te ha afectado a la hora de escribir.

—En parte, pero sobre todo porque hace unos días Denise me llamó para saber cómo estaba, y tal. Me contó que Philippe y ella se habían comprometido e iban casarse.

Hubo unos segundos de completo silencio en el que se limitaron a mirarse. Josh entendía por lo que él debía haber pasado, porque esa misma situación la vivió ella en Edimburgo cuando el que creía su novio formal se lío con una de sus amigas en una fiesta en el piso.

—Entiendo lo que quieres decir. ¿Sigues enamorado de ella a pesar del tiempo?

—No.

—Vaya, estás muy seguro de ello.

—Lo estoy. No tengo dudas al respecto.

—Pero, su llamada afectó a la creación de tu novela…—Entornó su mirada observándolo de manera detenida.

Él se limitó a asentir consciente de que ella tenía razón.

—Me sorprendió, la verdad. Y me dejó algo bloqueado. Entre eso, y que mi compañero de piso se marchó de repente… Puedes hacerte una idea de cómo me sentía.

Josh se había quedado con el toque de que su ex había sido su compañera de piso. ¿Por qué la había aceptado después de su experiencia en París?

—¿Cómo te encuentras ahora?

—Algo mejor.

—Por lo menos tienes una compañera de piso.

—Cierto.

—Solo tienes que ponerte a escribir. Te recuerdo que acordamos que me entregarías un capítulo cada domingo por la mañana. ¿No habrás olvidado nuestro acuerdo?

—¿Quién, yo? No, tranquila.

—Siento curiosidad… ¿cómo te metiste en lo de escribir? Apuesto a que podrías ser profesor aquí en Stirling.

—Lo era antes de solicitar la plaza en París. Y de hecho tengo contactos en la universidad —La señaló con ambas manos dejándola cortada ante esa apreciación. Luego, la vio enrojecer y poner cara de incredulidad.

—¿Te refieres a mí?

—Por supuesto. Y alguien más.

—No creo que yo pueda ser considerada como un contacto. Acabo de empezar el curso y no tengo terminada mi tesis.

—Lo harás. No te preocupes. Y en cuanto a lo de las novelas… Probé suerte con la primera después de llevar años leyendo, enseñando e investigando el romanticismo inglés.

—¿Te piden consejo sobre temas sentimentales?

—¿A mí? —le cuestionó parpadeando con incredulidad y se señaló a él mismo—. ¿Por qué deberían hacerlo?

—Bueno, eres un experto en relaciones.

—En la ficción, no lo olvides. En la realidad soy un completo desastre. Acabas de enterarte por mí.

Ella se mordió el labio y entrecerró los ojos.

—No estés tan seguro de que lo eres. Lo de París te salió mal, pero no tiene por qué ser la tónica general.

—Vaya, ahora eres tú la que me das un consejo.

—No soy quien para darlos. No tengo mucha experiencia en el plano sentimental. Y si te sirve de ayuda, a mí me sucedió algo parecido a lo que me has contado.

—¿Lo dices en serio? —Frunció el ceño y sacudió la cabeza sin creerlo.

—Mi ex se lío con una de mis compañeras de piso en Edimburgo una noche que hicimos una reunión. Pero es algo que tengo superado —le dejó claro moviendo sus manos delante de él.

Marck asintió de manera lenta sin añadir nada más. No quería seguir por ese camino. Ni quería seguir hablando de Denise, ni hacer que ella se pudiera sentir mal recordando lo que le sucedió.

—Dime, ¿qué tal la bibliografía que te he pasado?

Ella hizo una mueca burlona.

—Sabiendo a lo que te has dedicado, y cuál es tu campo de estudio… No me sorprende lo más mínimo.

—Me alegra saber que te sirve. Te pasaré algo más que crea que puede valerte.

—Siempre y cuando no descuides tu novela. Estoy deseando empezar a leer el primer capítulo.

—¿No vas a salir?

—No, no cambies de tema. Estoy muy a gusto en casa. ¿Te molesto? Puedo irme a mi habitación… —Hizo un gesto con el brazo señalando con el pulgar a esta. Y él la sujetó por la muñeca antes de que pudiera si quiera levantarse del sofá, y negó con la cabeza.

—Al contrario. Me complace mucho tu compañía.

Josh seguía experimentando la calidez de su mano sobre su muñeca. Era extraño que se sintiera de esa manera con él. Le gustaba su compañía y ella tampoco quería marcharse del salón. Era consciente de que él solo se mostraba amable con ella; en plan buen rollo. Nada más. No

había dobles intenciones. Y menos después de lo que le sucedió en París.

—Vale, porque si quieres escribir…

—Propongo ver algo en la televisión. Elige que es lo que más te gusta —le pasó el mando para que hiciera su elección.

—Pero…

—Lo que tú prefieras. Preparo palomitas.

Ella lo contempló sin saber cómo reaccionar. La tarde estaba siendo diferente. El haber decidido quedarse en casa con él había hecho que lo conociera un poco más. Algo que ella agradecía. Pero le picaba la curiosidad saber más de él a nivel profesional. Tendría que informarse en Internet o en la propia facultad a ver si lo conocían.

Al final acabaron viendo una comedia romántica. Se taparon con una manta y permanecieron juntos en el sofá. Josh no pudo evitar lanzarle furtivas miradas de vez en cuando para ver sus reacciones ante la película. E incluso en algún momento, sus pies rozaron las piernas de él al cambiar de postura y los dedos de ambos se encontraron en más de una ocasión entre las palomitas. Marck no dijo nada ante ese gesto. Ni siquiera pareció inmutarse. Ni le devolvió la mirada cuando se quedó con la suya fija en el perfil de él. Durante unos segundos se olvidó de la televisión intrigada en el comportamiento de él. Se sentía a gusto en su compañía y eso podía llegar a ser peligroso porque podría empezar a gustarle. Solo que presentía que él no haría nada después de su experiencia en Paris. Ni ella tampoco. Al parecer ninguno quería arriesgarse a pasar por lo mismo otra vez.

CAPÍTULO SEIS

—Josh, espera —La voz de Edward la hizo pararse en seco en mitad del pasillo.

Ella acababa de terminar una clase e iba camino del departamento ya que en media hora comenzaba su horario de tutorías. Se volvió para ver como su colega se acercaba hasta dónde estaba.

—¿Qué pasa Edward?

—Nada en particular. Quería saber cómo llevas la tesis.

Ella inspiró hondo. Apretó los labios y abrió los ojos a su máxima expresión.

—Pues no muy bien, la verdad. Apenas si tengo tiempo para dedicarle.

—Ya, claro.

—Espero poder darle un buen empujón durante las vacaciones de Navidad. Esa es mi gran baza.

—Sí, por supuesto. Es cuando más tiempo tenemos. Oye, ¿has terminado las clases?

—Por hoy sí. Pero tengo una hora de tutoría, y hacia allí voy. De manera que si quieres algo más…

—¿Te apetece tomarte algo después?

Josh entreabrió los labios para darle la respuesta, pero pareció pensarlo. No iba a pasar nada por quedar con él a pesar de lo que Merli le había dicho de él. Y por otra parte sentía cierta curiosidad por saber si su amiga tenía razón. Además, aprovecharía para satisfacer su curiosidad sobre alguien que se le había venido a mente.

—Vale —Ella vio como el rostro de su colega parecía iluminarse con la sonrisa que le produjo su aceptación.

—Te espero en la puerta del departamento cuando termine mi última clase.

—Perfecto. Te veo luego que llego tarde.

—Sí, sí. No quiero que lo hagas por mi culpa.

Josh se despidió y continuó su camino hasta el departamento. No le vendría mal quedar a tomar algo con él y de paso ver si estaba interesado en ella, y si podía decirle algo de Marck. Si lo conocía o había oído hablar de él. Le había asegurado que tenía contactos en la facultad… pensó esbozando una sonrisa que no sabía cómo interpretar.

***

Marck llevaba horas documentándose en la biblioteca del campus. Había decidido situar la trama de su nueva historia en la Revolución Gloriosa de Inglaterra acaecida en 1688. Creía que era lo más idóneo. Le apetecía centrar la trama en ese período tan tumultuoso. Situaría a la heroína de la trama en las Tierras Altas escocesas, defensora a ultranza de la casa real Estuardo,

y del catolicismo. Y a él, podría convertirlo en todo lo contrario. Un defensor de la unión de ambas naciones. Y también que fueran conocidos. De ese modo, las chispas saltarían en cuanto se vieran si cada uno defendía su propia causa. Siguió tomando notas en su bloc, cuando alguien se detuvo a su lado, en la mesa que estaba ocupando. Marck desvió la mirada del libro abierto para fijarse en el rostro de una vieja conocida y amiga: Keira.

—¿Marck? Pero ¿no estabas en París? —le preguntó la mujer contemplándolo con los ojos abiertos al máximo de su expresión, como si él fuera una especie de aparición.

—Estaba. En el pasado. Pero en el presente me encuentro en Stirling.

—¿Y qué haces aquí? —La mujer se sentó frente a él sin dejar de contemplarlo con inusitada emoción.

—Documentándome para mi siguiente novela.

Keira lanzó una mirada al libro que él tenía sobre la mesa.

—La Revolución Gloriosa de 1688…—Frunció los labios y asintió convencida.

—Un período turbulento.

—Dejando a un lado a los Estuardo, y tus novelas románticas, que por cierto tienes que dedicarme, ¿por qué has regresado? ¿Navidades?

—No terminé de hacerme a París, su idioma, la cocina, y las parisinas. Demasiado chic para mis gustos —sonrió con picardía.

—Pero, entonces… ¿has renunciado a tu plaza de profesor?

—Así es.

—¿Y qué has decidido? ¿Dedicarte a escribir? Venga, puedes volver a la facultad cuando lo desees. O incluso marcharte a la capital. Alguien con tu formación tiene las puertas abiertas en todo momento.

—Prefiero seguir un tiempo más alejado de las aulas.

—Si es tu decisión.

—¿Y tú? ¿Has venido a por algún libro para un ensayo?

—Sí, tenía que consultar unos datos para un nuevo artículo. Ya sabes cómo es esto…

—Soy consciente de la presión.

—Leí alguno de los últimos que publicaste. Me gustó el que tratabas el origen y la evolución de la novela gótica hasta convertirse en histórica.

—Me alegro de que te gustara.

—Oye, pásate mañana y tomamos un café. Tengo libre a las once. ¿Qué te parece?

—Bien. Es buena hora.

—Entonces, quedamos en vernos mañana. Ha sido toda una sorpresa verte, Marck.

—Sí, no me cabe la menor duda.

La contempló alejarse de su mesa dejándolo solo de nuevo. Terminó de tomar notas y recogió

su bloc. Lo guardó en su bolsillo y emprendió el camino de vuelta a casa. No tenía ni idea de la hora a la que regresaría Josh. Desconocía su horario y tampoco le interesaba demasiado saberlo. No iba a presentarse allí para recogerla e ir juntos hasta casa. No quería que ella pensara que él podría tener algún interés especial. Además, creí que había dejado clara la situación al contarle los de París, con Denise. No tenía la intención de volver a fijarse en su compañera de piso. Pero ¿quién podría asegurarlo al cien por cien? Se preguntó al tiempo que se detenía en la entrada y se ponía el gorro y la bufanda. El frío comenzaba a dejarse notar en la ciudad a esas horas de la tarde en la que la oscuridad reinaba. Se cruzó con algunos estudiantes que iban o venían de clases. En realidad, echaba algo de menos la enseñanza, el ambiente en el campus, la investigación… pese a que le había asegurado lo contrario a Keira. Pero por el momento prefería dedicarse a sus novelas. Regresaría a la docencia cuando considerara que su momento había llegado, si lo hacía.

—Te noto cansada, Josh —Ed la miraba por encima de su vaso de cerveza. Estaban sentados en un pub tomándose algo. Él había pasado a recogerla por el departamento, como habían quedado.

—La verdad es que lo estoy.

—Mucho trabajo ¿no?

—Las clases, las tutorías, la tesis… —Rodó los ojos y resopló.

—¿No puedes con todo?

Ella movió la cabeza.

—Tengo que poder, ¿no? Me recomendaron venir y aceptar la plaza aquí.

—Es una buena oportunidad. Si necesitas algún tipo de ayuda. No puedo sustituirte en las clases, claro —sonrió—, pero tal vez pueda echarte una mano con la tesis. Solo tienes que decírmelo, aunque no es mi campo.

—No tienes por qué preocuparte. Ya me echa una mano mi compañero de piso, o de ático, más bien —elevó las cejas y abrió los ojos al máximo.

—¿Tiene conocimientos de literatura inglesa?

—Tal vez lo conozcas… Marck… No sé su apellido, pero es de aquí. Y creo que estuvo dando clases en esta facultad antes de mudarse a París —Josh contempló como Ed fruncía el ceño y la miraba con curiosidad.

—¿Te refieres a McCallister? Enseñaba el romanticismo inglés aquí hasta que le salió una oportunidad para irse a Paris, a la Sorbona. Pidió una excedencia por si la cosa no funcionaba en la capital del Sena.

—Sí, a él me refiero.

—¿Ha vuelto de Francia?

—Sí, claro. Precisamente respondí a su anuncio de compartir el ático donde vive al poco tiempo de comenzar el curso.

Ed la contemplaba en silencio mientras asentía.

—Desconocía que hubiera regresado. Debo decirte que, si alguien puede serte de gran ayuda dado tu campo de investigación, es él.

—Sí, eso me dijo. Ha trabajado el romanticismo en la novela inglesa, incluido Walter Scott.

—Así es. ¿De qué se encarga?

—Oh, de buscarme la bibliografía.

—Pero… si está de regreso, ¿qué hace?

—¿No sabes que ahora es escritor?

—No tenía ni idea. Perdimos el contacto cuando se marchó a París.

—Lleva algún tiempo en ello, según me dijo. Ficción romántica.

Ed sonrió divertido.

—Vaya, tendré que llamarlo para quedar y ponernos al día.

—Si quieres se lo digo.

—No, tranquila. No hace falta. Le daré un toque un día de estos. ¿Qué tal es como compañero de piso?

Josh frunció los labios en una mueca que no pretendía darle demasiada importancia.

—Atento, educado… Centrado en lo suyo. E incluso algo callado.

—Sí. Siempre fue así.

Josh echó un vistazo al reloj y apretó los labios.

—Creo que es hora de marcharme.

—Claro, cuando quieras podemos irnos.

Salieron del pub y Ed la acompañó hasta el mismo edificio donde compartía el ático con Marck. Levantó la mirada hacia este y asintió.

—Tampoco sabía que viviera aquí. Antes vivía a las afueras…

—Según me dijo compró el ático cuando regresó de París. Le gustó y… —Se encogió de hombros y apretó los labios sin saber qué más decir.

—Ya. En fin, no te entretengo… Podríamos quedar en otra ocasión. Tal vez para cenar y tomar algo, aunque no en día de diario, claro.

—No creo que pueda. Tengo bastante jaleo con mi tesis, como te comentaba. Y, además, quiero descansar el fin de semana —No quería ser muy directa con él, de manera que buscó una excusa que le sirviera, y fuera creíble.

Ed pareció entenderla.

—No obstante, si tienes ganas algún día… No dudes en decírmelo.

—Lo tengo en cuenta. Ahora es mejor que nos marchemos. Mañana hay que madrugar para seguir con las clases.

—Cierto. Qué descanses. Y dale recuerdos a Marck. Dile que lo llamaré para vernos.

—Se lo diré.

Minutos después Josh abría la puerta y entraba en casa. Todo parecía estar en silencio, hasta que se asomó al salón y vio a Marck tecleando en su portátil. Volvió el rostro hacia ella y sonrió con un guiño.

—Terminaste por hoy.

—Ufff, sí. Estuve tomando algo en un pub.

—Eso está bien. No todo en la vida es trabajar.

—Estuve con Edward Ramsay.

Marck entrecerró los ojos en un gesto que mostraba que hacía memoria. Asintió y agitó un dedo hacia ella.

—Sí, éramos compañeros cuando yo enseñaba en la facultad. ¿Cómo le va?

—Bien, me ha dicho que te llamará para quedar y poneros al día.

—Genial.

—¿Has pasado toda la tarde aquí?

—No, estuve en la biblioteca del campus y me encontré con una vieja amiga. Se sorprendió de verme de vuelta y todo eso. Y luego vine a trabajar un poco —Volvió su atención al ordenador al darse cuenta de que la estaba mirando demasiado.

—¿Has decidido ya sobre qué va tu nueva historia?

—Sí, sobre… —Se detuvo de manera inesperada porque al volver el rostro se encontró con el de Josh más cerca de lo que a él le gustaría. Podía percibir su respiración y su aliento a vino. Permanecía apoyada con los antebrazos en el respaldo del sofá. Lo contemplaba con una pizca de expectación por lo que él tuviera que decir.

—¿Por qué te has callado?

—Sí, cierto —desvió la atención e inspiró—. La Revolución Gloriosa de 1688. Creo que me decantaré por una histórica en la que la protagonista sea acérrima defensora de los Estuardo. Y el Campbell sea más partidario de Londres, para evitar el enfrentamiento entre ambas naciones —Volvió la cabeza hacia ella cuando terminó su exposición.

Josh miraba la pantalla del portátil consciente de la distancia que separaba sus rostros. Y más sí cabía, por lo experimentado cuando él se quedó mirándola. Sintió ganas de besarlo. De manera que, se incorporó de la postura en la que estaba.

—Tiene buena pinta, si tenemos en cuenta que dicho enfrentamiento se produjo después de todo.

—Sí, claro. Ese marco histórico me sirve para lo que quiero plantear. Además, he pensado que ellos dos se conocen desde hace años. Y que hay algo pendiente…

—¿Una relación que no llegó a cuajar?

Marck frunció los labios y elevó las cejas cuando escuchó aquella propuesta.

—Me gusta.

Josh sonrió en un primer momento, y luego se rio a carcajadas.

—Gracias por aceptar mi sugerencia. Pero no hace falta que…

—No, no. Es perfecto —Se levantó como un resorte del sofá y se volvió hacia ella. Se quedó sin palabras al contemplarla y darse cuenta de lo bonita que la encontraba. Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones como si con ello consiguiera frenar el repentino deseo por tocarla.

—Genial. Creo que voy a darme una ducha y ponerme algo más cómodo.

Marck se limitó a asentir sin decir una sola palabra. La observó salir del salón camino de su habitación mientras él cogía aire, se pasaba la mano por el pelo en dirección a la nuca y luego se paseaba por el salón. ¿Por qué ella se había apartado como si alguien hubiera presionado un resorte? ¿Tal vez había intuido que él podría haberla besado? No, no. Las cosas no marchan cómo deberían, se dijo.

Josh cerró los ojos y dejó que el agua de la ducha le cayera sobre el pelo. Quería despejar su mente de los pensamientos que la habían invadido. ¿Por qué pensaba en Marck de aquella manera? ¿Por qué se le había pasado por la cabeza que él pudiera besarla?

***

Marck quedó con Keira para tomar un café y ponerse al día. Después se pasó por la biblioteca para seguir buscando material para su novela. Confiaba en poder pasar desapercibido y que ningún antiguo colega lo reconociera, pero, no iba a ser posible cuando al abandonar el edificio se encontró de frente con Ed.

—Mira tú por donde que pensaba llamarte hoy mismo para vernos —extendió el brazo para estrecharle la mano.

—Acabas de ahorrarte la llamada.

—No me podía creer que estuvieras aquí cuando Josh me lo comentó ayer tarde. Te hacía en París. ¿Cuándo has vuelto?

—No hace mucho.

—¿Qué te parece si tomamos un café y me pones al día?

—Vamos.

—¿Has pensado regresar aquí? —Ed hizo un gesto con la cabeza hacia el edificio de la facultad.

Marck caminaba con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, y la mirada fija en el suelo. Emitió un bufido.

—No por el momento. Estoy a gusto dedicándome a la literatura.

—Josh me comentó que escribes literatura romántica. ¿Piensas convertirte en algo así como Jane Austen o las hermanas Bronte?

Marck miró a Ed sorprendido por aquella definición.

—Eso le corresponde decirlo a la crítica —Empujó la puerta del café en el que iba tomarse uno.

—Dime, ¿por qué has vuelto? ¿No te iban bien las cosas en París? Creía que era un buen

puesto para alguien de tu categoría.

—Haces que parezca una eminencia.

—Dime lo contrario. Cualquiera osa llevarte la contraria en el campo de la literatura inglesa durante el romanticismo. Uno solo tiene que fijarse en tu bibliografía. Por no mencionar las ocasiones en las que te invitan a participar en congresos.

—Sí, admito que durante años me vacié de manera literal. Pasaba la mayor parte del tiempo con la nariz metida entre los libros.

—¿Qué me dices de Josh? —Ed cogió la taza para beber esperando la respuesta de él—. Por ejemplo, ¿cómo se te ocurrió compartir el piso con ella?

Marck encogió los hombros.

—Me escribió para concertar una visita al ático. No tenía ni idea de quien era ella. Ni que fuera una mujer, hasta que me la encontré de frente al abrir la puerta.

—Pero admite que será algo… poco común. ¡Es una mujer! Mira que si te la encuentras desnuda en el baño o llegas al ático y está ligera de ropa.

Marck sonrió con picardía al imaginarse la situación. Pero al momento recordó lo sucedido en París.

—No creo que suceda. Es algo que hemos hablado. Pero si llegara a suceder, tampoco creo que vaya a pasar nada. Somos adultos.

—¿No te sientes atraído por ella? Lo cierto es que es muy atractiva…

Marck frunció los labios y ladeó la cabeza.

—Mis intenciones con ella no van por ese camino. Si la cosa saliera mal, tendría que pedirle que se marchara.

—Visto por ese lado…

—Si tienes interés en ella… —Marck sacudió la mano ante él como si le diera permiso para que lo intentara.

—Me gustaría, pero está demasiado metida en su trabajo. Las clases, las horas de tutorías y su tesis. Me comentó que la estás ayudando con la bibliografía.

—Sí. Yo dispongo de más tiempo libre que ella. Y controlo el tema en el que se trabajando.

—Deberías regresar a la enseñanza, Marck. Alguien con tus conocimientos…

—Cuando haya una plaza libre, para empezar. Y tengo que sentir las ganas de regresar.

—No sé qué te ha sucedido en París para que hayas renunciado al puesto que tenías allí. Y que te lo estés tomando de una manera tranquila y relajada.

—Llámalo un año o dos sabáticos —levantó la taza y sonrió antes de apurar el café.

—En fin, yo tengo que regresar a clase —le informó echando un vistazo a su reloj.

—Te acompaño. Voy a darme una vuelta por el campus antes de volver a casa a escribir.

—Tenemos que quedar a tomar unas pintas con los demás.

—Claro. Dame un toque cuando te venga bien.

Se despidieron y mientras Ed regresaba al interior de la facultad, Marck decidía darse un paseo por el campus haciendo tiempo hasta que decidiera que era hora de volver a casa a escribir.

Josh salía de la facultad cuando Ed regresaba.

—¿Has terminado?

—Sí, hoy viernes solo tenía clase las dos primeras horas. Aprovecharé para irme a casa a trabajar en la tesis.

—Genial. Pues aprovecha el tiempo.

—Eso haré.

—Por cierto, acabo de estar tomando café con Marck.

—Vaya… No me comentó nada de que fuera a venir —Sacudió la cabeza extrañada por esa cuestión.

—Me dijo que iba a darse un paseo por el campus. A lo mejor lo ves. Te dejo que tengo clase. Buen fin de semana.

—Sí… Lo mismo te digo —Se había quedado algo tocada por esa noticia. Si Marck se lo hubiera dicho, habría quedado con él. Parecía indecisa sobre si debería dar un paseo por el campus a ver si lo veía, o marcharse a casa. Siempre podía llamarlo al móvil y preguntarle dónde estaba. Solo que le parecería muy directa. De manera que daría una vuelta a ver si lo veía.

Marck se detuvo cuando escuchó la melodía de su móvil. Lo sacó del bolsillo de su abrigo y sacudió la cabeza con gesto serio cuando leyó el nombre de Denis en la pantalla. No había eliminado su contacto del móvil, y no sabía por qué no lo había hecho.

—Denise.

—Hola Marck, ¿qué tal todo por Stirling?

—Bien, bien. No me puedo quejar de mi vuelta a casa.

—Lo celebro. Verás, había pensado ir a Stirling unos días que tengo libres.

Marck apretó los labios y se aferró al móvil con fuerza, como si se le fuera a resbalar de la mano. Inspiró hondo y se pinzó el puente de la nariz.

—¿Y Philippe?

—Solo quería saber si podemos quedar algún rato que tengas libre y que te venga bien. Philippe no puede por un congreso que se celebra antes de las vacaciones académicas.

Se mesó el pelo y sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres?

—Vernos y saber qué tal estás.

—Estoy bien, acabo de decírtelo. Trabajando.

Josh lo vio hablando por el móvil. Se había detenido en mitad del paseo que había para peatones, y que lo separaba de los que iban en bicicleta. Le parecía algo molesto con la conversación que estaba manteniendo. ¿Su editora? Pensó Josh no queriendo interrumpir, pero

en ese momento el volvió el rostro hacia ella y se quedó contemplándola de manera fija, sin poder seguir hablando con su ex. La vio saludarlo con la mano y esperó a que terminara su conversación para acercarse a él.

—Tengo que dejarte, Denise. No te prometo nada. Que tengas un buen día —Colgó y devolvió el móvil al interior de su abrigo.

Siguió contemplando a la chica que se acercaba con paso lento. Llevaba puesta una gorra, y. el *plaid* sobre los hombros de su abrigo entallado en la cintura. Tenía la punta de la nariz roja, de igual modo que sus mejillas. Sus ojos claros resplandecían sobre su tez blanca. Él cogió aire porque presentía que lo iba a necesitar cuando ella estuviera a su altura. ¿Por qué demonios se fijaba ella con tanta atención? ¿Tenía algo que ver con que Ed le hubiera dicho que la encontraba atractiva? No quería pensar que se estaba dejando llevar por ese tipo de comentarios. Pero…

—No quería interrumpirte la conversación y preferí esperar a que terminaras —le dijo deteniéndose a escasos pasos de él. Pero el gesto de él restando importancia a este hecho, le dio qué pensar.

—Descuida, no me molestas.

—¿Qué haces por aquí? Me he cruzado con Ed y me ha dicho que había tomado café contigo.

—Sí. Levo media mañana por aquí. Tenía que revisar unos datos históricos para mi novela.

—¿Por qué no lo haces por internet?

Él se limitó a sonreír y sacudir la cabeza.

—No. Hay que acudir a las fuentes acreditadas para estos casos. Tú mejor que nadie debes saberlo ya que estás haciendo una tesis —le señaló y la miró con curiosidad por ese comentario —. Y si yo fuera tu director y me comentaras algo así, perderías puntos conmigo. Por cierto, ¿quién te la lleva desde que te has trasladado aquí?

—La profesora McGrawhill. ¿La conoces?

—Bethany. Claro.

—¿Hay a alguien a quién no conozcas en esta facultad? —Le parecía que él le estaba tomando el pelo.

—Creo que no.

—¿Y qué tal es? ¿Qué puedes decirme de ella?

La miró con sorna. Y estalló en carcajadas.

—Tratas de obtener cierta ventaja ¿eh?

—Solo te lo pregunto porque según Ed tú trabajabas aquí antes de irte a París. Por eso lo hago.

—Es muy meticulosa. Le gusta que los trabajos estén bien documentados. Se fija mucho en la bibliografía que emplearás. Te aviso —La señaló con un dedo a modo de advertencia.

—Es bueno saberlo. ¿Por qué no me dijiste que bajabas hasta el campus? —Lo observó encogerse de hombros como si no fuera algo esencial.

—¿Por qué? ¿Necesitas algo de mí?

—No, solo que…

—Ya puestos y dada la hora que es… ¿Quieres que comamos juntos en algún sitio? Pero que no sea por aquí cerca o seguiré encontrándome con antiguos colegas que no me dejaran disfrutar de la comida.

Ella entreabrió los labios para responder, pero en vez de ello se limitó a humedecérselos y asentir. Se situó a su lado siendo testigo de la manera en la que él la observaba, y que le provocó un ligero escalofrío.

—Conozco un sitio que espero que sea de tu agrado —le aseguró reiniciando el camino. Cada día le gustaba más su compañía y eso comenzaba a ser algo peligroso, se dijo. Pero ¿por qué la invitaba a comer con él si lo que pretendía era todo lo contrario? Alejarse de ella antes de que pudiera sentir algo más personal e intenso que no pudiera detener.

CAPÍTULO SIETE

—¿Qué tal llevas la novela? El domingo se acerca —Lo miró moviendo sus cejas con toda intención, lo que provocó una sonrisa pícara en Marck.

—Tendrás tu capítulo a tiempo para la tarde del domingo, con una taza de té y unos dulces. Descuida.

Josh sonrió por este comentario de él. Lo observaba caminar a su lado con su aspecto de cierta dejadez. A ver, le parecía interesante con su abrigo gris oscuro, su bufanda alrededor del cuello y ese toque bohemio. El pelo revuelto, como si no le diera igual ir peinado, y esa barba de dos días que le daba un toque… intrigante.

—¿Qué tal las clases? ¿Tienes esta tarde?

—No. Podré dedicarme a la leer algunos artículos que tengo apartados.

—Suena bien. ¿Lo conoces? Es de una vieja amiga —Le hizo un gesto hacia la fachada de un pub cuya fachada aparecía pintada en blanco y negro. Podía leer Nº2 Baker Street.

—No, no he estado.

—Te gustará la comida —le aseguró tirando del manillar para abrir la puerta.

Ella se detuvo y volvió el rostro hacia él sin que lo esperara, provocando una situación algo embarazosa.

—Dijiste que no querías que nadie te molestara. Si es de una amiga tuya…

Estaba centrado en la manera en la que sus labios se movían, y en que no era muy apropiado pensar en besarlos. El perfume de ella lo atrapó y pensó que terminaría por impregnarse en su propia ropa, lo cual dificultaría las cosas.

—Anda, entra.

Cerró los ojos y suspiró una vez que ella se apartó de él.

Josh se detuvo esperando a que él le indicara dónde se iban a sentar.

—¡Marck! Qué alegría verte por aquí.

La chica que estaba detrás de la barra captó su atención con la mano. Él se acercó para saludarla.

—Lo mismo te digo. Hemos venido a comer. Esta es Josh, profesora de literatura de la facultad.

—Encantada. Soy Elsie, una buena amiga de Marck. Podéis sentaros donde más guste —les indicó las mesas que había libres.

—Gracias —dijo Josh mirando a Marck—. ¿Alguna predilección?

—No. Elige.

—¿Te parece bien la del fondo? Prefiero sentarme cómoda con el respaldo de piel —él asintió y le hizo un gesto con la mano para que fuera hasta allí. Josh recorrió el local con la mirada. Las paredes estaban forradas de madera en color oscuro, al igual que el suelo. Una serie de lamparitas colgaban del techo dotando al lugar de claridad junto con la luz que entraba por las ventanas. Le dio la impresión de que se respiraba una atmósfera cálida muy acorde a la gente de la localidad.

Marck ocupó la silla de madera pintada de blanco.

—Si no te importa… —Le pasó el abrigo a ella para que lo colocara entre ella y la pared.

—No, dame —Hubo un ligero roce de los dedos de uno y otro.

Josh se colocó el pelo una vez que se sentó.

—Espero que estés cómoda.

—Lo estoy. ¿Qué me recomiendas comer? —Josh cogió el menú y le echó un vistazo. Pero, no podía evitar levantar la mirada hacia Marck. ¿Por qué se fijaba en su aspecto y sonreía con picardía? Bajó la mirada al menú no fuera a ser que él la descubriera.

—Todo —No se lo pensó dos veces.

—Vale.

—Depende del hambre que tengas.

—No me has sido de gran ayuda.

—Gracias, por lo que me toca.

Sonrieron a la vez mientras se miraban de manera fija hasta que Elsie apareció para tomarles nota, y Josh bajó la atención al menú, mientras Marck sonreía irónico por su pequeña victoria. No sabía muy bien qué narices le sucedía con ella, ni tampoco estaba seguro de querer pararse a pensarlo. No era el momento.

Ambos se dedicaron a comer y a hacer las preguntas justas. Hasta que Josh hizo una que obligó a Marck a cambiar el gesto.

—¿Era tu editora con la que hablabas por el móvil cuando te vi? ¿No te meterá prisa?

Él dejó los cubiertos sobre el plato e iba a coger su vaso de pinta cuando escuchó la pregunta. Su mano quedó a medio camino hacia su objetivo, lo que llamó la atención de ella. Pero al final se decidió a cogerlo y dar un buen trago.

—Era Denise —La vio cambiar su expresión, echarse atrás un poco y morderse el labio con sentimiento de culpabilidad.

—No quiero meterme donde no me llaman. Disculpa. Pensé que era tu editora…

Él sacudió la cabeza. Apoyó el codo sobre la mesa y se llevó la mano hacia el mentón. Se mantuvo en esa postura unos segundos, observando con atención como terminaba la comida.

—Quería saber cómo me marchaban las cosas.

—No tienes que…

—No pretendo aburrirte con mi pasado —Extendió el brazo con la mano abierta hacia ella y

al dejarlo sobre la mesa sus dedos rozaron sin querer los de ella. Su mano estaba apoyada justo de igual modo que había hecho él.

—Puedo escucharte, si te viene bien. Te desahogas.

Él entornó la mirada y su manera de mirarla hizo que Josh experimentara un sobre salto.

—¿Estás de coña?

Le dio la impresión de que había metido la pata hasta el fondo al contemplar su reacción y el tono de su pregunta. Y lo entendía. Experimentó un bofetón de calor en pleno rostro que la hizo avergonzarse de su curiosidad.

—Lo siento, Marck. No pretendía…

—¿De qué hablas? ¿Por qué lo sientes?

Estaba desconcertada con su reacción ya que no la esperaba.

—Por su comentario anterior. Me ha parecido que estabas molesto cuando me has preguntado si estaba de coña —Elevó la cejas y abrió los ojos más, hasta una expresión de sorpresa e incredulidad. Y entonces lo vio sonreír de esa manera socarrona que él tenía y que la desconcertaba, entre otras sensaciones.

—Soy yo el que se disculpa por si me has entendido mal. Me refería a que si estabas bromeando. No tengo ninguna intención de aburrirte con mi ex que sigue en París y está planeando casarse —Señaló la ventana con un dedo para dejarlo claro—. Agradezco que te ofrezcas a escucharme, pero no quiero aburrirte con algo que se terminó hace tiempo —La observaba cambiar la expresión de culpa a una que reflejaba su alivio.

—Pensaba que había metido la pata.

—Ni lo más mínimo —sonrió cogiendo el vaso de nuevo y no dejó de mirarla por encima de este mientras apuraba la cerveza.

Josh sintió algo en su interior, un alivio por la aclaración de él. Pero también una sensación que no sabía describir pero que le gustaba. Que le provocaba la sonrisa.

—Estoy disfrutando de la comida, y no quiero que mi ex venga a fastidiarla.

—Como tú veas. Pero sabes que si necesitas hablar…

—Lo sé. En cuanto a mi editora, no ha dado señales de vida. No obstante, tengo tiempo de sobra.

—Yo no me aseguraría tanto. El tiempo no se detiene y cuando menos lo pienses se habrán pasado los seis meses.

Ella se había inclinado hacia delante sobre la mesa, acercando su rostro al de él de una manera que no se había parado a pensar. Estaba tan cerca que si él hacía lo propio le rozaría los labios. Era la ventaja que tenían aquellas mesas tan pequeñas.

—Lo tengo todo controlado.

—¿Todo? ¿Todo?

—Excepto qué vamos a hacer en navidades. Supongo que te quedarás en el ático.

Aquella sugerencia por parte de él le dejó un gusto dulce. Tuve la sensación de que su mirada brillaba en demasía, y que su rostro volvía a encenderse.

—No, claro. Ya lo hablamos. Por cierto, ¿qué me dices de acompañarme a la fiesta de la facultad? Tú conoces a todos los profesores.

Sonrió ante aquella propuesta.

—Sí, los conozco.

—¿Y? —Ella arqueó las cejas y su mirada reflejó cierto anhelo porque él accediera.

No estaba bien, no señor. Se dijo él, pero cómo podía negarse ante aquel rostro tan dulce.

—Sí, claro. De ese modo aprovecharé a saludar a unos cuantos colegas.

Josh no supo explicar porque sonrió de manera abierta. Ni de dónde surgió aquella sensación de vacío en el estómago si acaba de comer. Se sentía satisfecha con su aceptación. Creía que algo se estaba saliendo del guion inicial. Y no estaba segura de sí seguiría saltándoselo en los próximos días.

***

Marck la encontró sentada en el sofá de manera relajada y con una taza en la mano. Leía algunos papeles.

—Tengo el borrador del primer capítulo. Por si te apetece echarle un vistazo, aunque veo que estás ocupada.

Ella levantó la mirada del artículo dejándolo en el sillón para coger el que él le mostraba. No se lo pensó dos veces.

—¿Bromeas? Apuesto a que es más entretenido que el análisis de la novela histórica en la época victoriana —le resumió con una sonrisa diabólica para gusto de él. Dejó la taza sobre la mesa y echó un vistazo a los folios que él le pasaba.

—No hacer falta que lo leas ahora —reiteró él, pero la expresión del rostro de ella le dejó claro que no iba a perder tiempo en hacerlo.

—Necesito apartarme un poco de la literatura inglesa del siglo XIX. Este cambio, me vendrá de perlas. ¿Vas a quedarte ahí contemplándome mientras lo leo? No me importa, es solo curiosidad.

—No, de hecho, iba a prepararme un café. Te dejo a solas para que lo disfrutes con calma.

La observó asentir de manera repetida como si deseara que él la dejara sola de una vez para poder sumergirse en la lectura del primer capítulo.

—La escocesa rebelde… Vaya, el título promete ya que supongo que será la protagonista.

Marck hizo intención de aclararle algo, pero al ver que se ponía a leer, hizo que cambiara de parecer y desapareciera en la cocina. No estaba seguro de si después de todo había sido buena idea llegar a aquel acuerdo entre ellos, pero un trato era un trato. Y él tenía uno con ella.

Josh se sumergió en la lectura de la historia que la llevó al siglo XVII, a los años que dieron en llamarse la Revolución Gloriosa, estos eran lo que concernían al exilio de Jacobo Estuardo a Francia, y la llegada al trono de su yerno Guillermo de Orange. Sonrió porque le trajo recuerdos

de la novela de Scott, *Old Mortality*, que se desarrollaba en la misma época. Entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio, ajena a que Marck le estaba observando con atención apoyado en el marco de la puerta del salón. Su mirada recorría a la muchacha sin ningún tipo de reparo. Josh tenía las piernas flexionadas, apoyando el pie sobre la mesa. Recostada contra el respaldo del sofá permitiendo que su camiseta se ciñera más de la cuenta a su generoso busto. Siguió recorriéndola con la mirada hasta fijarse en la manera en la que se mordisqueaba los labios. Le pareció un gesto tan sensual que no pudo evitar pensar en besarla. Inspiró y desapareció de nuevo en la cocina para echarse más café. Prefería dejarla en paz y no andar pensando en situaciones que no iban a darse bajo ningún concepto.

De repente él escuchó un gemido que lo hizo girarse.

—Vaya con el Campbell.

—¿Ya lo has terminado de leer? —Se acercó hasta el sofá y se sentó en el sitio que quedaba libre sin apartar la mirada de ella.

Josh asentía y su mirada permanecía fija en los folios que había dejado sobre la mesa baja.

—Es un comienzo prometedor.

—¿En serio?

Josh sonrió al ver como él parecía dudar de sus palabras, y más si lo observaba elevar una ceja con cierta suspicacia, o incredulidad.

—Sin duda que lo es. Has conseguido despertar mi interés en la historia que, por cierto, me recuerda a *Old Mortality* de Scott.

Marck sonrió e inclinó la cabeza hacia delante.

—Sabía que lo dirías.

—Sin duda. La Revolución Gloriosa fue en la que los Estuardo no solo dejaron de reinar en las islas, sino que no volvieron a hacerlo.

—Sí, bueno… Me llevo tiempo decidirme por este período de la historia de las islas británicas.

—Algunos estudiosos las han llegado a considerar como la primera rebelión jacobita. ¿Por qué te has decidido por esta? Siento curiosidad.

La vio subir las piernas al sofá y sentarse frente a él. Mirarlo con interés mientras se quitaba las gafas. No sabía si echarse más hacia atrás o incluso sentarse en una de las sillas. Algo estaba fallando, de seguro. Pero encontrar atractiva a su compañera de ático, y que su deseo por recostarla para poderla besar mejor, mientras su mano desaparecía por debajo de su camiseta no le parecían cuestiones banales. ¡Joder, ya no era un adolescente, ni un universitario con las hormonas disparadas!

—La verdad, me pareció que no había muchas novelas ambientadas en esos años tan turbulentos.

—Sí, excepto por Scott, como ambos sabemos. Ya puedes ponerte a escribir, eh…

—¿Vas a ser más exigente que mi editora?

—Pues claro. Y más que me has picado con la historia. ¿Quién es ella? ¿La rebelde?

Él se limitó a sonreír divertido por sus comentarios.

—Tendrás que esperar a que te entregue el siguiente capítulo.

—¿No lo has empezado?

—No.

—¿Y qué haces aquí sentado y no estás escribiéndolo? —Quería aparentar estar cabreada con él por estar ocioso. Se inclinó un poco hacia él, contemplándolo con el ceño fruncido, algo que hizo que él cambiara su semblante.

—Lo que me faltaba. Tener presión para escribir en mi propia casa.

—Dime, si eres capaz de escribir algo tan bueno en unos días, ¿por qué en su momento no lo hiciste? ¿Por Denise? ¿Por qué no se lo dijiste a su editora? —le preguntó adoptando un tono serio para hablar de su ex.

Marck inspiró y dejó que su mirada quedara fija en un punto en el vacío durante unos segundos. Luego, la levantó para clavarla en la de Josh.

—¿Qué se suponía que debía contarle?

—Pues que no estabas atravesando un buen momento y que...

—¿Y qué ello había influido en mi novela?

—¿Por qué no? —Josh levantó el tono de su voz y se encogió de hombros.

—¿Crees que Lucille va a preocuparse por si mi expareja se ha liado con mi propio compañero en la facultad? —le preguntó algo alterado con sólo mencionar este hecho—. No, Josh. ¡Mi vida personal no importa! ¿Crees que a tu directora de tesis le importa si tú rompes con tu novio? ¿O que no tienes tiempo suficiente para salir por ahí porque entre la investigación, las clases y las tutorías, no te queda? —le aclaró empleando un tono que no dejaba lugar a más comentarios.

—Para empezar, no tengo pareja —le dejó claro esgrimiendo un dedo delante de él.

—¡Es una manera de hablar! Ya sé que no tienes pareja. Pero a raíz de lo que hablamos, imagina que tuviera interés en encontrarla. Tampoco tienes demasiado tiempo para ponerte a ello —le aclaró sin pensar en las consecuencias de sus palabras.

—¿Qué sabes tú de si lo tengo o no? ¿O de si quiero tenerla? —le preguntó con una agitación inesperada al tiempo que se incorporaba del sofá cogiendo su taza del té—. ¿Qué me dices de ti? Tampoco quieres tener una desde que tu ex te dejó por tu compañero de trabajo. Y después del tiempo según me comentaste, te llamó para decirte que se casaban y ahora te llama para decirte que viene a verte —Lo señaló con mano al tiempo que su mirada iba de los pies a la cabeza de él. Vio la expresión de su rostro y supo que se había equivocado al sacar el tema. Cerró los ojos y resopló—. Joder… Escucha no he querido…

—No has querido decirlo. Lo entiendo. Yo tampoco quería echarte en cara que no salgas con nadie. Era una manera de hacerte ver que nuestra vida personal importa poco llegados ciertos momentos.

—Me siento fatal por lo que te he dicho de tu ex.

Marck sacudió la cabeza y avanzó unos pasos hacia ella. La sujetó por una mano en un gesto

inesperado, y le quitó la taza de la otra para dejarla sobre la mesita.

—Creo que ambos hemos estado algo desafortunados en nuestros comentarios. Yo, no soy quién para meterme en tu vida personal.

La cercanía de él o su repentino gesto le provocaron un revuelo tan inesperado como extraño en su interior. Se limitó a abrir sus ojos y mirarlo contrariada. Los pulgares de él le acariciaban las manos sumergiéndola en una sensación placentera. Su piel acusó la corriente de frío sin que ella pudiera controlar esa sensación. Quería rebelarse contra lo que él le provocaba, pero al mismo tiempo se sentía incapaz. Entreabrió sus labios como si fuera a hablar solo que no sabía qué decir en ese preciso instante. Cerró los ojos por unos segundos, sin percatarse que él aún la tenía agarrada de las manos y que podría sentir sus pálpitos.

—De acuerdo… Yo…

Marck se sentía atrapado en aquel momento. El olor a cítricos que ella usaba en la ducha lo invadió. Sonrió de manera tímida al darse cuenta de que estaba mirando a Josh como no lo había hecho antes. ¿Por qué? ¿Qué pasaba?

—Estás temblando.

—Es porque… porque me ha sentado mal lo que has dicho.

—Te repito que lo siento —Entornó su mirada con una mezcla de curiosidad e incertidumbre. Pero también sintiéndose culpable.

Pero Josh se daba perfecta cuanta que su respuesta había sido una mesa excusa. Debía irse a su habitación y permanecer en esta hasta la hora de la cena. No se sentía nada segura de lo que le sucedía.

—Creo que es mejor que vuelva a centrarme en Scott. Y tú, en tu novela —Le dio un par de toques con su dedo en el hombro, para intentar rebajar la tensión creada entre ambos.

Marck la contempló sin saber qué decir, hasta que ella se apartó de su lado, recogió sus folios y abandonó el salón hacia su habitación. Escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. ¿Por qué le había dicho aquello? ¿Por qué había mencionado su vida personal? No le estaría tirando una indirecta, ¿no? Y luego, sujetándola por las manos y contemplándola como si fuera a besarla en cualquier momento. No le extrañaría que ella se hubiera marchado de allí si había percibido esto en su mirada. Se pasó la mano por el pelo y sacudió la cabeza, cabreado con todo incluso consigo mismo.

—Joder, sólo me faltaba salir a mal con ella y que terminara por marcharse —murmuró posando las manos en las caderas mirando hacia la salida del salón.

Relajó los hombros, resopló e intentó no pensar más en ella. Como le había sugerido, tenía una novela que escribir en un plazo determinado o Lucille no se lo pasaría. Se dirigió a su habitación en busca de su portátil y se detuvo delante de la habitación de Josh mirando la puerta durante breves instantes, meditando si debía llamar a esta.

—Nahhhh… —Sacudió su cabeza y se dirigió a la suya a por el portátil. Aprovecharía para escribir en el salón. Así no le daría la tentación de salir de su habitación e ir a la de ella para saber cómo estaba. De vuelta al salón, se dispuso a retomar la novela. Pero para su sorpresa no iba a resultarle nada fácil hacerlo. Sonrió cuando se dio cuenta de que desde que Josh estaba en la casa, no había tenido ninguna discusión. Se puso a recordar el día que ella apareció en la

puerta con la firme intención de ver el ático. Él no esperaba que una mujer se sintiera interesada en el alquiler. No obstante, allí estaba. Y cuando le contó la situación en la que se había visto con su anterior compañera, no le quedó otra opción que encontrar un sitio lo antes posible. Sin importarle lo más mínimo compartir aquel ático con él. Días después de su llegada ella le comentó que había visitado infinidad de pisos; pero cuando no era el precio; era el lugar; o la persona con la que tenía que compartirlo. A Marck sus explicaciones a este respecto le hicieron reír. Le parecieron divertidas, pero muy reales. Él también le confesó que había pasado por la misma experiencia, y que la entendía. Con el paso del tiempo todavía le sorprendía que aquella relación de convivencia funcionara. Lo cierto es que en varias ocasiones le había dado vueltas a la situación, y a que aquello pudiera seguir su curso. Lo normal era que los alquileres los compartieran personas del mismo sexo, pero en su caso se habían compenetrado de manera perfecta.

Sonrió cuando recordó que ella le había hecho prometer que nunca la llamaría Josephine, que era su verdadero nombre. Marck no se opuso, sino que él fue el primero en llamarla así. Le era más fácil e informal. Ella le parecía una mujer atractiva, sensual, a la que cualquiera le entraría. Pero era su compañera de piso… Estaba prohibido para él desde lo sucedido en París. Y ella parecía ser de la misma opinión ya que no había percibido ningún interés en él. Una especie de código ético entre ambos. Y hasta ahora lo estaban respetando. Hasta que hace un rato la sintió temblar cuando la sujetó por las manos y se fijó en cómo entreabría sus labios para respirar.

El sonido de un wasap captó su atención. Miró a ver quién le escribía: Angus le preguntaba si le apetecía quedar a tomar algo en veinte minutos. No tuvo que pensarlo mucho y le respondió que en ese tiempo estaría en el pub cerca de su casa. Le vendría bien salir de allí y despejarse, claro que intuía que su amigo le preguntaría por cómo se llevaba con Josh. Cogió el portátil y lo llevó de vuelta a la habitación. Le dejaría una nota a ella pegada en la puerta. De manera que cuando saliera de su habitación la viera. No iba a molestarla. Era mejor así, pensó pegando el posit a la puerta suya. Se puso algo de abrigo debido al frío que suponía que haría a esas horas. Lanzó una última mirada por encima de su hombro hacia el pasillo por ver si ella salía de su habitación ante de dejar el ático. Le vendría bien desconectar un poco de todo lo sucedido esa tarde.

CAPÍTULO OCHO

—Deja que te diga que no tienes buena cara —señaló Angus mirando a Marck de manera fija, y seria.

Este frunció el ceño y centró su atención en el vaso que tenía entre sus manos.

—Josh y yo hemos tenido una breve discusión y…

—¿En serio? Bueno, es algo normal cuando dos desconocidos comparten piso.

—Sí, pero ya llevamos tiempo haciéndolo.

—El tiempo es lo de menos. Siempre surgen diferencias. ¿Qué te ha pasado? Si quieres contármelo —Angus cogió su pinta de cerveza y bebió esperando a que su amigo se explicara.

—Todo ha surgido porque recibí una llamada de Denise —Cuando pronunció este nombre, Angus cambió el gesto. Le devolvía una mirada de incredulidad.

—No me jodas… ¿Por qué te ha llamado esta vez? ¿No pensará invitarte a la boda? Porque sigue con esa idea ¿no?

—Supongo, ya que no me dicho lo contrario.

—Menos mal. Se me acaba de pasar por la cabeza que la hubiera suspendido y ahora quisiera que tú fueras tu paño de lágrimas, ya me entiendes —elevó las cejas con toda intención e hizo un gesto muy revelador.

—Me contó que quiere venir unos días antes de las navidades porque Philippe está ocupado en un congreso o algo así.

—¿En serio? ¿Qué pasa, que no se celebran en París o qué?

—Sí, hombre.

—¿Qué cojones busca? Y perdóname por ser tan directo y ser tan mal hablado. Pero es que me jodió lo que te hizo, amigo.

—A mí más. Ni idea. Quería saber cómo estaba.

—Le dirías que de putísima madre desde que ella no está en tu vida. Así de claro, colega —Angus movió ambas manos al unísono con un gesto que zanjaba cualquier cuestión.

—Bueno…

—¿No irás a decirme ahora que la echas de menos? —le preguntó reclinándose contra el respaldo de la silla mirándolo atónito.

—No, no. Claro que no.

—¿Entonces?

—Ella no es quién me preocupa…

— ¿Quién, entonces?

Marck sonrió con ironía.

—Josh.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis discutido? Vamos, hombre…

—No es por eso.

—Tú dirás…

—Esta tarde he sentido ganas de besarla.

Angus emitió un silbido de advertencia, o de sorpresa.

—Tu vida se ha convertido en poco tiempo en una de tus novelas. Deberías escribirla. En serio. O tal vez regresar a la facultad. No recuerdo nada parecido cuando enseñabas en esta.

—No, no. Paso. Ya tengo una entre manos.

—Ya. ¿Has empezado con la novela nueva? Mira que Lucille, no suele bromear cuando avisa.

—Sí. No te preocupes. Lo tengo controlado. Es la razón de la discusión con Josh. Le pasé el primer capítulo y quedó intrigada con la continuación.

—Buena señal, pero no veo por qué discutiste con ella.

—Me preguntó si la situación que había vivido con Denise influyó a la hora de escribir el anterior borrador. Y luego, me comentó que por qué no se lo había contado a Lucille.

—¿Y qué le respondiste? —Angus se encogió de hombros.

—Que a nuestra miga en común no le importa lo que haga en mi vida, solo le interesa que yo entregue mi novela. De igual modo que a su directora de tesis le importa más bien poco, que no tenga tiempo para redactarla. Que no es su problema si tiene que dar clases, horas de tutorías y demás. E incluso me atreví a decirle que por ese motivo no tenía una pareja.

Angus torció el gesto.

—Puedo hacerme una idea de cómo fue su reacción. Te pasaste al echarle en cara esa cuestión.

—Sí, pero quería hacerle ver que era lo mismo que si yo iba a Lucille con la excusa de que mi manuscrito era una mierda porque podía influirme lo que me sucedió con Denise.

—Ya. Volviendo a Denise, ¿qué harás cuando venga a verte?

—Imagino que quedar con ella para tomar algo. No soy tan desalmado como para darle plantón. Lo que tuvimos se terminó y ya está. No le guardo rencor.

—¿Y con tu compañera? Me refiero a esas ganas tuyas de besarla…

Marck bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—Ni idea. Su pongo que aguantarme. No me queda otra.

—¿Y ella? ¿Has notado que pueda tener interés en ti?

—No, no. Bastante tiene con su vida académica. Dejó claro desde el primer día que no tenía pareja, y me parece que tampoco tiene mucho interés en encontrarla. Te lo digo en serio.

—Pues ya puedes irte aguantando. Salvo que veas que ella podría cambiar de idea.

—Lo sé. ¿Qué tal tú?

—Admito que mi vida comparada con la tuya no tiene nada de emoción.

—Te entiendo, colega.

—Hablando de todo un poco, ¿no has pensado volver a la enseñanza en la universidad? Antes te lo decía en serio.

—No se me ha pasado por la cabeza, aunque Josh también me lo ha insinuado. Incluso me ha pedido que la acompañe al evento que organiza el departamento antes de las vacaciones de Navidad. Ya sabes… Tomar algo, charlar con los demás colegas…

—Lo típico en estos días. Por cierto, ¿qué vas a hacer en esos días? ¿Y ella?

Marck resopló.

—Pasaremos juntos las navidades en el ático.

El resoplido de Angus fue mayor que el del propio Marck. Abrió los ojos al máximo.

—Pues ya te puedes ir preparando para cualquier cosa.

—Lo sé.

—¿No tiene familia?

—Hija única. Y sus padres ya no viven.

—Entonces, como dices… Pasaréis juntos esos días. Genial. Pues buena suerte.

—Gracias.

Sin duda que iba a necesitarla. Quedarse escribiendo en casa con Josh rondando por esta iba a ser toda una prueba.

—Bueno, creo que, si no quieres otra, deberíamos largarnos. Tú tienes trabajo por delante, y no me refiero a la novela, colega.

—Sí, te entiendo. No es buen rollo convivir con alguien si has tenido una discusión.

—Pues eso. Pero vamos, estoy seguro de que no es nada. Me preocuparía más por lo otro, lo de que has querido besarla. Pero, vamos, no te comas la cabeza.

Marck sonrió. No quería darle más vueltas a ese tema porque si ya de por sí era complicado compartir el ático con ella sintiendo cierta atracción, no quería pensar en las navidades.

Josh se había refugiado entre sus libros y sus apuntes. Sin embargo, no conseguía centrarse. Presa de una agitación desconocida, hasta entonces para ella, arrojó sobre la cama el volumen de consulta que tenía entre sus manos. Se quedó mirándolo como si fuera su peor enemigo. Se quitó las gafas y se frotó las sienes en un intento de no pensar en nada. Quería dejar su mente en blanco y relajarse. ¿Estaba de verdad cabreada con su tesis? ¿Con lo que Marck le había comentado en relación a que no tenía una pareja? ¿O más bien tenía que ver con ciertas emociones que llevaba experimentando desde hacía unos días? Permaneció en una actitud pensativa recordando lo sucedido la otra tarde con Marck. El simple gesto de cogerle las manos la había descolocado de una manera inesperada e inexplicable. No se creía que algo así le sucediera. Pero un incesante cosquilleo le recorrió toda la piel. Si no tenía una pareja era... era

porque... era porque... ¿Por qué demonios no la tenía? ¿Acaso su aspecto de ratón de biblioteca alejaba a los hombres? ¿Se debía a que quería progresar en su carrera académica? Era cierto, como le había dicho él, que apenas si tenía tiempo para salir y divertirse. Tal vez había antepuesto sus expectativas profesionales por delante de los demás. A penas salía, salvo cuando Merli y Fiona la obligaban a hacerlo o dejarían de ser sus amigas. ¿Hasta qué punto le importaba lo que Marck pudiera pensar de ella? Se quedó con la mirada fija en el vacío. Estaba demasiado centrada en una conclusión a la que por extraño que le pareciera acababa de llegar. Y no había hecho la más mínima gracia.

***

Durante días, ambos mantuvieron una relación algo más distante, y a eso había contribuido que Josh no acudiera a comer a casa porque tenía clases y tutorías. Cuando llegaba de la facultad, Marck estaba en su habitación. Concentrado en su nueva historia, y salvo algunos saludos, apenas sí charlaban. En alguna que otra ocasión se habían cruzado en el campus, porque él había ido a documentarse o incluso a escribir a la biblioteca. Habían hablado más bien poco. Josh ponía la excusa de tener que regresar a las clases, mientras Marck aludía a que tenía que ir a la biblioteca para documentarse para la novela.

Esa tarde, Josh se había recluido en su habitación para avanzar su investigación. Había perdido la noción del tiempo. Las horas se le habían pasado volando. Se detuvo un segundo para centrarse y decidió que era el momento de tomarse un descanso. Pasó por el salón con el propósito de saber si él estaba en el ático. Pero no había rastro de Marck. Se acercó al ventanal y contempló la noche en Stirling.

Una luna redonda parecía estar contemplándolo. Marck llevaba un rato en la terraza a ordenando sus ideas. La novela, volver a la enseñanza, Denise, Josh… Como le dijo Angus la otra tarde, su vida se había convertido en poco tiempo en su propia novela.

La temperatura no era demasiado fría para las alturas del año a las que estaban. No le cabía duda de que el cambio climático era toda una realidad, pero, aun así, se había echado una fina manta de viaje por encima de los hombros. Sentado en la penumbra, salvo por la luz que arrojaban los farolillos diseminados por el suelo. Le gustaba aquella sensación de calidez y de quietud, que le transmitían las llamas de las velas de estos. Tenía la mirada perdida y una actitud pensativa. Había una taza de café vacía sobre una mesita auxiliar. Hacía rato que había regresado después de haber quedado con los colegas de la facultad como le propuso Edward el día que se vieron en el campus. No lo había hecho porque quisiera evitar a Josh, algo que durante la última semana había sido la tónica habitual. Ella no había regresado a comer a casa aludiendo que se le juntaban sus clases con su horario de tutorías. O bien, que necesitaba pasar tiempo en la biblioteca. Fue en esta donde coincidieron una mañana; o cuando él iba o venía de esta porque había decidido ir a escribir allí con la excusa de intentar verla. Sí. Así había sucedido. Le había llamado la atención su comportamiento de adolescente a su edad. Joder… Pensó que se estaba volviendo poco menos que gilipollas al acudir al campus a ver si la veía con la excusa de documentarse para su novela. Sin duda que su premisa inicial de no pensar en su compañera de piso más allá, de lo que era, esto era, una compañera, estaba comenzando a tener algunas fisuras. Se acojonó cuando descubrió que estaba algo perdido. Que la echaba de menos cuando ella no había vuelto a casa a comer. ¿Tanto le importaba su compañía? Y así era…

Se sobresaltó en la silla hasta el punto de que la tacita de café estuvo a punto de caerse al suelo. Sacudió su cabeza intentando desechar su estúpida idea. Arrojarla fuera de su mente. Sin

embargo, no iba a lograrlo por mucho que lo pretendiera, porque descubrió la figura de ella saliendo de la claridad del salón. La observó dirigirse hacia el alféizar de la terraza y permanecer apoyada con los brazos sobre esta. Se había abrigado con una manta al igual que había hecho él. No se había dado cuenta de que él estaba allí.

Josh cerró los ojos dejando que la tranquilidad de la noche la envolviera por completo y la hiciera olvidar. No sentía el frío de la noche porque se había asegurado de abrigarse antes de salir. No había visto a Marck por la casa. Y esa ausencia la había dejado algo tocada porque sin duda que esperaba verlo en el salón o en la cocina. ¿Por qué no podía sacárselo de la mente? ¿Qué narices le estaba sucediendo? Desde hacía unos días se sentía diferente. Había intentado coincidir con él lo menos posible, pero cuando lo vio en el campus o en la misma biblioteca que ella, había experimentado una ligera taquicardia. Marck comenzaba a atraerle, sino lo había hecho ya y eso no podía negarlo. Y lo que tenía muy claro era que no iba a dejar aquel ático por ese sentimiento cuando allí se encontraba muy a gusto. Sacudió su cabeza negando esa posibilidad. Debería afrontar el hecho de verse, de hablar y de comer o cenar juntos si ambos estaban en la casa. Sintió que su pecho se agitaba de manera extraña e incomprendida al pensarlo. Por ese motivo, decidió regresar al interior del ático. Pero al volverse el susto que se llevó al ver a alguien allí sentado, observándola acrecentó su taquicardia.

—¡Joder...! —exclamó en un primer momento llevándose la mano hasta su pecho intentando refrenar su alocado corazón. Pero, lejos de tranquilizarse, su estado de nervios se acrecentó cuando lo vio levantarse de su silla y dirigirse a ella con el rostro turbado.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras bien?

Josh le lanzó una mirada de no entender muy bien por qué se había quedado callado observándola.

—¡Podrías haberme dicho que estabas aquí cuando me has visto salir! —le rebatió con un tono a caballo entre la ironía y la rabia mientras se apartaba de él. Desvió su mirada hacia lo lejos para evitar sus ojos, su rostro y la cercanía de su cuerpo.

—Es cierto...

—¿Cuánto tiempo llevas ahí mirándome? —le preguntó haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la silla en un intento para que él se apartase más.

—Desde que saliste.

Josh entrecerró sus ojos mirándolo como si pretendiera averiguar que estaba pensando en esos momentos.

—¿Qué haces vestido aquí fuera? —Lo miró extrañada de los pies a la cabeza.

—Acabo de llegar. He estado con Edward y otros colegas de la facultad. Quedamos en reunirnos una tarde para tomar unas pintas —le explicó mientras el rostro de ella parecía reflejar cierto enfado—. Vi la puerta de tu habitación cerrada y decidí no molestarte porque supuse que estarías centrada en tu investigación.

Ella tardó algo de más en responder. Entreabrió los labios, pero permaneció dubitativa.

—Sí, claro. No te preocupes.

—Oye, por cierto, siento haberte asustado.

—Yo también pude haberme fijado en ti cuando salí —le confesó con un tono de voz tranquila. Dulce. Serena—. Pero ¿cómo iba yo a saber que estabas aquí fuera? En fin, es mejor que regrese al interior y te deje con tus pensamientos.

—¿Cómo va tu tesis? —le preguntó de repente, como si no quisiera que la conversación acabara. Que ella se alejara tan pronto. La vio volver al interior mientras él trataba de mantenerse alejado a pesar de que le era difícil apartar su mirada de aquel par de ojos que destellaban en ese momento. Se fijó en como iba vestida, con un pantalón oscuro de deporte y una simple camiseta de manga larga en tonos pastel. El pelo recogido en lo alto con un lapicero. Apreció una mezcla de ingenuidad, ternura y sensualidad. No ocultó su sonrisa ante aquel pensamiento, que ella misma le había provocado. El deseo por besarla y acariciarla llamó a la puerta de su conciencia. Pero una vez más logró controlarlo.

Josh se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones. Se encogió de hombros y puso cara de circunstancia. Se veía atrapada por la presencia cercana de él. Trataba de permanecer alerta ante cualquier imprevisto. Pero ¿cómo podía hacerlo cuando una parte de ella se sentía atraída por él?

—Bueno...

No sabía que responderle, porque lo cierto era que no había avanzado demasiado. Y en parte porque había visto que él no había estado en el ático. Se había sentido extraña las ocasiones en las que había salido de su habitación, y no lo había visto. Le había sorprendido no encontrarlo, pero todavía más, el echarlo de menos.

—¿Acaso no has avanzado? —le preguntó con el ceño fruncido.

—¿Eh? Sí, si. Claro. Por supuesto, lo que sucede es que estoy en un punto en el que no sé muy bien si lo estoy enfocando como debería. O tal vez se deba a que debería desconectar un poco.

—Suele pasar. Tal vez alejándote un tiempo prudencial consiga hacer que la retomes con otra perspectiva. Si quieres que le eche un vistazo, solo tienes que decírmelo. Acordamos ayudarnos…

—Sí, claro —acertó a decir Josh en un intento por aparentar la calma que no sentía.—. ¿Y la novela? Ni quiero robarte tiempo —le comentó sintiendo como sus piernas se rozaban una vez que volvieron a sentarse en el sofá. Su respiración se había pausado y lo veía asentir y entrelazar las manos delante suyo. Ella tenía la impresión de que él no la había escuchado porque estaba pesando en sus propios asuntos. Sonrió pellizcándole el brazo para que le prestara atención—. ¿No me has oído? —le preguntó acercando su rostro al de él de una manera casual.

La tenía tan cerca que permaneció en silencio contemplando su mirada. Sacudió la cabeza como si de repente se diera cuenta de la situación en la que estaba, y de manera inesperada se echó hacia atrás en el sofá, como si estuviera huyendo. De lo que representaba su cercanía.

—Ah, sí. La novela... bien... bien...

—¿Has escrito algo más?

—Bueno... algo he hecho estos días.

—Podrías dármela y la leería antes de irme a la cama —le sugirió manteniendo su mirada fija en él.

—Acordamos que sería el domingo, lo que hubiera escrito a lo largo de la semana. Es sábado por la noche.

—Está bien. Esperaré a mañana para emitir mi juicio —le dijo levantando su mano como si estuviera prestando juramento en un tribunal.

—¿Por qué no has salido?

—No me apetecía. Mis amigas me llamaron, pero decidí quedarme. ¿Qué hacías en la terraza?

—Pensar en la novela.

—Pero ¿ahí fuera?

—Hace una noche muy agradable.

—Para ir abrigada.

—Pues hace unos minutos también habías decidido salir. Supongo que necesitabas desconectar.

Ella percibió la calidez de su mirada que no se apartaba de su rostro. Devolvió un mechón de pelo a su sitio detrás de la oreja de manera tímida. Nerviosa. Su manera de mirarla le producían taquicardias.

—Sí… necesitaba un respiro.

Marck permanecía en una especie de hechizo bajo la presencia de ella. A pesar de sentir el deseo por atrapar el rostro de ella entre sus manos para besarla, se limitó a apretar los labios y asentir antes de levantarse del sofá.

—Creo que voy a escribir un poco, y de ese modo te dejaré cenar.

—Yo… No… No te preocupes. Puedes escribir aquí si lo prefieres. No me molesta. E incluso ponerte a ver la televisión.

—No soy muy de ello, la verdad. Pero, a lo mejor tienes razón y sea mejor dejar en reposo la novela —La invitación de ella no solo lo sorprendió, sino que lo dejó más desconcertado de lo que ya estaba esa noche—. No obstante, iré a revisar lo último que he escrito mientras te preparas algo.

Necesitaba alejarse de allí unos minutos. Le bastaba cualquier disculpa y el trabajo le servía.

—Hecho —Asintió ella decidida a que terminaran la noche juntos delante de la televisión como habían hecho en otras ocasiones. Pero ¿por qué tenía la impresión de que tenía un especial interés en ello? Se suponía que no quería provocar nada entre ellos.

El tiempo pasó lento para Marck, quien no veía el momento de irse a la cama. No pretendía ser un aguafiestas después de que ella lo hubiera sugerido, pero permanecer sentado a su lado, rozando su muslo en algún que otro momento, escuchando su respiración o su risa; controlando de reojo sus gestos, no lo estaban beneficiando en su intento por alejarse de ella, de pensar que estaba <<allí>> precisamente.

Josh sonreía en algún que otro momento, lo miraba y le comentaba algún aspecto sobre la película. Pero lo notaba distante, tenso. Si no era lo que quería hacer, podría habérselo dicho cuando ella se lo sugirió. En cambio, había aceptado y a ella le daba la impresión de que lo había hecho por cumplir. De manera que cuando terminó la película y los dos se levantaron casi a la

vez del sofá, él evitó mirarla. Sin embargo, no pudo resistirse a hacerlo. Tenía el pelo suelto y revuelto sobre sus hombros. Se quitó las gafas para pasarse las manos por el rostro y bostezó ante él sin ningún reparo.

—El sueño te ha vencido —le dijo al ver sus gestos.

—Sin duda. Tengo la vista cansada de pasarme tantas horas delante del portátil. Debería irme a dormir.

—Deja todo esto para mañana —le pidió con relación a la manta con la que se habían cubierto en el sofá, el plato de la cena de ella y el vaso.

—Pero…

Él posó las manos sobre los hombros de ella y la volvió indicándole qué dirección tenía que coger en ese momento. Extendió los brazos para mantener la distancia con el trasero de ella no fuera a ser que ella se detuviera de manera inesperada. No pretendía sentir su cuerpo pegado al suyo ni un momento más después de casi las dos horas que habían permanecido en el sofá. No olvidaba que en ciertos momentos la pierna de ella se había posado encima de la de él, en un gesto casual. O que sus hombros habían permanecido unidos, y no por pegamento, precisamente. Se habían ido acercando hasta quedar así. E incluso él temió que ella apoyara su cabeza sobre este.

—Repito. Déjalo para mañana y ve a dormir.

—De acuerdo. Prometo levantarme antes que tú para recoger.

—Te tomo la palabra. Buenas noches y hasta mañana.

—Sí, pero antes me cepillaré los dientes, si no te importa —le dejó claro volviéndose de una manera peligrosa, posando su mano sobre el pecho de él y levantando su mirada para fijarla en la suya. Sintió los latidos de su corazón bajo la palma, y como se incrementaban como si algo lo pusiera nervioso. ¿O alguien?

Marck se limitó a boquear como si fuera un pez, y a no decir nada porque la cercanía de ella lo había cortado. Se quedó contemplándola a través de los cristales de sus gafas. Tuvo ganas de quitárselas, pasar el pulgar por su mejilla, y jugar con los mechones de pelo que le caían sobre el rostro.

Josh entreabrió sus labios y dejó escapar lo que parecía ser una especie de gemido. Se los humedeció como si estuviera esperando a que él tomara la iniciativa. Pero a pesar de ello, era consciente de que no iba a hacerlo. Por tanto, retiró su mano de manera rápida, como si se hubiera sentido una especie de calambre.

—Adelante —le señaló el cuarto de baño en un intento por hacer que desapareciera de su presencia.

—¿Tú no te cepillas los dientes antes de irte a la cama?

—Sí. Cuando termines…

—Vamos, el baño es lo bastante grande para los dos —Lo sujetó de la manga de su camisa y tiró de él.

Marck inspiró y tensó el cuerpo. Aquella muchacha iba a acabar con él. Se estaba conteniendo a cada segundo que la tenía allí, pegada a su lado. ¿No se daba cuenta de la tensión que había

entre ellos? Esos gestos casuales, inocentes e inofensivos a todas luces, podrían ir despertando otros más íntimos.

Se despidió de ella minutos después y se metió en su habitación tratando de serenarse primero, porque le parecía que le costaría coger el sueño sin pensaba en ella. En lo sucedido esa tarde cuando él regresó al ático. ¿Por qué la aceptó como compañera de piso? Porque no creía que volviera a pasar por lo mismo una segunda vez. Pensarlo Denise a su mente. ¿En serio iba a ir a visitarlo en los días previos a las navidades? Aquello era de locos. Aunque no estaba seguro de si seguiría vivo, si la tensión con Josh no se rebajaba.

Esta permanecía sentada en la cama, apoyada contra le cabecero. Pensaba en Marck En un par de ocasiones había creído sentir que la miraba de una manera diferente. Se mordisqueó la uña del pulgar pensando en ello. ¿Por qué le había dado la sensación de que podría haberla besado esa noche? Cuando se detuvieron en medio del pasillo y ella se volvió hacia él apoyando su mano contra el pecho de él. ¿Qué había sucedido en ese instante? Lo había observado dudar sobre si decir algo o seguir en silencio. Y ella no había podido contener un leve gemido que no sabía explicar qué era lo que lo había provocado. Pero él tenía algo que ver en la forma en la que su pecho se agitaba. Mejor sería dejarlo e irse a dormir. Estaba segura de que habían sido imaginaciones suyas y que al día siguiente lo vería de manera distinta.

CAPITULO NUEVE

Marck se despertó temprano. Echó un vistazo al móvil para ver la hora, pero comprobó que no lo era tanto. Cada día amanecía más tarde dado que se acercaban al final del año, y uno perdía la noción del tiempo. Salió de la cama y de se dirigió al cuarto de baño. Se daría una ducha antes de desayunar, y de ese modo se despejaría para ponerse a escribir. Empujó la puerta con un bostezo sin darse cuenta de que Josh estaba allí hasta que escuchó su voz.

—¡Marck!

Este reaccionó al instante fijándose en ella, o mejor en su cuerpo medio desnudo. En la manera en la que se le marcaban los músculos de la pierna mientras se daba crema. O en cómo asomaban sus pechos por el borde de la toalla cuando ella los presionaba. Como una dama de la corte francesa de siglos pasados.

—¡Joder! Lo siento. No sabía que estabas… —Se quedó callado cuando la vio envolverse en la toalla lo más rápido que pudo para que él no la viera. Pero aun así ya era algo tarde. Escuchó el portazo ante sus propias narices, dejándole parado en mitad del pasillo—. Desnuda…

Resopló bajando la mirada al suelo y se pasó la mano por el mentón sin saber qué pensar. Bueno sí lo sabía, pero mejor dejarlo estar. Se giró para ir a la cocina y preparar café. Creía que era lo mejor. La ducha matinal tendría que esperar por el momento. Desayunaría antes. Pero entonces la voz de Josh lo hizo volverse como un resorte.

—¿Es que no viste que esta la luz del baño encendida?

Él extendió los brazos hacia ella con las palmas abiertas. No pretendía quedarse contemplándola, pero tenerla allí delante no lo hacía sencillo pese a que se había vestido.

—La verdad es que iba dormido. Lo siento.

Ella elevó una ceja y lo miró como si de verdad no lo creyera. La verdad era que tenía un aspecto algo lamentable recién levantado de la cama. Cierto que parecía no haberse despertado, todavía.

—La puerta estaba entornada, se supone que es porque hay alguien.

—Te recomiendo que la cierres para otra vez. De ese modo no te pillaré… —No sabía si confesarle que la había visto desnuda. Era mejor dejarlo así no fuera a liarlo más.

—Dilo. Desnuda. Sí —Rodó sus ojos y resopló.

—Venga Josh, no ha sido para tanto. No se te ha visto casi… nada —Intentó quitarle importancia a la escena, pero no lograría que ella cambiara de opinión. Y más cuando él le dirigió una mirada bastante significativa, que la recorrió de pies a cabeza haciendo que el rostro de ella se encendiera.

—Lo estás arreglando con esa mirada.

—No pienses mal…

—No, no lo hago. Te bastas tú solo para eso. En fin… Será mejor desayunar.

Marck apretó los labios en un intento por disfrazar la risa que le provocaba verla así.

—No olvides que no vives sola. Es un consejo que te doy.

La mirada de ella fue lo bastante explícita como para que se callase y se centrase en preparar café.

—Por cierto, ¿qué llevas tatuado en el tobillo? —Se volvió hacia ella con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Aquella pregunta provocó la reacción de ella quien gimió y golpeó la mesa de la cocina.

—Y luego me dices que no ha sido para tanto.

Marck frunció los labios y se encogió de hombros sin saber qué decir. Sonrió como un cínico y volvió su atención a la cafetera.

—Disculpa, ¿puedes echarle un ojo al café? Voy a lavarme. Dejaré la puerta entornada… Ten cuidado si pasas por delante porque me pillarás sin camiseta —le dijo guiñándole un ojo con toda intención. El gesto encendió a Josh más de lo que estaba y aprovechó paro golpearlo en el brazo según pasaba por su lado.

—Serás… —Pero en el momento en el que él desapareció de su vista y se tranquilizó un poco, no pudo evitar sonreír por la escena vivida. No le había hecho mucha gracia que la pillara desnuda en el baño después de haberse duchado, pero la culpa era de ella por no haber cerrado la puerta. Ya no compartía piso con otra chica, que, aunque la viera así, no le importaba en demasía, salvo que le gustaran las mujeres. Pero que lo hubiera hecho él… Se mordió el labio y sacudió la cabeza. Resopló diciéndose que tendría que andarse con cuidado si no quería que la escena se repitiera. De lo contrario iba a parecer que lo estaba incitando a entrar en el cuarto de baño para que le diera crema por todo su cuerpo.

***

El día de la celebración de las vacaciones de Navidad en la universidad había llegado y Marck no estaba muy seguro de si sería buena idea acompañarla. Le apetecía hacerlo, pero ¿era oportuno? Y no se trataba de volver a encontrarse con antiguos colegas ni nada de eso, sino por estar con ella. A su lado. Pero tampoco quería parecer que no le daba importancia a su invitación. En su día no la rechazó, así que… De manera que estaba en una situación algo controvertida. Y más cuando la vio aparecer en el salón. Se vio obligado a quedarse contemplándola y a preguntarse si aquella mujer era en realidad su compañera de piso. Y por la cara que ella ponía acababa de darse cuenta de lo que parecía pensar él.

—¿Qué te parece? ¿Voy demasiado arreglada? Es un vestido de lo más sencillo, ¿no crees? —Ella bajó la mirada y se pasó las manos por este.

—Es perfecto —asintió él no queriendo pensar en la manera en la que la tela se ajustaba a sus caderas, y a sus piernas. Era sencillo, en tonos azules y negros, pero le quedaba perfecto. Y con los zapatos de tacón a juego. La recorrió en sentido inverso con su mirada hasta quedarse en su rostro. Se había perfilado la raya de los ojos y se había pintado los labios con un tono suave, pálido pero que los resaltaban y los hacían apetecibles. Se levantó del sofá y asintió—. Te queda muy bien. No te había visto tan arreglada desde que llegaste al ático.

Ella sonrió ante aquel cumplido.

—Porque me ves siempre con vaqueros y camisas, en plan informal. Pero es algo normal para ir a dar clases a la universidad. No quiero ir demasiado arreglada. Supongo que tú habrás acudido a alguna de estas reuniones para decirme…

—Sí, unas pocas —Vio el gesto que ella hizo con las cejas esperando que añadiera algo más —. Y la gente no va vestida como si fuera a ver al primer ministro o al rey. Descuida. Yo voy con vaqueros porque odio los trajes y las corbatas. De manera que… Cuando estés lista podemos marcharnos.

Josh se mordió el labio y asintió convencida por sus palabras.

—Por cierto, no hemos empezado a decorar el ático… —Ella echó mano del tema de la decoración navideña al darse cuenta de lo nerviosa que la ponía la mirada de él.

—Cierto, pero no te preocupes. Mañana mismo podemos empezar. Tú ya estarás de vacaciones.

Ella asintió meditando la respuesta.

—¿Y tú? ¿Qué harás? Tienes una novela que escribir, no lo olvides… Y me debes capítulos, por cierto. No creas que me he olvidado —le recordó con cierta ironía y picardía.

—Ya lo sé, pero ahora es el momento en el que tenemos que marcharnos a la fiesta de la facultad.

—Como sabes desviar la conversación hacia el tema que te conviene. Voy por el abrigo y el bolso —Le dio un leve golpe con el puño en el hombro y le guiñó el ojo pasando delante de él camino de la habitación.

Marck apretó los labios ocultando su sonrisa de triunfo. Sí, lo cierto era que sabía cómo desviar la atención hacia otros temas cuando le convenía. Y ese había sido uno de esos momentos.

El ambiente en el reservado del pub en el que habían quedado estaba repleto de gente que ambos conocían. Marck volvió a encontrarse con antiguos colegas de los años en los que impartió clases en la universidad de Stirling. A penas lo dejaron avanzar nada más verlo. Y lo agradeció porque dejó que Josh fuera a saludar a sus compañeros, lo que le permitía alejarse de ella. El paseo hasta el pub había estado salpicado de momentos algo incómodos, silencios algo tensos, miradas, e incluso algún que otro roce de sus manos producido por la inercia de caminar. Había habido una ocasión en la que él se vio en la obligación de sujetarla por la cintura cuando ella pisó mal. Entonces, se quedó contemplándola de manera fija a los ojos mientras ella le devolvía la mirada con un gesto de disculpa por la mala pisada. Podría haberse dejado llevar y besarla en ese instante. Haber acabado con todo ese deseo que sentía. En cambio, se limitó a soltarla y dejarla seguir caminando.

—Es toda una sorpresa tenerte aquí, amigo.

—Lo supongo. De no ser por Josh que insistió en que viniera, me habría quedado en casa.

—¿De qué os conocéis? Si no te molesta que te lo pregunte.

—Compartimos el ático en el que vivo.

—Es tu compañera de piso, ¿entonces? —le preguntó Alan haciendo referencia a Josh en un momento de la conversación que mantenían—. Y fue ella la que te propuso venir…

—Respondió a mi anuncio y aceptó quedarse con la habitación.

Alan, era el decano de la facultad. Frunció los labios y e hizo un gesto de sorpresa, o incredulidad. Se trataba de un tipo de más de cincuenta años, con el pelo gris y gafas de pasta que le otorgaban el aspecto de una especie de ratón de biblioteca. Mantenía una muy buena amistad por Marck.

—¿Vas a ayudarla con su investigación?

—Alguna cosa le he dicho. Sin importancia.

—Es algo que no puedes evitar —Agitó un dedo ante él y sonrió—. No puedes dejarlo pese a que ahora te dedicas a escribir. Dime, ¿has pensado solicitar una plaza en la facultad? Si no piensas regresar a la Sorbona de París…

Marck observó cómo su amigo se encogía de hombros y lo contemplaba con interés.

—Ya… —Chasqueó la lengua—. Por el momento no lo he considerado. Además, el curso está avanzado.

—Pero podría contar contigo para el año próximo. Bethany se jubila —le informó haciendo un gesto hacia esta—. Necesitaremos a alguien que se encargue de enseñar el romanticismo inglés…—Lo señaló con su dedo convencido de que Marck podría regresar sin él tocaba las teclas clave.

—Ya te digo que no lo he considerado.

—Tal vez deberías hacerlo, amigo. Sería una buena noticia tenerte de regreso después de tu experiencia en París.

—Deja que lo piense. Pero no te prometo nada.

—Descuida. A tu ritmo. Ah, y yo no te he dicho nada, ni te presiono. Solo tenlo en cuanta. Te dejo que sigas saludando a tus antiguos colegas —Alan le palmeó en la espalda y se alejó de su lado.

Marck se despidió y avanzó entre la gente allí reunida. Decidió que la conversación con Alan y su propuesta no le afectarían esa noche. No era el lugar, ni el momento para considerar su vuelta a las aulas.

—El hijo pródigo ha regresado a casa.

—¿Qué querías que hiciera?

—¿Tan mal te han tratado los franceses que me he enterado hace más bien poco que renunciaste a tu contrato para seguir? —Lorna lo miraba desde cierta distancia, con cara de perplejidad pese a tenerlo sujeto con su brazo—. Dime la verdad.

—Echaba de menos Stirling —le dijo dejando todo lo demás aparte. No iba a contarle a nadie lo vivido en la capital del Sena, ni tampoco el motivo para no seguir allí.

—¿Seguirás escribiendo romance? He leído tus novelas…

—No tienen nada que ver con lo que enseño.

—No, por supuesto, pero no están nada mal. Bueno, ¿qué más me cuentas? Has pasado mucho tiempo lejos de aquí. Imagino que no todo habrá sido dar clases…

—Poco más, tal vez deberías ser tú quien me pusiera al día de cómo marchan las cosas por aquí. París es una ciudad bonita, muy grande y llena de franceses —le aseguró entre risas.

Lorna frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Entiendo… Las cosas por aquí marchan como tú las has conocido. Mi vida discurre entre las clases y el tiempo libre que me queda. Oye, ¿qué vas a hacer estas navidades?

—Nada especial. Pasarlas en casa de manera tranquila.

—Pero, tú solo…

Marck sonrió ante ese comentario. Estaba seguro de que Lorna no sabía que Josh era su compañera de piso, y que ella también se quedaría en el ático. Una idea muy atractiva desde un primer momento, pero peligrosa al mismo tiempo.

—No, estará Josh —Hizo un gesto con las cejas hacia esta que charlaba con el decano en ese momento.

La mirada de Lorna reflejó la consabida sorpresa que él esperaba. La mujer desvió su atención hacia la joven y luego hacia su amigo, y colega de la facultad.

—Pero… ¿qué me estás contando? ¿Es tu pareja?

—No —Se apresuró a dejar claro antes de que ella pensara lo contrario. Abrió los ojos como platos y rio antes semejante conjetura.

—Pues familia no tienes, así que…

—Solo compartimos el ático que compré al regresar de París.

—¿Y has decidido compartirlo con alguien?

La mirada entornada de ella le arrancó otra vez una serie de carcajadas.

—Sí.

—¿Por qué ella? ¿Ya la conocías?

—No, no. Puse un anunció hace tiempo. Cuando mi anterior compañero se marchó.

—Y ella respondió a este —dedujo Lorna antes de que ver a Marck asentir—. Y vais a pasar juntos las navidades.

—Ella no tiene a nadie.

—Ya…

—Ella tiene que avanzar su investigación, y yo terminar un manuscrito.

—¿Hay algún interés por tu parte en ella? Te seré sincera porque te conozco de hace años… ¿Te atrae? —Movió las cejas con toda intención a la espera de que Marck se decidiera.

Estaba preparado para preguntas de ese tipo, de manera que no le costó demasiado desviar la atención de ello.

—Solo compartimos piso, Lorna.

—Ya bueno, pero eso no quita que, en un momento dado, pueda surgir la chispa. Además, tú te has centrado en escribir historias de amor, luego de eso algo sabes… —le dejó el comentario

en suspenso mientras sonreía con ironía y cierta picardía.

—En la ficción.

—Por lo que he leído y escuchado no te va nada mal. Pero dime, ¿no has pensado regresar a la docencia?

—Alan me lo ha propuesto también —Marck se aferró al cambió de tema de la conversación en cuanto vio la ocasión. Lorna acababa de proporcionársela.

—Seguro que ya sabes que Bethany se jubilará cuando termine este curso, y que su plaza quedará vacante…

—Lo sé. Pero por el momento no siento necesidad de hacerlo.

—Entiendo. Parecías muy seguro de ello cuando aceptaste la plaza en la Sorbona de París…

—Lo estaba. Y lo volvería a hacer porque la experiencia ha sido muy enriquecedora. Créeme.

—No me cabe la menor duda. En fin, te dejo para que sigas charlando con tus viejas amistades —le dijo guiñándole un ojo—. Y si decides cambiar de idea en Navidad, a Robert y a mí nos encantaría tenerte a comer o a cenar.

—Agradezco tu invitación, pero…

—Sí, sí... Ya me has dicho que tienes pensando quedarte en casa trabajando en tu próximo manuscrito. No te lo discuto. Pero si te aviso para que tengas cuidado no vaya a ser que el día menos pensado, el amor salte de las páginas de tus novelas y se personifique en tu ático —Le guiñó el ojo con toda intención y sonrió con picardía.

—Estaré atento a ese momento.

Miró a Josh durante unos segundos preguntándose si ese momento que decía Lorna llegaría de verdad. Pero, no podía ser con ella. Josh era su compañera de piso y lo que menos le apetecía era que lo de París y Denise pudieran volver a suceder. Tenía miedo. Pero, entonces, ¿qué hacía allí observándola mientras ella charlaba con algunas compañeras? ¿Por qué la había acompañado si lo que pretendía era poner distancia entre ellos? Evitar más confianza de la que ya tenían.

Sally parpadeaba sin terminar de creer a Josh cuando esta le había contado que compartía el alojamiento del ático de Marck con él mismo.

—No me lo puedo creer…

—¿Por qué?

—Mujer, hay que reconocer que Marck está muy bien.

—Yo creo que incluso ha ganado atractivo desde que se marchó a París —apuntó Megan que lo observaba con atención sujetando una copa de vino en una mano.

Josh se fijó en cómo las dos chicas lo miraban mientras hablaba con algunos profesores de la facultad.

—No lo conocía antes de ello. ¿Por qué se marchó?

—Se enteró que había una vacante en la universidad relacionado con el romanticismo inglés. Envió la solicitud y lo aceptaron. No vaciló en hacer las maletas e irse. Y por lo que parece ha regresado.

—Pero no ha vuelto a la facultad —apuntó Sally—. O yo no tengo noticias de ello.

—Se dedica a escribir —aclaró Josh captando la atención de las dos mujeres, quienes la contemplaban con exacerbada curiosidad—. Novela romántica.

—Vaya, desconocía que le gustara ese género, me explico, él siempre se ha encargado de enseñar la literatura romántica inglesa, pero de siglos pasados. Ya sabes, Austen, Shelley, Wordsworth… Tanto la poesía como la novela —expuso Megan a Josh para que estuviera al tanto.

—Sí, eso me lo comentó él cuando fui a su casa a preguntar por el alquiler.

—Un momento… —Megan frunció el ceño mirando a Josh, y ponía su mano sobre el brazo de esta—. ¿No irás a decirnos que compartes piso con él?

Josh boqueó unos segundos antes de responder.

—Sí. Es mi casero, y compañero de alquiler al mismo tiempo.

Las dos profesoras se miraron entre ellas sin poder ocultar la sorpresa que esa noticia les acababa de producir.

—Entonces, ¿la persona de la que nos hablabas estos días es Marck? —preguntó Sally sin poder salir de su asombro, y más cuando vio a Josh asentir.

—¿Por qué no lo dijiste? Haber empezado por ahí —le dijo Megan sonriendo.

—¿Qué importancia tiene que sea él? No creo que el hecho de que os contara que comparto el piso, bueno el ático, con él vaya a ser tan relevante.

—No, salvo que él ha sido siempre un soltero codiciado. A ver, nos ha llamado siempre la atención que no tuviera pareja, ni estuviera casado. Y no será por las indirectas que ha tenido para tener una… —Megan bufó como una gata recordando todas esas historias.

—No hay nada malo en que no tenga una pareja, ¿no? —preguntó Josh extrañada. Pero no les contaría lo de su aventura francesa porque no tenía ningún derecho a hacerlo. A revelar la vida personal e íntima de su compañero de piso.

—No claro que no. Pero siempre ha llamado la atención. Tal vez en París haya tenido una aventura, pero dado que solo ha vivido para lo académico, dudo mucho que haya tenido tiempo para ello —comentó Sally frunciendo los labios con desgana.

—¿Y qué más os da si sale con alguien? Es su vida. Yo tampoco tengo pareja.

—No lo decimos porque tenga o no, sino porque compartes alojamiento con un soltero codiciado en esta universidad. Por eso te lo comentamos. Nada más —le explicó Megan dando por zanjado el asunto.

—No creo que tengas ningún problema por vivir con él bajo el mismo techo —apostilló Sally.

—Yo tampoco busco tener nada con él. De manera que estamos empatados.

—Sin duda. Sería gracioso y a la vez sorprendente que tú pudieras ser la que lo sacara de la soltería —le dijo Megan moviendo las cejas con toda intención.

—Y yo os repito que no tengo tiempo ni ganas para las relaciones, chicas.

—En ese caso, no tienes de qué preocuparte. No te meterá mano —le aseguró Megan con un

guiño mientras las tres lo observaban darle dos besos a Bethany, la profesora que se jubilaría al finalizar ese año.

Josh no comentó nada más. Se guardó lo que sabía de él por lo que Marck le había comentado acerca de su vida en París, y lo sucedido con Denise. Y no creía que tuviera ganas de volver a tener una aventura con su compañera de piso, se dijo haciendo un mohín mientras no le quitaba ojo.

Marck sonrió al notar la mano de Bethany sujetándolo, y su mirada de sorpresa, o tal vez de incredulidad por volverlo a ver después de los años.

—¿Qué haces tú aquí? Te hacía en París. ¿O es que te has escapado por ser vacaciones?

—Lo he dejado.

—¿Tu plaza en la Sorbona? —preguntó Bethany abriendo los ojos como platos al escuchar aquella confesión.

—Después de dos años enseñando allí no quería seguir y decidí regresar.

Bethany entrecerró los ojos estudiando el rictus de Marck. Agitó un dedo ante él antes de decirle lo que él ya presentía.

—¿Sabes que me jubilo al terminar el curso? —Lo observó asentir, pero sin decir nada—. Te lo digo por si estás interesado en mi plaza. Sabes que puedes hacerlo ya que ambos hemos trabajado el mismo campo de investigación.

—No olvido que tú fuiste mi directora de tesis —le recordó aplicando cierto orgullo a sus palabras porque hubiera sido ella.

—Hace mucho de eso. Pero a lo que voy es a que podrías preparar la documentación para solicitar mi plaza. Supongo que el departamento no se opondrá siendo tú —le señaló con la mano dejando claro a qué se refería.

—Te lo agradezco. Ya he hablado de ello con Alan.

—En ese caso poco más puedo añadir si él ya te lo ha comentado.

—Tengo que pensarlo.

—Pues no te demores demasiado. Solo tendrías que encargarte de dirigirle la tesis a la profesora Josephine Ross. Es aquella muchacha de allí. Luego te la presentaré.

Marck asintió observándola charlar con otros profesores.

—No hace falta que lo hagas —Aquellas palabras parecieron afectar en mal grado a Bethany quien contempló a Marck como si no le interesara lo más mínimo—. No es por nada malo, ni porque no quiera hacerlo. Es porque ya nos conocemos.

—Ah. En ese caso…

—Compartimos piso.

—¿La profesora Ross y tú? —Bethany parpadeó en repetidas ocasiones asombrada.

—Sí, y me sé su trayectoria académica porque ella misma me la ha contado. Procede de la universidad de Edimburgo. Y al parecer es bastante buena. Podría ser ella tu sustituta si la recomendaras.

—Sin duda alguna, que lo haré si tú no lo te presentas a la plaza. Pero ella todavía tiene que recorrer mucho camino antes de llegar a tu nivel. No obstante, avísame si no te interesa regresar a la docencia. O mejor pensado, podría ser tu ayudante.

Ahora fue él quien abrió los ojos al máximo sin terminar de creer lo que Bethany le acababa de sugerir. ¿Josh su ayudante?

—No. Ella tiene madera para ser una buena profesora. De hecho, fue recomendada para ocupar la plaza que tiene.

—Entonces, ¿por qué quieres que ocupe la vacante mía? —Bethany se encogió de hombros sin entender la actitud de él—. Sigo pensando que tú, mi querido amigo, eres el idóneo. Eso, salvo que solo pretendas seguir con tu carrera literaria. Pero pienso que puedes compaginar ambas. Y ya que conoces a la profesora Ross, podrías dirigirle la tesis si no la defiende antes de mi jubilación —Bethany observó el gesto pensativo de él, como si esa posibilidad ya la hubiera considerado—. Y otra cosa…

—Tú dirás.

—No se te ocurra echarle una mano porque sea tu compañera de piso. Se notaría demasiado —le guiñó un ojo y le palmeó el antebrazo.

—No se me ocurriría —Mintió pensando en que ya lo estaba haciendo. Pero la mirada de advertencia o de no creérselo de Bethany hicieron que Marck cambiara el gesto, y sonriera.

—Que no se note demasiado.

—Vale, solo le estoy pasando algo de bibliografía.

—Piensa en lo que te acabo de contar. Si no tienes pensando regresar a París… Estaremos en contacto. Ven a verme al despacho cuando quieras, y si no te veo que pases unas felices fiestas.

Marck no le prometió que lo haría, sino que se limitó a asentir, y a regalarle una sonrisa.

—Te deseo lo mismo.

La vio alejarse y dejarlo solo de nuevo. No había podido imaginar que la reunión de la facultad para desear unas felices vacaciones fuera a girar en torno a la plaza de Bethany. No tenía del todo claro si le apetecía regresar a la enseñanza, y más estando Josh en la facultad. No quería que se estableciera un vínculo más estrecho, más fuerte entre ellos. Estaba comenzando a gustarle un poco más, y sus ganas por besarla parecían intactas. Y que… no había olvidado la escena en el baño cuando la vio desnuda. ¿Qué podía hacer?

CAPÍTULO DIEZ

La fiesta siguió su curso. La gente parecía estar disfrutando, y en un momento Alan sugirió un brindis por todos los allí presentes, deseándoles unas felices fiestas. Marck buscó con su mirada a Josh, que, para sorpresa de él, estaba haciendo lo mismo. Se miraron de manera fija y espontánea, sonrieron y alzaron sus respectivas bebidas simulando el brindis. Marck apartó la mirada y se centró en otros de sus colegas de la universidad. Esa manera de buscarla para brindar le daba qué pensar. Bueno, tampoco era para tanto, se dijo. No hay nada extraño en querer hacerlo con Josh puesto que es mi compañera de piso, se dijo desterrando cualquier pensamiento raro.

Entrada la tarde, noche ya, la gente comenzó a marcharse. Marck tuvo que escuchar una vez más a Alan y a Bethany hacer referencia a la vacante que dejaría esta última al finalizar el curso. No prometía nada por el momento ya que no estaba seguro del todo. Ahora lo que le traía de cabeza era entregar su manuscrito a Lucille, y dejar ese asunto zanjado. Buscó con la mirada a Josh para saber si se vendría a casa con él, o prefería quedarse un poco más de tiempo con alguien. La vio acercarse junto a Megan y a Sally a quienes no había tenido ocasión de saludar.

—¿Me estabas esperando? —le preguntó Josh al verlo allí contemplándola con inusitada expectación.

—Sí, quería saber si te espero para irnos juntos a casa; o bien prefieres quedarte con ellas. Megan, Sally. Disculpad que no os haya saludado, pero apenas si me han dejado tiempo para tomarme una pinta.

—Tranquilo. Josh nos ha puesto al día sobre lo que haces aquí en Stirling —le dijo Megan sacudiendo la mano delante de ella.

Marck dirigió su atención a Josh y emitió un sonido gutural de aceptación.

—Me alegro. De ese modo no tendré que repetir una vez más lo que hago aquí. ¿Vienes o…?

—Sí, sí. Nos vamos todas —asintió Josh mirando a Megan y a Sally.

—Tenemos que quedar a tomar un café estos días de vacaciones en la universidad, Marck. Para que nos cuentes que tal estos dos años por París —le sugirió Megan.

—De acuerdo. Pero si sigo quedando con la gente no tendré tiempo de entregar a tiempo mi nuevo manuscrito.

—¿Tan liado estás? —preguntó Sally moviendo sus cejas con rapidez.

—Sí. Un poco.

—Espero que Josh no te distraiga —comentó Megan mirándola con fingido enojo por si era el caso.

—Cómo que…—protestó Josh quedándose con los labios entreabiertos y un gesto de incredulidad.

—Tranquila, Josh no me molesta. Casi no está en el ático.

—¿Lo ves? En fin, será mejor que nos marchemos antes de que digáis algo que me enoje —dijo en modo burlón despidiéndose de ellas. No quería que insinuaran ni en broma que entre ellos podría surgir algo. Ya le habían puesto al día acerca de que él había sido el soltero más codiciado cuando daba clases en la facultad.

Ambas mujeres sonrieron con toda intención en referencia a que se marchara con Marck. Los vieron abandonar juntos el pub y encaminarse a su casa. Se miraron entre sí como si presintiesen que el hecho de compartir el mismo techo pudiera dar pie a algo que ninguno se había planteado.

Una vez a solas, Marck decidió centrarse en pensar en la plaza de Bethany, más que en la muchacha que caminaba a su lado.

—Estás muy callado. ¿Te has aburrido?

El tono de ella reflejaba cierta preocupación por este hecho. Él volvió el rostro para contemplarla. Mantenía los ojos muy abiertos, y las cejas elevadas con expectación, esperando a que él respondiera. Entreabría los labios por los que se escapaban nubes de vapor.

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Oh, bueno, es porque supongo que la gente te habrá estado preguntado todo el rato lo mismo. Me refiero a por qué has regresado de París, y si piensas quedarte…

—Sí, era algo que me esperaba. Dejé mi puesto en la facultad hace dos años para marcharme a París. En ese tiempo no he visto ni mantenido el contacto con muchos de los que hoy estaban en el pub. Comprendo que quieran saber qué ha sido de mí en ese tiempo y porqué he decidido regresar a Stirling. ¿Y tú? Veo que te llevas bien con Megan y Sally.

—Sí, hemos congeniado desde el primer día de mi llegada. Son buenas compañeras.

—Lo son. Sí.

Permanecieron en silencio caminando, mientras la temperatura parecía haberse quedado estable. No hacía mucho frío a esas horas de la noche. La gente salía de los pubs para regresar a casa.

—Dime, ¿cómo llevas la novela?

La pregunta sorprendió a Marck, quien se limitó a encogerse de hombros y a fruncir los labios.

—Tal vez no esté escribiendo tan rápido cómo me había propuesto. Pero bien.

—No me gustaría quitarte tiempo porque me eches una mano con la bibliografía de mi trabajo.

—No lo haces. Ya te lo dije. E incluso me viene bien para despejarme de la Historia de Escocia.

—Pues temo que no lo consiga si me ayudas con Walter Scott.

—Ya, pero no es lo mismo. En serio no me quito tiempo de mi trabajo.

Volvieron a callarse y se limitaron a seguir caminando en dirección a la casa. Josh parecía algo inquieta. Se sentía algo nerviosa y desconocía el motivo. Miraba a Marck, que iba a su lado, callado, pensativo, como si algo le rondara la cabeza.

—¿Te atreverías a describirme una escena romántica bajo este cielo punteado por miles de estrellas? —le preguntó de improviso volviendo a mirarlo—. Bueno apuesto a que ya lo has pensado...

Él se detuvo en medio de la acera para contemplar en silencio, sin capacidad de reacción. Se limitó a balbucear y abrir los ojos al máximo dando a entender que ella lo acababa de sorprender; y de qué manera.

—¿Por qué quieres que te relate algo así?

—Siento curiosidad. Escribes historias de amor y estoy segura de que sabes cómo atrapar a tus lectoras —le aseguró esbozando una sonrisa, que lo descolocó de pies a cabeza. Pero aún más el codazo de complicidad que ella le propició.

—No sé... No es nada sencillo, así, tan de repente… Tienes que estar metido en un contexto y que el desarrollo de los acontecimientos entre los protagonistas te lleve a ese momento —le dijo confuso pasando su mano por sus cabellos. No podía. No con ella mirándolo de aquella manera. Si lo hacía, si se dejaba llevar por lo que ella le inspiraba en ese instante…

—Piénsalo mientras llegamos a casa. De ese modo no seguimos hablando de la facultad, y demás —le aseguró ella como si le estuviera rogando que lo hiciera.

—Ya, vale, y dime… ¿quiénes serían los protagonistas? ¿Qué relación existiría entre ellos? Es complicado hacerlo si no dispongo de…

—¿Y si te dijera que somos tú y yo? —le soltó de improviso sin que él diera credibilidad a sus palabras.

¿Se había vuelto loca? ¿Le había pedido que escenificara una escena romántica siendo ellos dos los protagonistas de la novela? Por todos los diablos, ¿en qué estaba pensando? ¿Eran compañeros en el ático no amantes, ni nada que se le pareciera? ¿Es que no se había dado cuenta de que ella había empezado a atraerle? ¿Qué creía haber visto, o sentido? Lo observó mientras él apretaba los labios y parecía pensárselo.

—Si no te resulta sencillo, pues nada…

—Se detuvo delante de ella y contemplarla más de cerca. Ella se humedeció los labios y levantó el rostro para poderle devolver la mirada. Estaba atenta, expectante por lo que pudiera llegar a suceder esa noche. Caminaban ellos dos solos por las desiertas calles del centro de la ciudad bajo una luna redonda.

Marck se fue acercando con el objetivo de acortar al máximo la distancia que los separaba. No podía terminar de creer que lo estuviese haciendo. Que se hubiese prestado a ese juego que ella le había propuesto. ¿Era consciente de los riesgos? ¿Qué tal vez aquello que se esforzaban en esconder pudiera revelarse?

—Ummm. Me gusta cómo lo vas narrando, Sigue, ¿qué le diría él a ella?

Marck sonrió y su semblante se puso más serio cuando se fijó en la mirada de Josh. Llena de vida, de expectación, brillante sin igual.

—¿Alguna vez te has parado a pensar si lo que te empeñas en rechazar, es lo que más anhelas? ¿Cómo sabes si funcionará con esa persona que ves todos los días? ¿Y qué siente ella?

Marck se encogió de hombros y apretó los labios. Esperó a que ella no lo entendiera. Que en

el fondo no estaba refiriéndose a ambos a pesar de que ella lo había pedido. Sin embargo, en un gesto inesperado, llevó su mano hasta la mejilla de Josh para sentir la suavidad de su piel dejando que el pulgar trazara su forma.

Ella entreabrió los labios como si fuera a decir algo, pero lo que le sucedía era que sentía que le faltaba el aire. La cercanía de él le cortaba la respiración. Sentía como su piel se erizaba mientras lo contemplaba sin saber qué hacer. Era prisionera de una mezcla de nerviosismo y de expectación por lo que él fuera a decirle. Dejó que los dedos de él trazaran el contorno de su rostro de manera tímida, comprendiendo que su voluntad ya no le pertenecía, sino que dependía de él. Y cuando la rodeó por la cintura, ella se sobresaltó aumentando el hormigueo por todo su cuerpo. Sentía la necesidad de dejarse llevar por aquellos brazos. Se humedeció los labios de manera ingenua, pero al mismo tiempo, seductora, que hizo que él se quedara contemplándola consciente de que no debía seguir con aquella locura.

—No deberíamos estar haciendo esto —le susurró ascendiendo su mano por la espalda de ella, ajeno al calor sofocante que le producía en todo su cuerpo.

Josh no podía articular una sola palabra, y lo único que escapaba por entre sus labios era un ligero gemido. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no sentía la urgente necesidad de salir corriendo de allí? De poner sus manos sobre el pecho de Marck y detenerlo. Sin embargo, siguió dejándolo hacer porque lo deseaba. Porque era lo que había esperado durante las últimas semanas en las que le pareció que había surgido cierta complicidad y atracción entre ambos.

Inclinó la cabeza hacia delante hasta apoyar su frente contra el pecho de él y cerró los ojos como si necesitase recapacitar. ¿Por qué le había pedido algo así? ¿Y si en ese momento no se trataba de una escena de ficción, sino más bien, de algo real? ¿Algo que ambos necesitaban expresarle al otro? La mano de él se deslizó bajo su mentón instándola a que lo mirara. Lo vio sonreír.

—¿Por qué dices que no deberíamos estar haciendo eso? —le susurró sintiendo como el aliento de él acariciaba sus propios labios.

Empezó a reírse en un intento por restarle importancia, por relajar la tensión sexual entre ambos. Allí estaban, en mitad de la calle, flirteando como si fueran a terminar besándose sin que ninguno de los dos estuviese seguro de si era lo más conveniente para ambos.

Josh experimentaba el deseo de besarlo, pero la cordura le martilleaba las sienes. Deseaba que Marck se inclinara sobre ella y atrapara sus labios, pero a la vez, tenía sus reservas sobre si era lo más apropiado, como él acababa de confesarle. ¿Enrollarse esa noche? ¿Acabar bajo las sábanas? Cerró los ojos y gimió dando un paso atrás. Estaba confundida. Alterada. Su cuerpo la había traicionado respondiendo a los estímulos que él le había lanzado revelando sus emociones.

Marck le agradeció que ella diera un paso atrás en el último momento. Le había evitado una situación algo comprometida. Quedaba claro que ella se mantenía en su posición de no querer nada con él, se dijo con una sonrisa tímida ante la reacción de ella. No fue capaz de articular ni una sola palabra más al respecto. Echó un vistazo a su reloj y asintió.

—Deberíamos irnos a casa.

—Sí, es lo mejor —asintió ella sin mirarlo a la cara.

—La verdad, es que…

Ella permanecía contrariada por la escena vivida, y una duda le asaltó. No estaba dispuesta a irse a dormir sin saberlo. Lo contempló unos segundos mientras él caminaba a su lado con las manos en los bolsillos del abrigo, el ceño fruncido y la mirada fija en el suelo.

—Me ha dado la ligera impresión de que sentías lo que decías —Algo en su manera de comportarse le había llamado la atención. Sintió el escalofrío recorrer su espalda cuando él permaneció inmóvil mirándola en silencio.

—Yo… Me has pedido que te contara cómo describiría una escena romántica con nosotros dos de protagonistas… No sé a qué te refieres.

—A que parecía muy real, como si sintieras lo que hacías y decías.

Marck sacudió la cabeza de inmediato negándolo, pero por algún motivo ella pareció no creerlo.

—¿Te refieres a si me he creído el personaje?

—Claro, de eso se trataba —Se mordió el labio con gesto pensativo, sin terminar de creerlo.

—¿No irás a decirme que te has creído lo que decía? Estaba imaginando la escena, y te la estaba narrando. Nada más… Cuando escribo tengo que imaginarme la situación, el contexto… Como si yo mismo fuera el personaje. Tal vez por eso te ha parecido real.

—Sí, sí, por supuesto… —murmuró sintiendo que se quedaba sin aliento mientras el corazón le daba un vuelco por aquel descubrimiento. Sí. Lo había sentido de igual modo que él. Por mucho que ahora lo negara.

Marck abrió la puerta del portal para entrar. Habían llegado a casa. Le había sorprendido su reacción. No se la esperaba después de haberla acariciado y regalado sus cumplidos. ¡Por todos los diablos no estaba actuando! Había sentido como cada fibra de su piel respondía a las miradas de ella; como el pulso se le había descontrolado como un caballo salvaje. Cielos, había estado a punto de besarla, pero... pero... porque lo había deseado, y todavía lo deseaba. Pero ella se lo había dejado claro con su reacción. No había nada más que pensar o decir al respecto.

—¡Joder! —murmuró entre dientes pasando la mano por el pelo y sacudiendo la cabeza.

Josh se dirigió de inmediato a su habitación con la agitación latente en su pecho pro lo sucedido. Estaba acalorada, sofocada, nerviosa… Se le ocurrían cientos de palabras para definir su estado en ese momento.

—No, no, no. No puede ser cierto —Se decía quitándose el abrigo para dejarlo sobre la cama sin importarle si se arrugaba. Se recogió el pelo y se cubrió las mejillas con las manos debido al calor que sentía en su rostro. Se contempló en el espejo y pensó que iban a explotarle—. Pero ¿es que me he vuelto loca? ¡No me lo puedo montar con Marck! Con él no —Insistía agitada por los nervios.

—Pero tú querías saber como escenificaría una escena de romántica en su novela —le respondió su imagen reflejada en el espejo.

—No, no, no, no... Yo le pedí que...

—Que tú y él fueseis los personajes, pese a que él te advirtió que no eran tan sencillo sin un contexto. Debes admitir que te ha gustado. Llegó un momento en el que esperabas que él te

besara, y no hiciste nada por evitarlo, salvo al final cuando pareció que se te encendió una lucecita en la cabeza, que te recordó lo que estabas a punto de hacer.

—No, no puede ser. No puedo... ¡Nuestra amistad se iría a la mierda! Y yo... tendría que irme y buscar otro sitio para vivir... y no me gusta ningún otro... Y… y... Pero ¿por qué me comporto de esta manera? Si no ha pasado nada —se decía con una risita nerviosa. Permaneció quieta y pensativa un segundo o tal vez dos, y volvió a sonreír—. Un momento, estaba escenificando una escena de sus novelas. Como se comportaría el protagonista con la chica. Nada más. Así de simple. No me estaba diciendo lo que siente por mí porque no siente nada. Porque desde el primer día dejó claro que no haría nada. No después de su experiencia en París con Denise. Pero, lo cierto es que su manera de mirarme, de acercarse, de deslizar su mano por mi espalda, sentir su aliento en mis labios…—Cerró los ojos e inspiró un par de veces hasta que pareció calmarse. Se quedó contemplando la puerta de la habitación mientras se mordisqueaba la uña del pulgar, y se preguntaba qué estaría haciendo él.

* * *

Marck apenas si podía pensar en otra cosa que no fuera el rostro de Josh tan cerca del suyo propio. Cada vez que cerraba los ojos, el momento que habían compartido juntos en la calle inundaba su mente como un río desbordado, que no sabía cómo frenar. En alguna ocasión se había incorporado de la cama buscando la tranquilidad que le faltaba cuando se recostaba y cerraba los ojos.

—¿Por qué le hice caso? ¿Por qué le seguí el juego sabiendo lo que ella me produce? Y sabiendo que ella no busca una pareja ni nada parecido. Joder, me lo ha dejado claro cada vez que sale el tema. No sé en qué narices estaba pensando. Habría bastado con poner una disculpa. Así de sencillo, pero en vez de eso… —Bufó como lo haría un gato enfadado.

Se levantó de la cama y se sentó a la mesa sobre la que descansaba el portátil. Tal vez si le dedicaba un tiempo a escribir le entrara sueño, y se olvidara de Josh. Parecía que le costaba arrancar, pero a los cinco minutos algo se encendió en su interior. Tecleó como si en verdad estuviera poseído por un espíritu desconocido. De repente se vio trasladado a la Escocia del siglo XVII y a sus turbulentos episodios de la Revolución Gloriosa. Cuando paró y entrecerró los ojos mirando el texto escrito con una expresión pensativa. Tal vez después de todo, lo vivido con ella fuera el empujón que necesitaba para retomar su novela. Se sentía atrapado, encantado con la narración de los hechos. Y cuando las primeras luces del día comenzaban a filtrarse por la ventana decidió que era el momento de dejarlo. Una sensación de quietud y del deber cumplido lo invadió por completo. Estaba satisfecho. Salió de la habitación y en seguida se dio cuenta que Josh no estaba en la suya. La puerta estaba abierta de par en par, la cama hecha y todo recogido. No quiso asomarse demasiado no fuera a suceder lo de la mañana del baño. No era lo que necesitaba para empezar el día. Tal vez se habría marchado a dar una vuelta ya que esa misma mañana empezaban sus vacaciones en la universidad. O bien se había ido a la biblioteca para seguir con su tesis. Fuera lo que fuese quedaba claro que había madrugado esa mañana. ¿Tal vez para no encontrarse con él? se preguntó de pronto.

<<Es absurdo que lo piense porque nos vamos a ver a lo largo del día. Y, además, anoche no sucedió nada por lo que haya que preocuparse>>

Contempló el reflejo de su rostro en el espejo del baño durante escasos segundos, mientras el agua salía a la temperatura adecuada. Dejó que esta cayera por su cabeza llevándose sus absurdos

pensamientos de la noche anterior. Sin embargo, no pudo evitar darle vueltas en su cabeza al hecho de que ella hubiera dado un paso atrás, tal vez consciente de lo que podía suceder entre ellos. Se lo agradecía de veras porque no quería repetir lo de Denise. No desayunó en casa, sino que decidió hacerlo fuera de esta. No le apetecía quedarse y seguir con el mismo runrún en su cabeza. Había aprovechado la noche con la novela y podía tomarse libre la mañana. Se puso a rebuscar algo en la estantería de su habitación hasta que dio con ello. Era una carpeta repleta de artículos, que esperaba que le sirvieran de ayuda a Josh. Buscó un papel en el que garabateó algunas palabras para ella. ¿De verdad le atraía? Durante un trimestre entero no había sentido nada al respecto, o más bien no se había parado a pensar si lo sentía. Se debía al hecho de que desde lo de Denise, él se había protegido contra las relaciones. Su férrea determinación a no formalizar ningún tipo de relación con ninguna mujer. Sin embargo, algo parecía estar fallando. Sacudió la cabeza y con la carpeta de la mano se dirigió a la habitación de ella. Se lo dejó encima de la mesa y salió de esta como si se ahogara. Salió a la calle donde la mañana era más bien fría. Levantó la mirada hacia el cielo encapotado como si fuera a ponerse a nevar de un momento a otro. Cogió su teléfono móvil y marcó el número. Esperó de manera impaciente a que la persona al otro lado respondiera. Y cuando escuchó su voz se sintió aliviado.

—¿Tomas un café conmigo? Vale. Dentro de veinte minutos. Allí estaré.

CAPÍTULO ONCE

Josh se levantó con un intenso dolor de cabeza. Tenía la sensación de que tenía dentro algún duende golpeando con un bombo. Frunció el ceño, molesta con ello, ya que le restaría energía a la hora de enfrentarse a su tesis doctoral, que no a sus clases porque estaba de vacaciones. La verdad, no había podido pegar ojo debido a lo sucedido la pasada noche al regresar del pub. En parte ella se lo había buscado al proponerle a Marck, que le explicara como escribiría una escena romántica. Lo animó cuando vio que él parecía algo remiso. Pensó que él se echaría atrás, pero nada más lejos. Su mente proyectó la escena en la que ella había tenido que dar un paso atrás para dejarle claro que no podía dejar que la besara. Lo más complicado había sido enfrentarse a su propio deseo por hacerlo. No podía tener una aventura con *él*. No sería justo para ninguno de los dos. Marck ya lo había vivido con Denise, no necesitaba repetirlo con ella. Permaneció pensativa con la mirada fija en un punto de la habitación, hasta que reaccionó apartando las sábanas y salir de la cama. Tendría que hablar con él. Aclarar lo sucedido. No podía dejar las cosas de esa manera. Sí, hablaría con él y… y... ¿qué diablos le iba a decir? Lo que tenía que hacer era marcharse a la biblioteca de la facultad. Además, tampoco había sido para tanto. No se habían besado, así que no había más vueltas que darle.

Respiró más tranquila cuando vio la puerta de la habitación de él cerrada a cal y canto. ¿Seguiría durmiendo o se habría marchado? Se preguntó mordisqueándose el labio. No iba a abrirla, ni a llamar solo para ver si él dormía. Se arregló para irse, pero antes echó un vistazo a la cocina, y al salón por si lo veía. Y cuando se aseguró que él no estaba, una parte de ella pareció sentirse algo decepcionada. Tal vez esperaba encontrárselo allí, contemplándola con una amplia sonrisa. Decidió que no iba a andar perdiendo más el tiempo intentando saber si Marck estaba en el ático o se había marchado, con todo el trabajo que tenía por delante. Y si tanto le importaba saberlo, solo tenía que llamar a la puerta de la habitación.

* * *

Marck entró en el local paseando su mirada por este para localizar a la persona con la cual acababa de quedar. Esta alzó la mano para indicarle el lugar en el que se había sentado. En una mesa algo apartada del resto de la gente.

—No hacía falta que te apartaras tanto.

—Bueno, cuando llamas para hablar es porque se trata de algo interesante e importante y es mejor alejarse un poco de la entrada. De ese modo podemos hablar con tranquilidad —le dijo ella con una sonrisa maliciosa antes de llevarse la taza a los labios para beber—. ¿De qué se trata esta vez? ¿No irás a decirme que no te has puesto con la novela? Porque si me vienes con esas… Te lo advierto…

Marck resopló tomándose unos instantes para ordenar sus ideas. No estaba seguro del todo de si él mismo no estaría viviendo la suya propia con Josh como le había sugerido Angus. Pidió un café y acto seguido se volvió a concentrar en el asunto. Volvió la atención a Lucille, quien sonreía de manera maliciosa esperando que él se explicara.

—Estoy jodido —Soltó de repente provocando que Lucille alzara sus cejas sorprendida por

aquel comentario.

—No me lo puedo creer —se limitó a decir.

—Pues es así.

—Repito que si tiene que ver con el ultimátum que te di para que reaccionaras…

—No tiene nada que ver con tu reacción, que entiendo que la tuvieras porque yo mismo me he estado preguntando cómo se me ocurrió enviarte ese manuscrito —Vio que el gesto de su amiga variaba hacia la comprensión. Dulcificaba la expresión de su rostro y asentía.

—Dime, ¿qué te sucedió en París para que dejaras tu plaza en la Sorbona? —le preguntó con mucho tiento. Contemplando cada uno de sus gestos—. Tuvo que ser algo que no tenía solución posible. De lo contrario seguirías allí. Y creo que lo que te sucedió, afectó a tu manera de escribir tu último manuscrito. De lo contrario, no encuentro ninguna explicación a lo que me entregaste. Te estoy hablando como tu amiga, no como tu editora, Marck.

La observó entornar la mirada hacia él y asentir.

—Veo que lo has deducido.

—No hay que tener una cátedra como algunos.

Marck inspiró hondo y sonrió tímido. Lucille lo contemplaba con las cejas elevadas en señal de expectación.

—¿Vas a contarme qué sucedió? —El tono afable de Lucille y si mirada de comprensión animaron a Marck a hacerlo, pese a que no había quedado con ella para hablar de Denise, sino de Josh.

—Tuve una aventura con mi compañera de piso —comenzó a relatarle mientras entrelazaba las manos sobre la mesa y se quedaba con la vista fija en ellas—. Todo iba bien hasta que le presenté a un colega del departamento con el que pareció congeniar desde el primer instante. El resto puedes deducirlo tú —Levantó la atención hacia el rostro de ella e hizo un gesto que dejó la situación clara.

Lucille inspiró y se recostó contra el respaldo de la silla, cruzó los brazos y resopló.

—Vaya putada.

—Lo fue en su momento porque tenía planes para quedarme en París.

—Ya, ahora entiendo que renunciaras a tu puesto allí y decidieras regresar.

—Sí. Eso es todo lo que sucedió y por lo que decidí volverme a Stirling. Y en cuanto a la escritura… No me sentía con fuerzas para escribir. Lo siento.

—¿Y por qué no me lo contaste? Somos amigos desde la tira de años. Yo misma te animé a que me diera un manuscrito cuando hablamos la primera vez que volvimos a vernos después de años sin hacerlo. Podrías habérmelo dicho y no te hubiera presionado para entregarme una nueva historia.

—Lo sé, y te pido disculpas.

—¿Cómo estás en este momento?

Él desvió la mirada hacia el cristal de la ventana que daba a la calle.

—Si te dijera que temo volver a vivir lo mismo, ¿qué pensarías? —le comentó observando el gesto de incomprensión de Lucille.

—¿De qué me estás hablando? ¿Convives con una chica?

—Josh. Se mudó desde la capital por una plaza en la facultad, aquí. Además, una vieja amiga mía le dirige la tesis.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó con toda la intención del mundo, mientras sus ojos brillaban y una sonrisa de malicia se dibuja en sus labios—. No irás a decirme que te has liado con ella…

—No. Pero… Al regresar del pub donde habíamos estado con la gente de la facultad, hubo un momento en el que casi nos besamos…—le confesó algo turbado por aquellas palabras.

—¿Qué has querido decir con que anoche *casi* os besasteis? ¿Qué pasó para que no llegara a suceder? —le preguntó Lucille inclinándose sobre la mesa y sin apartar su mirada de Marck.

—En el último momento creo que ambos nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo. Ella dio un paso atrás dejando clara su postura, y yo me contuve al darme cuenta de ello.

Lucille permaneció pensativa con los ojos entrecerrados y la mirada fija en él, como si lo estuviera escrutando.

—Creo que hay más de lo que tú me cuentas, y de lo que puedes llegar a imaginar. Dime, ¿qué sientes por tu compañera?

—No lo sé. No sé si es algo pasajero, o si...

—O si puede convertirse en algo serio. Venga, tú escribes historias de amor que vuelven locas a las mujeres. ¿Por qué te puede molestar o descolocar sentir algo por Josh? Además, creo recordar que ninguna de tus heroínas se lo pone fácil a tus protagonistas —le recordó con una amplia sonrisa mientras cogía la taza y bebía un sorbo de café.

—Pero esto no es la ficción. Es la realidad y te recuerdo que ya pasé por una situación semejante —matizó él señalando la mesa con su dedo índice para dar mayor argumento a su explicación.

—No te lo discuto, pero no tiene por qué salir mal esta vez. No se la presente a ninguno de tus colegas —le sugirió con una amplia sonrisa de triunfo—. ¡A ti te gusta Josh! Tal vez solo tengas que emplear tus artes literarias de seducción con ella. Así de simple. Salir de detrás de ese muro tras el que te escondes por miedo a que te hagan daño otra vez —le soltó frunciendo el ceño y señalándolo con la mano como si le echara la culpa.

—Así de simple —repitió él sin comprender muy bien por qué demonios se lo había contado a Lucille—. Ella lo dejó claro que su reacción la otra noche.

—Aun así, debes busca en tu interior aquello que te atrae de ella. Indagar su es algo pasajero, o por el contrario es algo más serio e intenso.

Él se dejó caer hacia atrás en su silla sin apartar la mirada de Lucille, y sus pensamientos de Josh.

—¿Y si descubro que me gusta de verdad? ¿Que puedo llegar a enamorarme de ella?

—Genial. El final perfecto.

—Te recuerdo que ella dejó clara su opción la otra noche cuando dio un paso atrás al ver que yo podía besarla.

—¿Y qué se supone que vas a hacer? ¿Echarla a la calle solo porque te gusta y ella parece no corresponderte? ¿Y si la pillaste de bajón? ¿O en un momento inesperado, que no era el que ella quería? Puede que sí le atraigas, pero tal vez ese beso quiera que se lo des en otra situación.

—Me acaba de dar la impresión de que eres tú la autora de ficción romántica.

—Eso te lo dejo a ti. Y ahora sé sincero conmigo, ¿por qué narices la aceptaste como tu inquilina? Esa es la pregunta que deberías hacerte —Lo apuntó con un dedo como si lo acusara.

—¿Crees que no me la he hecho? Hasta Angus me lo ha preguntado.

—El bueno de nuestro querido Angus —Lucille rodó los ojos y sonrió con toda intención—. Bien, ¿y qué respuesta le diste? Si ya viviste una situación parecida en Paris… ¿Qué te empujó a aceptarla como tu compañera? Podrías haber especificado en tu anuncio que se abstuvieran las mujeres, ¿no? —Lucille arqueó su ceja con suspicacia y malicia.

—Cierto. Pero en ese momento solo pensaba en los gastos del ático.

—Perfecto. Pues sigue pensando en estos y cuando termine el contrato de alquiler, no se lo renueves —Lucille elevó sus manos en alto y sacudió la cabeza con determinación—. Problema resuelto.

Marck permaneció en silencio pensando en esa posibilidad, que no quería considerar por el momento. Él confiaba en que todo aquella se le pasara al ver que ella lo había poco menos que rechazado.

—Y ahora dime, ¿qué tal va la novela? —Lucille prefirió cambiar de tema para no mortificar más todavía a su amigo.

—Muy bien.

—¿Puedo fiarme de tu palabra? —Lucille se mostró mordaz una vez más.

—Pues claro. Estoy con una trama histórica. La Revolución Gloriosa en Inglaterra —La observó asentir con los labios fruncidos.

—Me gusta la idea.

—A Josh le está gustando lo que llevo escrito.

—¿Cómo…? ¿A qué te refieres?

—Llegamos a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo? —El tono de Lucille bailaba entre la incredulidad y la picardía.

—Yo le ayudo con su tesis y ella me hace de lectora cero. Me da su opinión.

—Creo que te tomas demasiadas confianzas con ella.

—¿Hago mal?

—Al contrario. Me gusta tu idea. No vas a tenerlo nada sencillo con ella, si sigues por ese camino.

—Ya….

—Puede resultarte sencillo si te aferras a lo que te sucedió en París. Me explico, olvidarte de su compañera de ático porque puede jugártela como la francesa. Claro que en este caso lo tienes más sencillo porque al parecer ella no está por labor de iniciar nada contigo. Y ahora, creo que yo debería regresar a la editorial, e imagino que tú tendrás algo que hacer.

—Me tomaré la mañana libre y escribiré a la tarde.

—Tú sabrás. No voy a presionarte esta vez. Pero procura que no te suceda lo mismo que la otra vez. No permitas que lo empiezas a sentir por Josh te afecte demasiado. Actúa como lo haría uno de tus personajes —le guiñó un ojo y se levantó de la silla—. La próxima vez te invito. De ese modo volvemos a quedar y me pones al día de tus progresos literarios.

Marck sonrió de manera cínica ante aquella propuesta.

* * *

Josh regresó a casa después de pasar un par de horas en la biblioteca en busca de material. Le costó empezar, pero al final esas horas no habían sido perdidas del todo. Había estado charlando con algunas profesoras que aprovechaban las vacaciones para trabajar en sus ensayos. El frío y el día gris parecía haberle afectado un poco. Y, el ambiente navideño que salpicaba todas las calles de la ciudad le hizo pensar en que Marck y ella no se habían puesto a decorar el ático, como habían acordado. Al llegar a este vio que él no había regresado. Experimentó una sensación extraña en su interior. ¿Lo echaba de menos? Se detuvo en medio del salón con la mirada fija en el suelo intentando averiguar por qué le afectaba que él no estuviera allí. Resopló y se apartó el pelo del rostro mientras se dirigía a su habitación. Se fijó en un portafolios y una nota manuscrita. Sus labios se fueron curvando en una sonrisa cuando echó un vistazo al contenido de las fotocopias. Textos que no tenía. ¡Que ella no había sido capaz de encontrar por ningún sitio! Pero ¿cómo los había conseguido? ¿Eran suyos? Una sensación de aprecio la invadió, y agitó su pecho. Al parecer no se había olvidado de seguirle echando una mano pese a la reacción que tuvo ella. Aquel gesto de él la tranquilizó dándole a entender que él no le concedía importancia lo sucedido. Los leería cuánto antes, y le daría las gracias. Decidió que se pondría cómoda para leerlos en el salón ya que él no estaba.

Marck llevaba fuera de casa todo el día. Le daba la ligera impresión de que estaba retrasando su vuelta al ático sin motivo aparente. ¿O tal vez se debía a coincidir con Josh? Más tarde o más temprano tendría que hacerlo. Y como le había aconsejado Lucille, si se aferraba a los que le sucedió en París, no tendría problema en tratar con Josh. Pero ¿qué podía hacer con las sensaciones que ella le despertaba? ¿Iba a renunciar a sentarse con ella por las noches a ver una comedia romántica mientras compartían la manta y un bol de palomitas? ¿A dejar de prepararle el desayuno para que llegar a tiempo a sus clases? No. No dejaría de hacer aquello que le salía de dentro. Seguiría escribiendo historias de amor, para que otras personas se evadieran de sus quehaceres cotidianos. Él abría una pequeña ventana por la que poder asomarse y descubrir que aún podía existir un final feliz. Sin embargo, no había sido capaz de tener ese final que todas las novelas tenían. Tal vez Lucille tuviera razón y él se estaba protegiendo detrás de una coraza por lo sucedido en París. Enfiló el camino a casa donde presentía que ya estaría Josh a esas horas, ya que no había clases por ser vacaciones de Navidad.

Al llegar y pasar por el salón descubrió que ella no estaba sentada en el sofá del salón. La puerta de su habitación estaba abierta hasta atrás, y la del cuarto de baño entornada, pero con la luz apagada. Tampoco estaba en la cocina, lo que lo llevó a pensar que todavía no había llegado de dónde estuviera. Se fijó en sus apuntes y en su portátil sobre la mesa del salón. No se los había llevado luego no estaría en la biblioteca, y más a esas horas de la tarde. Notó una ligera corriente de frío y que se debía a que la puerta de la terraza estaba entornada. ¿Se la había dejado abierta él ante de irse o ella? Caminó hacia esta para cerrarla y se quedó inmóvil en el umbral contemplando el cuerpo femenino apoyado contra la balaustrada. Necesitó tiempo para recomponer sus pensamientos, tragar el nudo que se le había formado en su garganta y tranquilizarse. Allí estaba ella contemplando los tejados de Stirling en un día gris plomizo. Titubeó unos instantes antes de dirigirse hacia ella o dejarla a solas. Pero, no hizo falta que se respondiera pues ella se volvió en ese mismo instante; como si hubiera notado su presencia. Se quedó contemplándolo con sorpresa y un ligero sobresalto.

—No te he escuchado llegar. Tendrás que anunciarte cuando salgas al balcón o de lo contrario conseguirás que me dé algo —Se llevó la mano al pecho y esgrimió una sonrisa dulce a ojos de

él.

—Disculpa, pero te vi concentrada en tus pensamientos y no quise interrumpirte.

Ninguno de los dos sabía qué hacer. Si caminar hacia el otro o seguir charlando desde la distancia.

Josh experimentó un escalofrío que achacó a la temperatura que hacía allí fuera. Se frotó las manos y los brazos al tiempo que resoplaba, y emprendió el camino hacia el interior del ático.

—Creo que sería mejor entrar dentro.

—¿Qué hacías fuera con el día que está?

—Descansando.

—¿Has estado trabajando en la tesis?

—Regresé de la biblioteca y me puse a leer los artículos que me dejaste en la habitación. Muchas gracias. La verdad es que, algunos de estos, no sabía cómo ni dónde encontrarlos.

—Podías habérmelo preguntado.

Su rostro le transmitía tantas cosas: dulzura, ternura, pasión. Se estaban dejando llevar por su parte poética, se dijo apartándose para dejarla volver al salón.

Josh sentía su corazón acelerarse. La presencia tan cercana de Marck lograba desestabilizar la tranquilidad de la que había disfrutado cuando él no estaba, pese a echarlo en falta al llegar al ático.

—No estabas cuando me levanté, por ese motivo te dejé el portafolios en la habitación.

—Me marché temprano a la biblioteca.

—¿Eres de las personas que cuando tienen vacaciones echan de menos su lugar de trabajo? Podrías haberte quedado trabajando aquí…

—Necesitaba revisar algunos libros de consulta —mintió para no decirle que temía lo que pudiera suceder entre ellos esa mañana.

Él se detuvo a escasos centímetros de ella con la mirada en el suelo, como si evitara enfrentarse a ella. Arqueó las cejas en señal de sorpresa. Luego levantó la mirada hacia ella para quedarse prendado en la suya, que ahora titilaba emitiendo destellos luminosos. Un mechón de cabello resbaló de forma tímida por su mejilla, como si quisiera que fuera él quien lo devolviera a su sitio.

—Estaba pensando que tenemos una decoración navideña pendiente.

El rostro de Josh se iluminó con una amplia sonrisa.

—Cierto, pero… —Verlo sacudir la cabeza hizo que se callara.

—Nada de peros. Tú estás de vacaciones. Y yo he estado charlando con Lucille de la novela —vio el gesto de expectación que sus palabras le habían provocado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Solo hemos estado charlando de cómo marcha. Le he contado el argumento a grandes rasgos. Y bueno, también hemos aclarado el malentendido del anterior manuscrito.

—¿Le has contado…? —Lo vio sacudir la cabeza.

—No ha hecho falta porque lo intuía. Que algo personal había tenido que ver con la mala creación de mi novela. Lucille no es una bruja, pero casi. Sabe lo de Denise. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, y a pesar de nuestras discrepancias, nos llevamos bien. Pero, casi mejor dejamos todo ese tema y nos ponemos a decorar.

—¿Dónde tienes el árbol y los adornos? —Lo miró intrigada por saberlo. De repente todo parecía fluir a la perfección entre ellos, como si nada de lo sucedido la pasada noche tuviera importancia.

—En el armario que hay fuera —señaló la terraza.

—No me había fijado. ¿Hay un armario?

—Porque está oculto en un lateral. Vamos, anda.

Lo contempló con una sonrisa, la misma que ponía cuando era niña y en su casa llegaba ese momento de poner el árbol.

Minutos después terminaban de extender sus ramas y lo colocaban en el salón a un lado del mueble de la televisión. Marck regresó de la terraza con varias cajas.

—Adornos.

—Vale —asintió Josh contemplándolas intrigadas y expectante por lo que pudieran contener.

—¿Es mi impresión o te gusta la Navidad?

—No te equivocas. Desde pequeña deseaba que llegaran las vacaciones escolares para poder estar en casa, montar el árbol y la decoración.

—En ese caso… —Le señaló este y luego las cajas—. Tú misma.

Pasaron la tarde decorándolo hasta que los dos parecieron darse por satisfechos observándolo desde distintos ángulos. Luego, le llegó el turno a la decoración.

—Puedes poner las figuras, las campanas y todo esto por donde tú veas —le aseguró Marck observándola disfrutar del momento. Se había olvidado de lo hablado con Lucille, de lo que sentía por ella y sobre si debía explicarle porqué quiso besarla. Pero no estaba seguro de que ella quisiera hacerlo. Le quedó claro con su acción.

—Pero, es tu casa…

—Sí, yo también participaré, pero… Un momento, me llaman —Esgrimió un dedo ante ella cuando escuchó sonar el móvil.

Josh siguió desembalando cajas para ver su contenido e ir decidiendo dónde colocaría los diversos adornos. Campanas, renos, duendes, muñecos de nieve y demás figuras representativas de aquellas fechas.

Marck se quedó sin reaccionar cuando leyó el nombre de Denise en la pantalla del teléfono. No sabía si debía responder o dejarlo estar. ¿Llamaba para decirle que estaba en Stirling? ¿Qué se lo había pensado y que no iría al final? La tarde estaba siendo idónea con Josh y él decorando la casa. Inspiró hondo deslizando el dedo por la pantalla decidido enfrentarse a su pasado. Debía cerrar ese capítulo de su vida.

CAPÍTULO DOCE

Minutos más tarde él la observaba con atención. Allí estaba Denise, esperándolo a la puerta del hotel en el que se alojaba, el Golden Lion, en el centro de Stirling. Había cambiado con el paso del tiempo. Se dirigió a ella con determinación porque lo que más deseaba era terminar con aquello y regresar al ático. Cuando aceptó su llamada, pensó que le diría que no iba a ir a visitarlo. Pero nada más lejos de la realidad. No entendía a qué había ido a Stirling después del tiempo que hacía que no se veían. Se detuvo delante de ella y asintió apretando los labios. No era capaz de sonreírle. No podía olvidar que la quiso, y que al final ella se quedó con su colega de la facultad con el que tenía pensado casarse.

—¿Cómo estás, Marck?

—Denise.

Ella notó la frialdad por parte de él desde el primer instante. Era algo que ella había esperado después de lo que sucedió entre ellos.

—¿Te apetece dar un paseo por la ciudad o prefieres que nos quedemos tomando algo? La cafetería del hotel merece la pena —La señaló con la mano al tiempo que giraba el rostro hacia esta.

—Es buena idea que nos quedemos.

El lugar era elegante y distinguido. Con suelos de madera laminada en tonos grises, y varias alfombras. Sillas forradas de tartán, amplias y muy cómodas. Una chimenea labrada en la pared y sobre esta un cuadro que representaba a varios hombres de una época pasada charlando. Llamaba la atención que el que estaba de pie dirigiéndose a los demás, era Robert Burns, el poeta. A ambos lados del cuadro había estanterías repletas de libros que representaban las más diversas obras de la literatura escocesa.

Marck esperó a que Denise se sentara, para hacerlo después él, justo frente a ella. Al momento un joven camarero se acercó a tomarles nota. Cuando se marchó ambos se quedaron contemplándose de manera fija a los ojos, y en silencio. Hasta que Marck dio el primer paso.

—¿Qué te trae por Stirling?

Ella sonrió de manera tímida.

—Verte. Desde que te marchaste de París no hemos vuelto a hablar.

—No tengo nada que añadir a lo sucedido allí, Denise.

El camarero regresó para servirles. Marck asintió cogiendo su pinta y dando un trago largo. Lo necesitaba. Observó su gestó irónico.

—Siento haberte tratado de aquella manera.

—No lo sientas. Elegiste en el último momento, y debo agradecerte que me abrieras los ojos. De verdad.

—No lo busqué. Nunca pretendía sentir algo por Philippe.

—No tiene sentido que te justifiques en este momento. Tú decidiste lo que más te convenía, y yo hice lo mismo al regresar a Stirling.

—¿Estás en la facultad?

Marck frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Me he tomado un tiempo alejado de la enseñanza. No obstante, estoy considerando la posibilidad de regresar el próximo curso.

—Vaya, me sorprende que no estés dando clases.

—Ya ves. Las cosas cambian con el paso del tiempo. ¿Por qué has venido hasta Stirling? —Marck tenía la impresión de estar perdiendo el tiempo en aquel sitio con ella. No tenía nada que decirle, ni tampoco tenía la intención de preguntarle por Philippe ni por su compromiso. En realidad, preferiría estar en su ático terminando la decoración junto a Josh, a la que echaba en falta. ¿Qué estaría haciendo ella sola? Se preguntó esperando que Denise le respondiera.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Merli cuando entró en el salón y vio las cajas abiertas con innumerables adornos de Navidad.

—Todo esto lo tenía Marck guardado para decorar la casa.

—Vow, pedazo de árbol de Navidad. Supongo que lo habéis decorado vosotros —apuntó con un dedo a esta, pero sin apartar la mirada del rostro de ella.

Josh se limitó a asentir.

—Sí.

—Os lo debéis haber pasado muy bien. Bueno, ¿y dónde está él ahora? —Comenzó a quitarse el abrigo, la bufanda y el gorro que entregó a su amiga.

—Ahhhh, lo llamó su ex porque había venido desde París para visitarlo.

Merli entornó la mirada con una mezcla de sorpresa e incredulidad por ese gesto de la ex. Pero le llamó más la atención la reacción de su amiga.

—¿Y qué pasa? Por la cara que pones no parece que te haya hecho mucha gracia.

Josh abrió la boca para responderle de inmediato, pero pareció pensarlo y sacudió la mano delante de su amiga como si no le diera importancia.

—Olvídalo. ¿Quieres un té?

—Sí, vale, Pero, oye… ¿Qué hay que olvidar? —Se levantó del sillón y la siguió hasta la cocina.

Josh se dio la vuelta al ver que su amiga la seguía.

—No es nada. Solo una tontería.

—¿Estás segura? Para ser una tontería como tú dices, te veo algo… No sé si cabreada o decepcionada con algo o alguien —matizó mirándola con las cejas elevadas.

Josh resopló cuando vio la expresión de su amiga, observándola con las cejas elevadas a la

espera de una aclaración. Apoyó una mano sobre la encimera y relajó los hombros en señal de rendirse ante el empuje de Merli. Además, creía que hablar con su amiga podría venirle bien, después de todo.

—Soy una estúpida.

—¿Celos porque ha quedado con su ex?

—¡Noooo! —exclamó con determinación en un primer instante, sacudiendo los brazos en el aire para dejar clara su postura.

—Vale, me ha quedado claro. ¿Entonces? Marck te gusta, ¿verdad? —La respuesta fue un sonido gutural que no pareció aclarar nada—. Estás muy juguetona esta tarde. ¿Te gusta o no? Acláramelo.

—La noche que estuvimos en el pub con los profesores, celebrando las vacaciones de Navidad, y eso… —le iba contando mientras preparaba el té—. Nos vinimos a casa y quise ponerlo a prueba.

—¿En qué sentido? —Merli arqueó una ceja con suspicacia.

—Le pedí que se imaginara que tenía que describir una escena de una de sus novelas. Por ejemplo, ¿cómo terminarían la noche dos protagonistas? Se mostró al reacio porque necesitaba un contexto y tal… Así que le pedí que si fuéramos él y yo —Observó a su amiga entrecerrar los ojos y elevar el rostro como si se temiera algo—. Pensé que no lo llevaría a cabo, pero…

—¿Pero? Me tienes en ascuas…

—En un momento dado noté que se inclinaba para besarme.

—Claro, si tú le pediste que te describiera cómo acabarían la noche sus dos protagonistas… —ironizó su amiga con una sonrisa cínica, moviendo las cejas con celeridad—. ¿Qué esperabas? ¿Hablar de fútbol o de rugby?

—Cierto.

—¿Os liasteis? —Josh sacudió la cabeza de camino al salón—. ¿Por qué?

—Di un paso atrás cuando creí percibir sus intenciones. Pero, al mismo tiempo, creo que ambos nos hemos dado cuenta de que hay algo entre nosotros.

—Ya te lo advertí cuando me contaste que compartías el piso con un tío. Y no me hiciste caso. Pues mira tú por dónde…

—Vale, tenías razón. Puede surgir la química.

—Te has enamorado de él —afirmó Merli con rotundidad dejando a Josh con la palabra en la boca—. Por eso no te ha hecho gracia que su ex haya venido a verlo desde París, y ahora estén juntos pasando la tarde.

—Pues claro que no me parece mal… ¿Por qué debería? No me… —El gesto de su amiga observándola de manera fija con los ojos abiertos al máximo y una sonrisa cínica la obligaron a callarse.

—Sabes que tengo razón. Y si no ha sucedido nada entre vosotros, ha sido porque en el fondo a los dos os pilló por sorpresa. Pero ahora que ya sabéis lo que hay…

—¿Qué insinúas?

—A ver, si él quiso besarte y notó que te apartabas, no volverá a intentarlo. Eso le ha quedado claro. De manera que, si él te interesa, tendrás que ser tú la que dé el primer paso.

Josh gimió ahogando las carcajadas que las palabras de su amiga le acababan de producir. La cuestión era que no tenía claro si volvería a repetirse una situación parecida.

—¿Qué dé yo el primer paso? —Merli asintió convencida—. Pero… Si me eché atrás fue porque pensaba que él no intentaría nada después de lo que le sucedió en París con su ex.

—No me digas que has pensado más en él que en ti —Merli la contempló con un gesto de asombro por lo que acababa de confesarle.

—En cierto modo.

—¿Y no crees que sería mejor que fuese él quien lo decidiera? Si ha querido besarte debe ser porque lo tiene muy claro al respecto de lo que siente por ti, Josh. No tienes que tomar tus decisiones pensando en él, sino en ti. Si él te atrae, pues házselo saber, y no pienses que es malo para él o que no funcionará.

Josh gimió al escuchar el resumen de su amiga, y que parecía tener bastante razón. ¿Por qué había actuado pensando en lo que era mejor para él? ¿Por qué había pensado que era una completa locura que se besaran y que pudiera terminar acostándose? Era algo que debería decidir él. Y parecía que ya lo había hecho a juzgar por su intento de besarla la otra noche.

Marck permanecía pensativo camino de casa. Se había despedido hacía un rato de Denise dejándole claro que no tenía nada más que decirle. Ella eligió en su día, y ahora lo hacía él. Pensó que sentiría algo al volverla a ver. Que todavía quedaba algo de lo que en su día sintió por ella. Que podría haber algo que… Que se sentiría cabreado porque iba a casarse con Philippe. Pero no fue así. Algo en su interior lo hizo reaccionar. No deseaba estar con ella en el bar del hotel, pero tenía que hacerlo para cerrar la etapa de su vida que ella representaba. Y entonces comprendió lo que le venía sucediendo desde hacía días: se estaba enamorando de Josh. Se había acostumbrado a su presencia en la casa, al aroma a limón y menta de su gel de baño, a preparar café para los dos por la mañana porque se le pegaban las sábanas y muchos días tenía que salir corriendo a la facultad, a compartir el sofá viendo una comedia romántica en la televisión, a sus risas, sus miradas, a lo que representaba para él. Se detuvo en medio de la acera con las manos dentro de los bolsillos de su abrigo mientras su respiración y su aliento formaban nubes de vapor debido a la temperatura. Necesitaba regresar lo antes posible y seguir decorando el ático con ella.

Josh permanecía con las piernas doblabas contra su pecho. Tenía la mirada fija en un punto e intentaba no pensar en lo que Merli le había dicho: ¿era posible que se hubiese enamorado de Marck? No, no podía ser cierto porque no… Se mordió el labio y entrecerró los ojos sacudiendo la cabeza negando lo que parecía ser algo cierto. No estaba celosa porque él hubiera quedado con su ex francesa, como le había asegurado Merli. A lo mejor algo cabreada con el azar, el destino o lo que coño fuese porque precisamente tenía que irse esa tarde. Y si en verdad lo que le molestaba era que pudiera retomarlo con la tal Denise… Ella tuvo la oportunidad de dejar las cosas claras cuando él hizo intención de besarla. Y no solo no lo había hecho, sino que además estaba cabrada porque él se había ido se dijo gesticulando con sus cejas y frunciendo los labios con disgusto. No podía creer que se sintiera de esa forma. Escuchó el sonido de la llave en la cerradura y se sobresaltó extrañada. ¿Era Marck? Su duda quedó resuelta cuando él apareció en el salón con un gesto dulce en su rostro. Una calidez en su mirada y su sonrisa que la hicieron

sentir un escalofrío.

Ella lo observó con atención por ver qué decía sobre lo sucedido con su ex francesa. Lo vio desabotonarse el abrigo y desprenderse de la bufanda fijando su mirada en las dos tazas de té vacías que había sobre la mesita.

—Ha venido mi amiga Merli a verme.

—Genial.

Le dio la impresión de que él estaba algo cohibido, sin saber qué decir. Y ella tampoco quería parecer una entrometida como hizo en su día al preguntarle por asuntos personales. De manera que decidió esperar a ver si él decía algo al respecto.

—¿Te apetece seguir con la decoración?

Se quedó mirándola de manera fija y sonrió.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo. ¿Hay algo mejor que hacer que decorar la casa contigo? Dime.

Aquella cuestión la dejó algo cortada porque le pareció demasiado directa, y se vio balbuceando.

—Eh… bueno… yo…. No sé… Si es lo que quieres.

—Es lo que más me apetece. Dame cinco minutos mientras me cambio…

Josh no dijo nada en principio, pero cuando ya se iba le lanzó la pregunta que la estaba carcomiendo por dentro.

—¿Qué tal te ha ido con tu ex?

Él se volvió antes de abandonar el salón. Su mirada se posó en el rostro de ella y asintió.

—Perfecto. Ha sido perfecto —Con esas palabras se marchó a su habitación dejando a Josh con la incertidumbre por saber qué había querido decir. ¿Significaba que ella se quedaba en Stirling y lo retomarían después de los años? ¿O qué él regresaría a París? Permaneció inmóvil, como perdida en un mar de confusiones y situaciones encontradas hasta que él volvió y se la encontró allí con cara de incertidumbre—. ¿Te sucede algo?

—Ahhhh, no. No. Te estaba esperando para saber por dónde quieres continuar —movió los brazos señalando aquí y allá sin saber muy bien qué era lo que estaba haciendo. La verdad era que no sabía qué había querido decir él con lo de que todo había salido perfecto con su ex.

—En ese caso…—Pasó rozándola para coger una caja y colocarla sobre la mesa. La vio volverse y dirigirse hacia él. Se quedó contemplándola en silencio mientras ella rebuscaba en el contenido de los adornos, ajena a su mirada. Pero cuando su mano se encontró con la de él, y levantó la mirada hacia su rostro, sintió un repentino vacío en el estómago, así como un leve cosquilleo que se fue acentuando cuando los dedos de él la atraparon.

—¿Piensas arrebatarme el adorno?

—Nada más lejos de la realidad. Es tuyo…

Ella se limitó a asentir apretando los labios. Bajó la mirada hacia el elfo que sostenía entre ambas manos.

—¿Dónde quieres que lo ponga?

—Donde tú quieras —La vio colocarlo encima del mueble de la televisión mientras él permanecía absorto contemplándola con una tímida sonrisa. Cuando ella se giró se quedó como si fuera una estatua. Solo movió las cejas como si le preguntara qué le sucedía. Al ver que él no respondía, ella se atrevió a preguntarle.

—Estás muy raro desde que has venido. ¿Estás bien?

Marck cruzó los brazos sobre su pecho y asintió.

—Sí. En el fondo ver a mi ex me ha servido para darme cuenta de que el pasado hay que dejarlo donde está, y no volver a este.

—Entiendo.

—Pensé que sentiría algo cuando la volviera a ver. Que todavía quedaba algo en mí…

—¿Y no ha sido así?

Marck se limitó a sacudir la cabeza.

—Estaba allí sentado frente a ella, y me di cuenta de que no era lo que quería. Que no era mi sitio. Quería estar aquí… Contigo —La observó con atención mientras abría los ojos al máximo. La había dejado algo tocada con sus palabras. Y estaba convencido de que era el momento idóneo para plantearle lo que le sucedía—. Pensaba en ti y en lo que estarías haciendo aquí. Me dije que era un estúpido por haberte dejado sola….

—No tienes por qué sentirte así. Si te llaman para quedar a tomar algo… —le interrumpió antes de que siguiera por ese camino y dijera algo que no ella no quería escuchar.

—Sí, pero esta vez era distinto. Además, ella ha venido a pedirme disculpas por lo sucedido en su día y anunciarme el compromiso con Philippe. Van a casarse

Josh parpadeó como si no creyera lo que estaba pasando. ¿Para eso había venido su ex desde París? Y ella pensando que… Marck la tenía sujeta y su mirada le transmitía calidez, confianza e ilusión por algo que parecía haber encontrado.

—Vaya... Supongo que te lo esperarías.

—Ya me lo dijo, cuando me anunció que vendría a Stirling unos días. —Bajó la mirada al suelo y se fijó en los calcetines blancos con la cara de un reno dibujada y sonrió divertido. No vendría mal relajar un poco la situación en relación con su ex.

Josh movió los dedos de estos y sonrió al mismo tiempo.

—¿Por qué te ríes?

—Vas a acorde a estas fechas.

—Me gusta vivir a tope la Navidad. Soy así. No puedo cambiar… —Rodó los ojos con una expresión traviesa. Y cuando volvió a fijarse él se dio cuenta que la contemplaba más serio, pero también percibió el deseo en su mirada.

—No quiero que lo hagas. Me gustas tal y como eres. Aunque desafines en la ducha… o me encuentre tu ropa interior mezclada con mis camisas —le confesó con un guiño mientras se apartaba para evitar no tocarla. No sentir la tentación de volver a cometer la estupidez de querer

besarla conociendo de ante mano cual sería la reacción de ella.

Josh abrió la boca para decir algo, pero lo único que se escuchó fue su risa ahogada. Sus palabras de protesta quedaron atascadas. Su rostro enrojeció al escuchar lo de su ropa interior.

—No es culpa mía que se mezclen en la lavadora —le aclaró recuperando cierta naturalidad, cruzando los brazos y avanzando un pie para tratar de mostrar seguridad. Pero la sonrisa cínica o pícara de él la estaba matando—. A lo mejor tenemos que poner dos lavadoras. O meter mi ropa interior en una bolsita especial para esta.

Marck frunció los labios y asintió con un sonido gutural que parecía dar su aprobación a esa sugerencia.

—Dime, ¿qué nos sucedió la otra noche?

Ella tragó como si tuviera un nudo en la garganta. Se humedeció los labios e intentó controlar sus pulsaciones. No pensaba que fuera a plantear el tema de <<casi beso>>, pero ahí estaba. Inspiró hondo y cerró los ojos armándose de valor para enfrentarse a sus emociones.

—¿A qué te refieres?

Era absurdo preguntarlo porque sabía de sobra a qué se estaba refiriendo, pero necesitaba ganar tiempo para pensar en lo que le diría. No quería que la notara nerviosa, por ese motivo le hizo la pregunta.

Marck inspiró mirándola con atención. Luego asintió. ¿Estaba desviando la atención del asunto en cuestión porque no le dio ninguna importancia? Se preguntó sin apartar la vista de ella. Era posible que para ella no hubiera significado nada, no se hubiera dado cuenta que ambos hicieron la intención de besarse, pero que ella dio un paso atrás, lo que hizo que él no siguiera con ello. Tal vez sería mejor no insistir.

—Nada, déjalo. No sé por qué me ha dado por preguntarlo. ¿Seguimos con la decoración?

—No debí pedirte que me describieras cómo harías una escena romántica en tu novela —le dijo al ver que él se desentendía del tema. Una parte de ella necesitaba saber a qué atenerse.

Marck volvió su atención a ella, desconcertado porque ella no lo pasara por alto, después de todo. Se limitó a asentir y a acortar la distancia entre ambos de manera imperceptible. Ella entrecerró los ojos y le devolvió la mirada como si tratara de adivinar, qué era lo que él pretendía.

—Ya, bueno. Eso es lo de menos, ¿no crees? —Elevó una ceja con suspicacia esperando que ella ahondara en la cuestión del motivo por el que no se besaron.

—Te pregunté si lo habías sentido y me dijiste que…

—Mentí.

Josh se quedó cortada ante su interrupción y sus temores se hicieron realidad. Cerró sus manos en puños.

—¿Cómo que…?

—No estaba actuando. Josh, quise besarte cuando nos detuvimos en mitad de la acera —le confesó sin más miramientos observándola mientras ella se limitaba a asentir.

—Lo sé. Se te notó demasiado.

—Durante toda la noche que estuvimos en el pub te estuve observando y llegué a preguntarme qué diablos tenías tú para que lo estuviera haciendo. ¿Por qué me llamabas la atención? Sé que me prohibí fijarme en ti. No quería que la historia se repitiera, pero… —Sacudió la cabeza y extendió los brazos a los lados con las manos abiertas como si le suplicara.

Josh apretaba los labios presa de una agitación que no había experimentado hasta ese momento. No dijo una sola palabra, sino que permaneció contemplándolo sin variar su postura.

Marck cambió el gesto y se sintió derrotado. No había duda de que ella no parecía sentir lo mismo.

—Joder… Siento haber sacado el tema, pero necesitaba que lo habláramos.

Aquel silencio por parte de ella le parecía muy revelador. De igual modo que su gesto cuando dio un paso atrás. ¿Cómo no se dio cuenta? Su reacción se debió a que en el fondo no tenía ningún interés en que él la besara. Y ahora, no sabía con qué cara iba a mirarla después de aquello. Había metido la pata. Y bien. Hasta el fondo.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te lo pregunté? Que sentías los que estabas haciendo.

—Porque no tenía ni idea de cómo te lo tomarías.

—¿Cómo? ¿No esperarías que te golpeara, que te abofeteara? —Se encogió de hombros sin saber qué quería decir.

—Pues algo así, la verdad. Podrías haberlo tomado como una burla; que te estaba vacilando. O, todo lo contrario. Que iba en serio. Pero ¿qué más da? Me quedó claro por tu reacción y ya no importa Josh. Creo que hice un poco el ridículo —aseguró con una risa nerviosa por la situación.

Josh sonrió con cariño al verlo en aquella situación. ¿Se había llegado a enamorar de ella? No lo creía, por supuesto.

—No hacía falta que me lo dijeras, ya lo intuía.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Percibí tu deseo por besarme.

—Ya.

—Quise corresponderte, pero… No estaba segura de sí era lo que necesitabas.

—Un momento… ¿Yo? ¿Por qué lo dices? —Frunció el ceño y sacudió la cabeza, contrariado por aquellas palabras.

—No querías sentir nada por mí porque era tu compañera de piso, y ya habías pasado por una experiencia así, que no terminó bien. No quería dar pie a que pensaras que… me sentía atraída por ti.

Ninguno se movió. Ni dijo nada. Sólo se escuchaba el sonido acompasado de sus respiraciones y la melodía que salía del portátil. Música suave de jazz, idónea para una tarde como aquella, y un momento tan revelador.

—No quería irme a ver a mi ex porque sentía que era aquí, contigo, donde quería estar.

—Bueno, ya estás de vuelta en el ático. Y según parece te ha venido bien marcharte, ¿no?

—Sí. Pero sobre todo han sido estas dos semanas en las que me he dado cuenta de que estabas

aquí.

—Vaya, y eso que canto mal en la ducha. O que abres la puerta del cuarto de baño cuando estoy yo…

Él sonrió.

—Ya bueno… De un tiempo a esta parte suelo tocarla cuando la dejas entreabierta. No quiero que se repita lo de aquella mañana.

—Ya… —Ella puso un gesto lleno de sarcasmo y picardía ante ese comentario.

—No estoy acostumbrado a tener una compañera en el ático.

—¿Y qué vas a hacer a partir de hoy?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por lo que acabamos de confesarnos. Que sepas que no tengo intención de mudarme.

—Ni yo quiero que lo hagas —La rodeó por la cintura para pegarla a su cuerpo y se inclinó sobre sus labios.

Josh experimentó una sacudida de calor recorriendo todo su cuerpo. Se aferró a su camiseta y se puso de puntillas para profundizar el beso que él le ofrecía. Al final había hecho caso a Merli, y era ella la que tomaba la iniciativa esta vez.

Se miraron durante unos segundos hasta que Marck la volvió a besar llevándola hasta la habitación. Separándose lo necesario para irse desprendiendo de las prendas de ropa que caían sobre el suelo. Él le pegó la espalda contra una pared, le levantó los brazos por encima de la cabeza para besarla con frenesí. Habían estado tanto tiempo deseando hacerlo que apenas si podía controlarse.

Josh dio un saltó para rodearlo con sus piernas por la cintura mientras él la sujetaba por el trasero dejando un trazo de ardientes besos por el cuello, que elevaron la respiración de ella. La escuchó gemir dejando que sus labios descendieran en dirección a sus pechos, que asomaba por encima del sujetador. Ella hundió las manos en su pelo incitándolo a continuar por ese camino. En un segundo los sintió libres contra el torso desnudo de él.

Marck la llevó hasta la cama y la tumbó sobre esta. Sus labios presionaban sobre la piel del abdomen de ella, bajando y bajando. Deslizando su lengua de manera provocativa y sensual mientras sus dedos jugueteaban perdiéndose en la textura de sus muslos. Josh sintió el latigazo del deseo ascendiendo rápidamente desde la planta de sus pies hasta detenerse en su sexo. Sus pezones se endurecieron con una sensación placentera cuando sintió como él la dejaba desnuda del todo y se aplicaba a su sexo. Su aliento, sus besos y el movimiento de su lengua la hicieron revolverse sobre la cama. Se apoyó sobre sus codos observando la cabeza de él moverse entre sus muslos, llevándola al éxtasis. Lo vio sonreír cuando se detuvo por unos segundos para contemplarla, y ella lo aprovechó para pedirle que se acercara. Lo rodeó por el cuello y lo besó antes de ser ella la que llevara las riendas en la cama.

Marck se encontró a merced de aquella preciosa mujer. Sus labios lo besaban de manera pasional, posesiva, y ardiente. Su lengua se adentraba en su boca de manera voraz buscando la de él. Y mientras, sus manos lo despojaban del bóxer revelando su erección. La contempló sonreír de manera pícara y acariciarle el miembro.

—¿Tienes preservativos?

—En la mesilla.

Josh no esperó más indicaciones para coger uno. El fuego del deseo arrasaba su interior, y no podía esperar más. Abrió el envoltorio y se lo colocó. De manera lenta se fue acoplando sobre él, sintiendo como se deslizaba hacia su interior.

Marck la sujetó por las caderas y ella comenzó a mecerse marcando el ritmo. Se inclinó para besarlo. Quería devolverle todos y cada uno de los besos, que le él le había dado. Pero de repente sintió que los labios de él le succionaban sus pezones obligándola a gemir de placer. Josh le cogió el rostro entre sus manos y apartándolo un segundo lo besó con pasión, con frenesí ahogando sus gemidos.

Se entregaron sin condiciones. Arrastrados por una espiral de emociones y desenfreno. No pensaron en nada más que en dar lo mejor de sí mismos al compañero de cama. El orgasmo los sorprendió haciendo que sus cuerpos se tensaran y que sus respiraciones se vieran alteradas sin igual. Se relajaron quedándose sin fuerzas. Respirando con trabajo hasta que sus pulsaciones se volvieron más regulares. Durante esos segundos en los que recuperaron el dominio de su pulso, los dos permanecieron contemplándose en silencio. Intercambiaron sonrisas, gestos de ternura y de cariño.

Josh creía que el pecho le explotaría ante aquel frenesí demostrado. No sabía que lo deseara tanto, pero había sucedido. Se dejó caer sobre su pecho de él, y sus brazos la recibieron acomodándola durante ese momento.

—Eres mi regalo de Navidad —le susurró con una caricia en el rostro, retirándole algunos mechones.

—Vaya… No sé qué decir, pero haces que me sienta… importante. Lo regalos se hacen a los seres que quieres, por los que tienes cariño.

—Me caes bien, Josh —le dijo queriendo relajar la situación.

—Esto que hemos compartido es lo que menos imaginaba el día que llegué aquí.

—Lo sé. Yo ya te he dicho lo que pretendía, ¿y de qué ha servido contigo aquí? No podemos controlar nuestras emociones. Ni negarnos lo evidente.

—Creo que en el fondo el destino me trajo aquí por algún motivo.

—Puesto a ello, diré que estaba escrito en algún sitio que tenías que llamar a mi puerta. Y eso que al principio pensé que era una broma, por lo de tu nombre —le recordó observándola sonreír —. No sé por qué accedí a que te quedaras, después de lo que me sucedió en París.

—Ya te lo he dicho: ha sido el destino el que me trajo a tu puerta —Se incorporó para besarlo de manera lenta, perezosa y permaneció mirándolo unos segundos.

—Parece que eres tú la que escribe literatura romántica, según te expresas.

—Eso me recuerda, que me debes capítulos.

Marck resopló en principio, y luego no pudo evitar reírse.

—Eres implacable.

—Lo soy sí. Y quiero saber cómo continúa la historia del Campbell y de Eve —Arqueó las

cejas y asintió.

—Pero mejor después de las navidades. Estas las quiero disfrutar a tope en tu compañía —Le pasó la mano por la mejilla atrayendo sus labios a los suyos para poderla besar una vez más. Esta vez, no habría nada ni nadie que se las pudieran estropear.

CAPÍTULO TRECE

¿Cómo había sucedido? ¿Por qué no lo había podido detener a tiempo? Marck se hacía las preguntas contemplándola adornar la casa. Después haber tenido su momento de pasión alocada, habían regresado a los motivos navideños. Faltaban un par de días para la Navidad y sin duda que ella se había convertido en un regalo inesperado.

—Supongo que tendrás que corregir exámenes durante las vacaciones, además de no dejar la tesis, claro.

Ella se giró hacia él, se colocó el pelo detrás de la oreja y se quedó observándolo apoyado contra el brazo del sofá.

—Y tú, tienes que entregar tu nuevo manuscrito a tu editora, lo que me lleva a recordarte que…

—Lo sé, lo sé. Tengo que pasarte lo que he estado escribiendo.

—Supongo que no romperás esa parte del acuerdo —Entornó la mirada con fingida preocupación porque presentía que él no era de esa clase de personas.

—Dime, ¿qué te hace pensar que podría llegar a no cumplirlo? —Sonrió con ironía. Desde que ella estaba en la casa y habían acordado que le entregara un capítulo a la semana, él se sentía más centrado, confiado y seguro de sí mismo con respecto a la novela. Tal vez su presencia en el ático tuviera varias lecturas.

—Pues, según me lo planteas…

—Descuida, que tendrás tu dosis de romance histórico cuando terminemos aquí. Dime, ¿necesitas ayuda con tu investigación?

—No sería muy ético por mi parte pedirte mucha ayuda sabiendo que has sido profesor de literatura en la facultad de Stirling o que conoces y te llevas muy bien con mi directora de tesis… ¿no?

—No te preocupes, ella misma sabe que compartimos este ático.

Josh se quedó con la boca abierta.

—¿Lo dices en serio? ¿Le has contado que vivimos juntos?

Él frunció los labios y encogió los hombros sin darle la menor importancia.

—La otra noche cuando estuvimos en el pub. Hablamos de ti.

—¿De mí?

—¿Qué querías que sucediera si me pediste que fuera a la reunión? Ya sabías que conocía a todos los profesores del departamento. Era normal que, en algún momento de la noche hablara con Bethany. Me contó que estaba dirigiendo tu trabajo, nada más. Quería que te conociera.

—Y tú le dijiste que…

—Que ya nos conocíamos desde hacía meses. Ya está. Ah, y no le importa que te eche una mano siempre y cuando no se note demasiado. Solo te estoy facilitando bibliografía, que tal vez no tengas, o no sepas cómo conseguir. Nada más.

—No aceptaré más ayuda que la bibliografía —le dejó claro esgrimiendo un dedo ante él.

—Hecho.

—No debiste decírselo.

—No era mi intención, pero cuando me preguntó si te conocía, tuve que decirle la verdad. No tienes por qué ponerte así. Nadie va a poner en duda tu trabajo. Créeme. Es más, tengo un manuscrito que entregar.

—Más te vale. Terminemos con esto.

Marck no dijo más. No tenía intención de prestarle demasiada ayuda con su trabajo, para que no se notara su mano. La dejaría a su ritmo y mientras él se iría a escribir a la biblioteca de la facultad. De ese modo ella no tendría la impresión de que la ayudada. Regresaría a casa cuando considerase que era la hora. No intervendría en su favor.

***

Josh quedó con Merli aprovechando que necesitaba un descanso en su tesis. Además, Marck se había cogido el portátil y le había asegurado que se marchaba a escribir a la biblioteca de la facultad. De esa manera le dejaba el ático para ella sola, para que pudiera avanzar en el trabajo. Sabía que, si se quedaba, ninguno de los dos se lograría centrar después de lo sucedido hacía unos días.

Merli sonrió al ver a su amiga llegar al café. Tenía la nariz y las mejillas sonrosadas debido al frío de la mañana.

—Necesito un café o un tazón de té de manera urgente para entrar en calor —le dijo al llegar y sentarse a la mesa donde estaba su amiga—. Y siento haberme retrasado.

—¡Bah! No hace tanto que he llegado. No te preocupes.

—Quería dejar cerrado un capítulo de la tesis antes de salir de casa. Estaba tan metida en este que cuando vi la hora que era, me di prisa en cambiarme de ropa y venir. Ahora que tengo vacaciones en la facultad he de aprovechar para avanzar la investigación todo lo que pueda.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Por cierto, no habíamos vuelto a quedar, así que ponme al día en cuanto a cómo os van las cosas compartiendo ático, porque de tu vida laboral y académica ya me has puesto al día.

Josh entreabrió los labios como su fuera a decir algo, pero justo entonces le llevaron el café a la mesa. Dio las gracias y lo cogió entre sus manos para que estas le entraran en calor sin levantar la mirada de la taza. ¿Es que pensaba que su amiga podría notarle algo diferente? ¿Qué Marck y ella dormían juntos? No. No. No tenía ni idea de los últimos acontecimientos entre ellos.

—Bien. Todo marcha bien por la casa.

—Me alegro.

—¿Y de lo de su ex? ¿Te contó algo?

Josh frunció los labios en un principio para después apretarlos hasta hacerlos desaparecer.

—Al parecer es agua pasada. Fue a verla para demostrarse que lo que tuvieron se terminó del todo —Zanjó el tema como si de ella misma se tratara, cortando el aire con su mano de manera rápida y determinante.

—¿Y tú qué piensas de ello?

—¡¿Qué quieres que piense?! Pues genial, si considera que no merece la pena tener relación con ella. Además, va a casarse con su actual pareja. El compañero de Marck en la Sorbona.

—¿Por el que lo dejó? —Merli abrió los ojos como platos al escuchar a su amiga, quien se limitó solo a asentir— Para ti perfecto. Él te gusta. Me lo aseguraste la otra tarde cuando estuve de visita en el ático —Merli sonrió divertida al recordarle aquella conversación—. Tienes vía libre.

Josh bufó y rodó los ojos.

—¿Y?

—Bueno, pues que tienes una oportunidad con él, ¿no? Antes de que llegue otra y se cruce en su camino—. Josh sonrió divertida ante esa ocurrencia de su amiga—. ¿Por qué te ríes? ¿Qué he dicho?

—Te puedo asegurar que ya se le cruzó —Le guiñó un ojo cogiendo la taza entre las dos manos para beber, mientras la sonrisa de felicidad y el rubor invadían su rostro. Vio a su amiga abrir la boca para decir algo, pero lo único que escuchó fue un pequeño grito de sorpresa, alegría y cierta envidia.

Marck paseaba por los pasillos de la biblioteca de la facultad cuando se encontró con Bethany.

—Últimamente nos vemos demasiado. Da la impresión de que hubieras regresado a tu plaza en la facultad —le dijo ella con una sonrisa.

—He venido a escribir o al menos esa es mi propósito. De ese modo dejo a Josh que haga lo propio en casa. Una manera para no interferir en su tesis —matizó él antes de que su colega le comentara algo al respecto.

—¿Cómo la lleva?

—Creo que bien.

—¿No has fisgoneado un poco a ver qué está haciendo y cómo? —Bethany ironizó con este comentario porque conocía a Marck, y sabía de su exigencia con los trabajos de investigación—. Venga, siempre has tenido fama de ser muy duro con tus alumnos. Se decía que nadie quería que le dirigieras su trabajo de investigación por tu dureza.

Él sonrió.

—Solo les pedía lo mínimo para hacer una buena investigación. Les entregaba la bibliografía que debían consultar y algunos ni si quiera se molestaban en volver a verme.

—Porque exigías mucho. Te repito.

—Tanto como me lo exigieron a mí en su momento, si no recuerdo mal —recordó mirando a Bethany con cariño pues ella había sido su directora de tesis.

—Vi un gran potencial en ti. Y mira si no estaba equivocada.

—Y yo te lo agradezco.

—Dime, ¿has pensado en sustituirme?

Marck torció el gesto. No estaba convencido de si regresar a la facultad era lo que quería. Una parte de él si parecía desearlo, pero luego pensaba en la libertad de horarios que le brindaba la escritura. Y después estaba Josh. Tal vez esa plaza podría ser para ella si se presentaba. Ya estaba dentro de la facultad como ayudante, y en cuanto presentara su tesis sería doctora. Él podría apoyarla.

—Queda medio curso para ello.

—Sí, pero Alan necesita tener a alguien cuanto antes. El tiempo corre y ya hemos consumido el primer trimestre. Si te interesa regresa, házselo saber cuanto antes.

—Descuida. Lo estoy considerando.

—Está bien. Te dejo que te pongas a lo tuyo. No quiero robarte más tiempo.

—Nada de eso. Siempre es un placer hablar contigo. ¿Qué harás cuando te jubiles?

—Retirarme de la vida académica por completo. Me trasladaré a una casa que tengo cerca del parque de las Trossachs.

—Te lo mereces.

—No dejes que se te pase la oportunidad…

Marck asintió viendo alejarse a su colega. Luego se dirigió a una mesa solitaria y dejó encima su bolsa con el portátil dentro de esta. Se sentó y se puso a pensar en lo de la plaza de Bethany, sin poder si quiera pensar en escribir. Podría tantear a Josh a ver qué opinaba. Si le gustaría obtener esa plaza. Él siempre podía esperar a otra convocatoria. ¿Por qué diablos lo hacía? ¿Por qué estaba dispuesto a renunciar a ese puesto si sabía que con su perfil académico se la darían? Se quedó con la mirada fija en un punto, con los dedos entrelazados y los codos sobre la mesa. Decidió dejar de pensar en ese asunto y centrarse en las navidades. No había pensado en qué podía regalarle a Josh. No lo habían hablado más centrados en la tesis de ella y en su novela. Los últimos días la había visto recorrer en varias ocasiones sus colecciones de libros en el salón, y coger algunos de Walter Scott. A lo mejor comprarle una primera edición de alguna de sus novelas podría ser una posibilidad. Iba a ponerse a escribir cuando sintió vibrar su móvil sobre la mesa. Desvió su atención y frunció el ceño al leer el nombre de ella en la pantalla de este.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Dónde estás?

Aquella pregunta lo cogió desprevenido, y tardó en reaccionar unos segundos.

—En la biblioteca de la facultad.

—¿Estás centrado escribiendo?

—No.

—¿No?

El tono de sorpresa de ella le provocó una media sonrisa. Inspiró y se recostó contra el

respaldo de la silla para poder charlar con ella de una manera más cómoda.

—Hice mal en venir porque me he encontrado con viejos conocidos.

—Entiendo… En ese caso, te dejo que te pongas.

—Creo que no será una buena idea.

—¿Por qué?

—No estoy centrado, la verdad —El tema de la plaza de Bethany seguía coleando en su cabeza—. ¿Y tú? Bueno, qué pregunta… Si estás hablando conmigo

—Sí claro…

Marck frunció el ceño cuando le pareció percibir el sonido de los coches, y gente hablando.

—¿Dónde estás? Escucho el sonido del tráfico, y gente hablando…

—Voy camino de la biblioteca para buscarte y que nos demos una vuelta por el centro.

Él se quedó perplejo al escucharla. Elevó sus cejas y frunció los labios en una mueca que demostraba su sorpresa.

—¿Estás de camino a la biblioteca?

—Estoy cerca. Te espero en la entrada.

—De acuerdo. En unos minutos estaré fuera.

—Nos vemos.

Marck se levantó de la silla con el móvil en su mano. Lo guardó en el bolsillo interior de su abrigo, y tras recoger la bolsa del ordenador emprendió el camino hacia la salida. Una visita de lo más breve, se dijo. Tendría que ponerse las pilas o Lucille no se lo perdonaría. Bueno, siempre podría regresar a la enseñanza como vía de escape.

Josh lo encontró esperándola en la entrada. Su aspecto desenfadado, con el pelo revuelto, sin afeitar y una expresión de sorpresa en el rostro.

—Espero que no me pidas que te pase un par de capítulos para leerlos el domingo después de sacarme de la biblioteca cuando iba a ponerme a escribir —La advertencia de él no causó gran preocupación en ella puesto que ya lo iba conociendo y sabía que no hablaba en serio. Pero decidió fingir que se sentía culpable.

—Tienes razón. Soy una bruja malvada por tentarte a que te vengas conmigo a disfrutar del ambiente navideño. Creo que deberías regresar al interior y seguir, o mejor empezar porque según decías no te habías puesto. Yo por mi parte, iré a darme un paseo. ¿Nos vemos en casa?

No supo si fue la expresión pícara de su rostro, o más bien su tono burlón, e incluso la atmósfera que su presencia creaba… Fuera lo que fuese, la sujetó de la mano impidiendo que se marchara.

—Un momento. Estamos hablando de mi nuevo manuscrito para la editorial, bien. Pero ¿qué me dices de tu tesis? ¿De los exámenes que tienes por corregir? —La contempló con las cejas elevadas con gesto de incredulidad.

—Creo que puedo tomarme un par de días libres. Pero tú tienes una fecha de entrega a la

editorial.

Él ahogó las carcajadas que sus palabras le producían.

—En ese caso seguiré tu ejemplo y me marcharé contigo. Ya escribiré cuando tú te pongas con lo tuyo.

—Pero no digas después que…

—No pienso decirte nada. Y ya puestos, podrías decirme qué quieres que te regale por Navidad. Me estoy rompiendo la cabeza estos días para tratar de dar con algo que te guste, y te haga ilusión.

Se quedó paralizada. No esperaba que él le dijera eso, ni que pensara en comprarle algo por las navidades.

—No hace falta que me regales nada. Creo que el hecho de encontrar tu casa para alojarme y lo bien que me encuentro en esta, es suficiente para mí. Además, no soy mucho de hacer o recibir regalos. Tú aseguraste que yo era el tuyo…

Marck asintió respetando la decisión de ella.

—En ese caso, disfrutaremos juntos de estos días.

—Me parece acertado.

—Dime ¿por dónde empezamos? —Ella sonrió y sin poder contenerse atrapó su rostro entre sus manos y lo besó—. Sin duda que me gusta tu manera de iniciar las cosas.

—Ya somos dos, entonces.

***

Las navidades iban pasando sin que ellos se dieran cuenta. Aprovechaban cada momento libre para charlar sobre lo que hacía, pero también sobre lo que harían en el futuro. Marck quería saber qué planes tenía ella con la facultad. No quería tomar una decisión errónea con respecto a la plaza que le habían ofrecido a él.

—¿Sabes que Bethany se jubila?

—Sí, me lo comentó cuando aceptó dirigirme la tesis. Lo que no tengo claro es qué pasará si no la termino a tiempo. Me refiero a quién se hará cargo de ella.

—Siempre puedes terminarla antes de que ella se retire, ¿no?

—¿Estás de coña? Entre las clases, las tutorías y demás, apenas si tengo tiempo —Giró el rostro hacia él.

—Tienes razón, creo que te estoy quitando demasiado tiempo —le susurró en el oído antes de besarla en el cuello. Ella se había sentado con la espalda apoyada contra el pecho de él mientras su brazo la rodeaba por la cintura. Estaban sentados en el sofá y mientras Josh corregía un examen, él la observaba hacerlo—. Tal vez deberías irte a tu habitación para centrarte.

—Estoy bien como estoy. Créeme.

—Celebro escucharte decirlo.

—En serio, tú has enseñado en esta facultad, sabes mejor que yo cómo funciona. Por ese

motivo te pregunto qué sucedería en caso de que no la presente antes de terminar el presente curso.

—Pues el profesor que sustituya a Bethany se encargará de tu trabajo. Podrías acelerar y presentarla antes de terminar el curso. Y de paso, podrías optar a la vacante que ella dejará —le indicó esperando a ver cuál era su reacción. Pero a juzgar por la expresión de su rostro, no parecía hacerle mucha ilusión.

—No creo que pueda terminarla a tiempo. Acabo de decírtelo.

—Puedes darle un buen empujón en estos días de vacaciones.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero tampoco quiero precipitarme.

—Me parece bien. Tómate tu tiempo entonces.

—Y en cuanto a lo de la vacante de la propia Bethany, ¿cómo voy a optar a esta sin ser doctora? Ni qué decir de la experiencia que me falta. La bibliografía, participación en seminarios, congresos, ponencias… Pufff solo de pensarlo me agobio —Apoyó la cabeza contra el pecho de él y resopló con los ojos cerrados.

Marck se limitó a asentir sin que ella lo viera. Le quedaba bastante claro que ella no podría optar a la plaza. Tal vez su presencia en la casa también se debiera a que tenía que él debía regresar a la universidad. A su vida antes de París. Quizás podía compaginarlo con la escritura. Si regresaba a su puesto en la facultad y ocupaba la plaza de Bethany, pediría como condición dirigirle el trabajo a Josh. Pero eso tendría que hablarlo con Alan la próxima vez que se vieran.

—Creo que tienes razón, y que tal vez te esté exigiendo demasiado. A veces pienso que todos van a dedicarle la vida a la investigación y a la docencia.

—Estoy empezando, como quien dice. Y tú tienes una trayectoria contrastada. Llevas años dedicado a ello. Por cierto, debiste perderte la juventud porque con tu edad haber sido profesor en aquí durante algún tiempo, y luego marcharte dos años a París para terminar regresando… —Ella levantó la vista hacia él por ver qué tenía que decir.

—Tuve mis momentos cuando era joven. No vayas a creer que pasaba todo el tiempo entre libros, apuntes, y fotocopias.

—Pues tengo mis dudas, la verdad.

—Lo que sucede es que lo tenía claro desde el principio. Solo eso.

—Yo también, pero no consigo abarcar todo lo que me propongo.

Él sonrió y se inclinó para besarla, y le quitaba de las manos los folios que tenía para dejarlos sobre la mesita. La escuchó gemir y la vio esbozar una sonrisa no exenta de picardía antes de devolverle el beso. Y se estremeció cuando las manos de él comenzaron a deslizarse por debajo de la sudadera acariciándole la piel. Sin duda que su propuesta, era más placentera que seguir corrigiendo exámenes. Y estos no iban a irse a ninguna parte porque ella se tomase libre lo que restaba de la tarde.

***

Marck aceleró la creación de su novela aprovechando que Josh estaba metida de lleno con su trabajo de la facultad. Creía que podía tenerla justo para después de las navidades, y tomarse un tiempo libre para echar una mano a Josh con su tesis.

Esta terminó de corregir los exámenes días antes de que el año terminara. Resopló, estiró los brazos por encima de su cabeza, y a continuación se relajó lanzando una mirada de satisfacción al último examen corregido. Le restaban un par de días antes de regresar a la facultad, que aprovecharía para retomar su tesis.

Marck se sorprendió cuando recibió un correo procedente de la universidad de Paris. Lo abrió y leyó con atención este. Le preguntaba si estaría dispuesto a regresar a su puesto después de un año que hacía que lo dejó. Sacudió la cabeza sin termina de creerlo. Creía que había dejado claro que no tenía esa intención cuando decidió no renovar su contrato, pese a los esfuerzos del director del departamento de la facultad para que cambiara de opinión. Agradecía que pensaran en él, pero había tomado una decisión firme y no iba a cambiarla. Y menos desde que a su vida llegó la persona, que se dirigía a él en ese momento con aquella apariencia tan sexi. Vestida con una camiseta y unos leggins que realzaban sus piernas. El pelo recogido de manera improvisada en lo alto con un lapicero y las gafas sujetas en lo alto de su cabeza.

—¿Por qué pones esa cara mirando la pantalla del portátil? ¿No te gusta cómo está quedando la historia?

—Sí, sí. Pero no se trata de la novela.

—Oh, bien.

—He recibido una oferta para regresar a París. A la Sorbona.

Aquellas palabras fueron como si él le acabará de meter una bola de nieve por la espalda. Sintió el latigazo del frio e intentó controlar el escalofrío, pero no que su temor se reflejara en la expresión de su rostro.

—Entiendo.

—Acabo de rechazarlo. No quiero regresar.

Josh se sintió algo mejor cuando escuchó sus palabras.

Él se fijó en la manera en la que ella comenzaba a curvar sus labios; o como su mirada le pareció ganar algo de brillo. La palidez que se había apoderado de su tez comenzó a dejar paso a un tono sonrosado en las mejillas.

—No voy a pedirte que te lo pienses bien, y todo ese rollo porque no quiero que lo hagas. No me gustaría que te marcharas dejándome sola aquí. Pero tampoco pretendo ser egoísta.

Marck se levantó y caminó hacia ella para rodearle el rostro con sus manos, acariciarle las mejillas con el pulgar y limitarse a sonreír.

—No pienso hacerlo. No voy a separarme de tu lado en ningún momento. No puedo hacerlo ahora que tú has devuelto el sentido a mi vida.

Ella se mordió el labio por la emoción que aquella confesión le acababa de provocar. Sentía el corazón latiendo a mil y las ganas de besarlo.

—¿Yo? —Abrió los ojos al máximo al escucharle aquello.

—Sí, has conseguido traer cierto orden.

—No sé qué decirte.

—No hace falta que lo digas. Lo he notado yo. Y, por cierto, hablando de aceptar puestos en

facultades, ¿qué te parecería si aceptara la plaza vacante de Bethany?

Ella frunció el ceño un momento. Luego sacudió la cabeza.

—¿Hablas en serio?

—No te había comentado nada antes porque quería estar seguro de si tú estabas interesada en ella.

—¿Yo? Por eso… Por eso me lo preguntaste la otra tarde. Pero…

—Quería estar seguro de que no interfería en tus aspiraciones. Se lo comenté a la propia Bethany e incluso a Alan. Si habían pensado en ti para esa plaza. Estaba dispuesto a recomendarte. Por eso te lo pregunté.

Ella permaneció con la boca abierta tomando aire porque aquella información la había dejado sin este.

—¿Estabas dispuesto a renunciar a esta por mí?

—Sí —le respondió con naturalidad. Como si para él careciera de importancia, después de todo.

—¿Por qué? Te la han ofrecido a ti.

—Cierto. Pero, para mi es más importante lo que tú quieras. Acabo de decirte que he respondido a la facultad en París para rechazar su oferta porque quiero quedarme a tu lado.

Lo agarró de la camisa para atraerlo hacia sus labios y besarlo. Le rodeó el cuello y siguió dándole cortos y juguetones besos.

—Eres increíble. ¡¿Cómo puedes hacerlo?!

—Tal vez porque me he enamorado de ti. Y hoy por hoy eres lo más importante. ¿Qué te parecería entonces, que te dirigiera la tesis? —Elevó una ceja y la miró con suspicacia, pero también con cariño.

—No sé. Creo que eres muy exigente.

—¿Y eso te preocupa?

Ella sacudió la cabeza en repetidas ocasiones.

—No, porque eres tú. Mi colega de piso, mi compañero de cama, la ilusión de estas navidades que se acaban.

—Pasaremos juntos muchas más. Te lo prometo. De modo, que, si te parece bien, hablaré con Alan para comunicarle mi decisión de volver a la facultad.

—¿Y tu carrera de escritor? ¿Piensas dejarla?

Él sonrió al ver el gesto de temor en ella al pensar en que él pudiera llevarlo a cabo.

—Lo compaginaré todo. Llegaré a un acuerdo con Lucille para seguir.

—Tendré que ponerme las pilas con la tesis, conociéndote…

—Pero, creo que no es el momento. Y, además, todavía no tengo la plaza, ni soy tu director de tesis. De modo que, centremos en lo que tenemos entre manos, ¿sí?

Escucharon las carcajadas de ella cuando él posó las manos en su trasero de ella atrayéndola hacia él de una manera más descarada, para ser él quien a besase acallándola.

EPÍLOGO

—Tengo que reconocer que esta vez te has superado —le comunicó Lucille, nada más terminar de leer el manuscrito—. Y me gusta el cambio de temática al adentrarte en el romance histórico. No las tenía todas conmigo sobre si sabrías manejar el tema, pero me has borrado mis temores. ¿Cuánto ha tenido que ver tu compañera?

Marck sonrió de forma disimulada aquel comentario.

—Tal vez tenga parte de culpa en la confección de la trama y en haberme planteado terminarla tan pronto.

—Está bien. ¿En serio se la has dejado leer?

—Capítulo a capítulo. Se lo prometí.

—¿Le hacías caso en sus sugerencias?

—En algunos casos. Entiende de literatura tanto o más que yo. Siempre es bueno tener la perspectiva de una lectora. ¿No crees?

—Sin duda. En fin, ¿qué tal va lo vuestro? —Bajó la mirada hacia su portátil y comenzó a teclear sobre este, y a mover el ratón esperando que él respondiera.

—Todo lo bien que puede ir la convivencia entre dos personas de distinto sexo.

Lucille dirigió su atención hacia este y sonrió.

—Estaba viendo posibles fechas para lanzarla...

—Cuando tú veas. No tengo nada que decir al respecto.

—Podría venir bien sacarla la próxima primavera.

—Perfecto.

—De acuerdo, veré que opinan. Por otra parte, espero no tener que recordarte ciertas cosas —le reiteró con un tono de clara advertencia—. Marck, que nos conocemos desde hace muchos años, y hay confianza como para que me digas que andas mal de tiempo para entregarme un manuscrito.

—Tal vez a partir del otoño mi productividad se resienta —Observó el gesto de incomprensión en el rostro de su amiga mientras se reclinaba contra el respaldo del sillón—. He decidido regresar a la facultad.

Lucille asintió.

—Me parece que es el sitio que te corresponde. No te preocupes por el tiempo. Iremos ajustando los plazos según lo que me vayas diciendo.

—Perfecto. En ese caso, estaremos en contacto.

—¿Tienes algo en mente?

—Acabo de entregarte mi última novela. Deja que me tome un respiro y organice mi regreso a la facultad.

—Está bien. Te dejaré tranquilo una temporada por la buena novela que has escrito.

—Llámame cuando tengas tiempo para un café, ¿sí?

—Lo tendré en cuenta, pero me temo que tendrás que ser tú el que ajuste su agenda con todo lo que se avecina. Suerte —le deseó guiñándole un ojo en complicidad.

Abandonó el despacho de Lucille satisfecho con el trabajo hecho. Ya tendría tiempo para pensar qué sería lo siguiente que escribiría. Claro que volviendo a la facultad no dispondría de todo el día. Y además estaba Josh, a la que no quería dejar de dedicarle ni un solo segundo.

* * *

Marck se sentó al fondo de la sala observando a los miembros del tribunal, a Bethany y a Josh. Al final le había dado tiempo a terminar su tesis y más cuando él le dijo que ya estaba todo acordado para regresar a la facultad. No quería que ella perdiera unos meses por esperar a que él la terminara de dirigir el trabajo. Además, no era justo para Bethany, y consideraba que era la mejor forma de retirarse.

Su mirada buscó la de él y sonrió con complicidad cuando ambas se cruzaron. Le gustó verlo allí, apoyándola en ese momento tan importante para ella.

Una vez que todo terminó y que Josh obtuvo la nota más alta, Marck se acercó a felicitarla.

—No tendrás queja alguna de ella —le comentó Bethany—. Creo que podría ser una muy buena ayudante tuya.

—No, no —dijo él sacudiendo la cabeza para sorpresa de los presentes—. Tiene madera para ser algo más que ayudante. Se lo he dicho —la contempló de manera cariñosa.

—Dale tiempo y será mejor que tú —le aseguró Alan—. Por cierto, espero que no te hayas echado atrás en cuanto a lo de sustituir a Bethany —Lo miró serio, apuntándolo con un dedo como si lo acusara o lo estuviera advirtiendo.

—No, tranquilo. Te dije que aceptaba volver a mi plaza y encargarme de su asignatura.

—Sin duda que ella ha tenido algo o mucho que ver —le comentó Bethany en voz baja para que ninguno más la escuchara, y aprovechando que Alan charlaba con Josh.

Marck fingió no saber de qué hablaba.

—No sé de qué me estás hablando.

—Seguro que sí. Me alegro de que hayas decidido volver y al mismo tiempo ocuparte de mis clases. Te dije que eras el más indicado para hacerlo.

—Ya bueno, si tú lo dices es por algo.

—Déjate de chorradas. No te pegan. Dime, la verdad, ¿se lo comentaste a ella? —Hizo un gesto con el mentón en dirección a Josh.

—Sí. Pero me aseguró no estar preparada todavía. Es cierto que le faltan tablas, pero no discuto que en unos pocos años pueda ser una referencia en esta facultad.

—No lo pongo en duda si tú estás a su lado.

—Dalo por hecho, amiga. ¿No sientes pena por tener que dejar todo esto? —Marck recorrió la sala de conferencias con la mirada antes de posarla de nuevo en su colega.

—Ya te lo dije la vez que me lo preguntaste. Me retiro a una casita en las Trossachs.

—Cierto. Espero que lo disfrutes.

—No te quepa la menor duda. Y que tú hagas lo mismo en tu vuelta a la facultad. Solo que esta vez tienes un aliciente —sonrió con picardía pensando en Josh y en él como pareja.

—Eres increíble, amiga.

Pero no había dicho nada que no fuera cierto. Josh había sido el empuje necesario para decir adiós a su pasado de una manera definitiva, y para encauzar su presente hacia un futuro prometedor. Y era verdad que el hecho de que ella estuviera en la misma facultad había sido un acicate para regresar.

***

Era noche cerrada. Josh estaba en la terraza contemplando las estrellas. La temperatura era muy agradable para estar fuera a esa hora. La primavera hacía algunas semanas que había llegado a Stirling, y eso se hacía notar en la paleta de colores que comenzaba a vestir los alrededores de esta.

—Voy a salir —le dijo en voz alta él haciendo que ella volviera el rostro y le lanzara una mirada significativa por encima de su hombro, a la vez que se reía—. No quiero provocarte un infarto ahora que eres doctora.

—Serás tonto. Te agradezco que me avises porque las veces que he salido aquí casi me daba algo al descubrirte en la penumbra.

—Por eso te he avisado. Lo que no pienso es hacerlo cuando te vayas a duchar y dejes la puerta entornada.

—No me importa que lo hagas.

Le pasó la mano por la espalda y ella cerró los ojos.

—Ya terminó todo. Empezarás el curso con tu flamante título.

—Sí. Y eso conllevará responsabilidades.

—No te agobies porque tengas que escribir un número determinado de ensayos al año. O tengas que participar en eventos académicos como congresos y demás.

—Mira quién habló. Me he estado terminando de informar sobre tu carrera esta tarde mientras hablaba con otros profesores que te conocen.

—Bah. Seguro que todos te han contado lo mismo —le dijo restando importancia a ello.

—Sí, seguro. Pero tener premios por ser el mejor expediente de la carrera. Premio extraordinario de doctorado. Becas en el extranjero. Publicaciones en revistas de prestigio. ¿Sigo?

—He perdido la cuenta de todo lo que he publicado. De los premios y demás.

—Qué humilde.

—¿Qué pueden importarme a estas alturas? Por cierto, te has dejado el mejor premio de todos —Chasqueó los dedos con cara de fastidio mientras ella lo contemplaba intrigada.

—¿Hay alguno más?

—Por supuesto. Acabo de decírtelo.

Ella entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Has dicho que me he dejado uno. Juraría que los profesores que te conocen desde hace muchos años me han relatado todo lo que has logrado. ¿A cuál te refieres?

Marck sonrió acortando la distancia entre ellos dos.

—Pues lo tengo justo aquí delante de mí en este preciso instante. Todavía no he logrado saber por qué me lo han concedido, pero lo acepto con mucho gusto —Deslizó su mano por la mejilla de ella hasta posarla en la nuca y de ese modo poderla besar mejor, de una manera más placentera mientras la escuchaba gemir.

El corazón de ella comenzó a latir desbocado mientras él la besaba, y cuando se apartó de él se quedó contemplándolo mientras cogía aire.

—A veces me dejas sin saber qué decir.

—No hace falta. La expresión de tu rostro lo dice todo, Josh. Te lo dije en su día, no sé qué te empujó a venir a este ático, solo soy consciente de que tenías que hacerlo.

—Cierto. Volvería a hacerlo llegado el caso porque sin duda que aquí encontré algo que no buscaba, pero que no pude rechazar.

—Creo que a ambos nos sucedió.

Ella lo sujetó por la camisa para atraerlo hacia ella. Entrecerró sus ojos y sonrió de manera burlona.

—Por cierto, antes de que se me olvide, ya te puedes ir poniendo a escribir otra novela tan buena como la jacobita rebelde. Porque no pienso dejar que abandones la literatura. Y ya de paso, te diré que te prefiero al Campbell —le guiñó el ojo antes de fundir sus labios con los de él en un nuevo beso, mientras lo escuchaba gruñir de satisfacción.

AGRADECIMIENTOS

A Romantic Ediciones por confiar una vez más en que esta nueva historia forme parte de su catálogo.

A todo su equipo por terminar de darle forma, editora, corrector, diseñadora...

A aquellas personas que están cerca para alentarme a seguir. Su sinceridad a la hora de evaluar la historia.

Y, por último, pero no menos importante, a ti, lector/a, gracias por haber confiar una vez más en mí. Espero que pronto, vuelvas a sumergirte entre las páginas de una nueva historia mía. GRACIAS, por tu confianza una vez más.